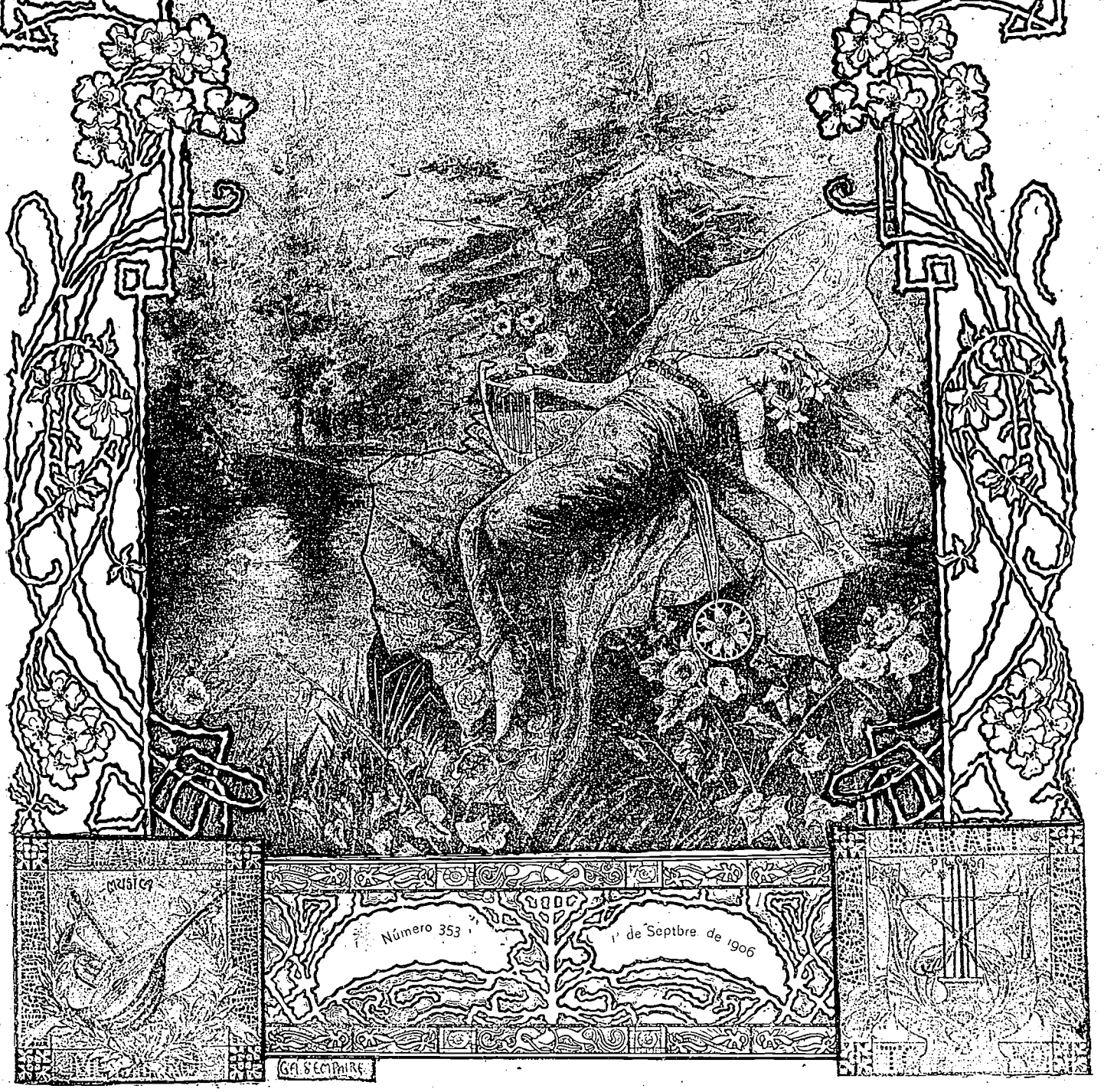
# EL COJO ILUSTRADO



Número 353 — 1º de Septbre de 1906

GA SECMIRE

S'adresser exclusivement pour toute la publicité française á Mr. A. Lorette, Directeur de la Société Mutuelle de Publicité — 14, Rue Rougemont, 14 — París (9e)

# SUMARIO

## TEXTO


PÁGINAS

**Eloy G. González**.....Nuestros sentimientos..... 538
**Ricardo Jaimes Freyre**.....Alma antigua..... 540
**U. A. Pérez**.....Furor canino..... 542
**Jacinto López**.....La educación científica..... 542
**José Juan Tablada**.....Madrigal..... 543
**Leonidas Andreief**.....En la ventana..... 543
**A. Fernández García**.....De "Alma Errante": Primavera espiritual 549
**Elías David Curiel**.....Invocación..... 550
**Elías Toro**.....Sobre etnografía de Venezuela (Fragmento)..... 550
**Alejandro Romero García**.....Mediodía..... 553
**Víctor Racamonde**.....A una triste..... 554
**Rachilde**.....Jean Lorrain..... 556
**A. J. Calcaño Herrera**.....Tomás Ignacio Potentini..... 560

PÁGINAS CORTAS

**Jesús Muñoz Tébar**.....Tedio de la vida..... 556
**Fabio Fiallo**.....El último ramo..... 557
**Alfredo Droia**.....El barco victorioso (Poema)..... 558

VIDA LITERARIA

**La Dirección**.....Información Literaria y Artística..... 558
Ibsen juzgado por un crítico inglés..... 555
**A. Fernández García**.....Letras Hispano-Americanas..... 559
**Jesús Semprúm**.....Bibliografía..... 560

---

**La Dirección**.....El epílogo del asunto Dreyfus..... 561
Señores Ruiz de Gamboa..... 562
Explicación de los grabados..... 562
Sueltos Editoriales..... 562


SECCION RECREATIVA


Edison pulverizando montañas.—Vanidad de mujer, por Guy de Maupassant.—La cinematografía en los movimientos atmosféricos.—El reloj de sol del Palacio Real de París.—Desaparición de lagos.—La lluvia artificial producida por un automóvil.—Momias de abejas.....565 á 568
Anuncios.....


## GRABADOS


Allouard: Después de la victoria..... 537
O. Craef: Una copla intencionada..... 539
A. J. Elsley: Patriotas jóvenes..... 541
Madrid—Iglesia de Calatrava y calle de Alcalá..... 543
— El puente de Toledo..... 545
París—El puente Alejandro III (Vista tomada de la Esplanada de los Inválidos)... 547
G. Rochegrosse: La muerte de Babilonia..... 549
— El Caballero entre las flores..... 551
Paisajes venezolanos: Zaraza: Río Unare—"Paso de las Canoas"..... 553
Víctor Racamonde..... 554
Paisajes venezolanos: "Río Unare"—Zaraza..... 555
Campos de Zaraza—Grupo de campesinos..... 557
La familia real de Italia: El rey Víctor Manuel y la reina Elena, sus hijas y el heredero del trono de Italia..... 559
José Santos Chocano..... 560
El General Gillain condecorando con la Legión de Honor al Comandante Dreyfus 561
Después de la ceremonia: el Comandante Dreyfus abrazando á su mujer..... 561
Frente á las tropas: el General Gillain, dando la *accolade* al Comandante Dreyfus 561
Señor Joaquín Ruiz de Gamboa, Encargado de Negocios de Chile y su señora Estela Ferreira de Ruiz de Gamboa..... 562
"Himno Aragüeño" por M. M. Betancourt (Letra de Ramón F. Bastida)...563 y 564

# EL COJO ILUSTRADO

Año XV — 1º DE SEPTIEMBRE DE 1906 — Nº 353

PRECIO
Suscripción mensual..... .....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN

Empresa El Cojo – Caracas – Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4—Número 14
Caracas — Venezuela

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

ALLOUARD - Después de la victoria

## NUESTROS SENTIMIENTOS

### VIII

Todos los terribles modificadores de orden físico, químico, biológico y sociológico, que componen los ambientes en mi país y que ejercen su influencia privativa sobre el organismo y sobre el carácter de mis paisanos, producen también, en medio de la complejidad de su acción, determinadas resultantes que podrá aprovechar una selección sabia y útil, para los más bellos fines de excelencia.

Ciertamente, la temperatura tórrida del Llano, su complicidad con los copiosos vapores que emanan de la superficie de nuestros ríos anchurosos—que suman 300 en cinco categorías, bañando tres mil leguas de pampa (1)—y de los extensos lodazales de la llanura inundada durante meses, la potencia nociva de este maridaje, los efectos fisiológicos y patogénicos de estos agentes; todo cuanto la naturaleza concierta allí contra el individuo, para sorprenderlo en su imprevisión y agobiarlo y quebrantarlo, hace de aquellos hombres seres taciturnos y lentos, cuyo carácter le comunica á la vida un semblante radical de reposo, de serenidad y de modestia. Le falta al llanero la ambición, que es fuerza y es estímulo: difícilmente llegará á ser la de mi país una raza de invasores voluntarios y de conquistadores sedentes: necesitarían el soplo violento de una poderosa racha de histeria moral,—movimiento religioso, transformación política entrañable, hipercinesia colectiva,—para franquear los distantes linderos de la llanura, y levantar su tienda exótica bajo latitudes extrañas. El siempre estará de paso en medio de todas las civilizaciones.

Pero esa pesadumbre ha formado, primero mecánicamente, luego por herencia, la raíz y la prosperidad de las viejas virtudes llaneras: ha habituado á hundir en los senos del suelo elegido la piedra del hogar; y no necesitaría las prescripciones del antiguo derecho itálico, para querer morir, pegados los labios, sobre la piedra tumular de sus mayores. Si el patriotismo es un sentimiento primitivo, nosotros, llaneros, seremos los últimos depositarios de ese indicio de rudimentarismo, porque no hay dolor comparable á la ruptura de nuestro vínculo umbilical con la tierra madre: aventureros de la llanura, somos, por razón de medio y por rectificaciones de raza, los sempiternos extranjeros de cualesquiera otras regiones. Podremos bien los del mediodía llanero acomodarnos al oriente, y á la inversa, porque á pequeñas diferencias de vecindad hallaremos el mismo medio, la misma vida é idénticas costumbres; pero seremos perpetuamente rebeldes al malestar, al estrépito, al vaivén, al barullo de otras gentes. Al principio, los feuómenos fisiológicos y psíquicos de la obnubilación nos producirán un efecto intenso y desconcertante; pero ocupado el nuevo medio, nos fabricaremos inevitablemente la localidad artificial. De los centros de cultura no tomamos sino los elementos eficaces para hacer más cómodo el goce del ideal, pero siempre sentiremos,—y cuidamos de sentir siempre,—que somos los vencedores y los irreductibles. La civilización no podrá realizarse en nuestras llanuras sino aprovechando el material originario: toda otra tentativa y su resultado serán deleznables, transitorios, esporádicos. En los países del mundo que tienen caracteres semejantes á los nuestros, han fracasado los más sabios maestros de colonización, después de Roma y después de su discípula la España *seiscentista*. Quizás á ese empeño de reñir contra el continente, se deba la observación repetida por mi eminente amigo el doctor Gil Fortoul, de que el límite de mayor prosperidad de la cultura actual está señalado entre los círculos polares y los trópicos, sin poder garantirse viabilidad dentro de los paralelos tórridos. Luego, queda indicado que al penetrar en ellos deben cambiarse todos los procedimientos, desde la construcción de la vivienda hasta las fórmulas del derecho y el espíritu de la legislación. ¿No parece que la naturaleza misma, perseguida, asediada, torturada, hablaba por boca del indio, «sin arte ni maña de hombre,» cuando le declaraba al conquistador que las cosas que le enseñaba eran buenas para Castilla, y que «no tenía ganas de mudar de costumbres ni de dioses?»... (2)

Entre las repercusiones psíquicas de esas influencias se debe contar nuestra tendencia á la confraternidad regional, al siamismo de gustos, aspiraciones é ideas: desde las orillas del Orinoco hasta los ruedos de la cordillera occidental, todos los llaneros amamos un mismo culto, adoramos los mismos dioses, comulgamos en el mismo altar. Esto constituye una base germinal de solidaridad. A pocos días de llegado á la ciudad metropolitana, el llanero está informado de la residencia y frecuencia de cada uno de sus paisanos, aunque no los visite ni aun salude: hay en esto un semblante de mancomunidad de azar, de destino, como una acción atrayente de proscriptos caídos sobre la misma playa de exilio, en espectativa del éxodo: un hálito ancestral del gregario los concenta y algo remoto é imperecedero del espíritu semita los vincula.

Aquellos agentes de la naturaleza y de la vida llaneras, hacen de sus hombres organismos de castidad: no florecen los apetitos bajo un clima que marchita temprano los recursos de la economía. (3)

Hijo próximo de la naturaleza, nadie en Venezuela más larga é intensamente trabajado para conformarse á los géneros de vida que son ansia y salvación de las muchedumbres acosadas y aun agotadas por las usuras de la actividad contemporánea: es fuerte, abundante, pero nada dispendiosa, la mesa del llanero: escasa la sensibilidad, reducida la capacidad de goce, pobre la aptitud para el placer material y corta su resistencia. Jamás es un resignado, pero siempre es un satisfecho de la parquedad de la vida: ninguna sorpresa llevan á su espíritu debonario, el silencio, la soledad, el aislamiento, la temperancia. Si el cambio de medio y las lubrificaciones cultas le aligeran la gravedad de su constitución, le modifican el or-

(1) Codazzi, *Geografía de Venezuela*.

(2) Fr. Pedro Simón, *Noticias historiales*.

(3) V. Courty, *Traité des maladies de l'utérus*.

O. CRAEF - Una copla intencionada

ganismo, le afinan los nervios y le crean capacidad receptiva para las sensaciones sutiles, vive en placidez inalterable en cualquier retiro doméstico, sin que experimente la necesidad del movimiento ni las nostalgias del alborozo probado un día. Sería siempre virtuoso por no incomodar el reposo constitucional de su temperamento bilio-linfático.

Acaso aquel impulso de solidaridad, ó una faz de los fenómenos de instinto, común á todos los grupos débiles, transmitido por generaciones casi idénticas á sí mismas, hacen que el llanero crea sin examen en el sentimiento de la amistad, y, como me escribía uno de ellos, «á la manera antigua». Había podido decir: «á nuestra manera», lo que significa devoción constante, ajena á filiaciones; seguridad de que ninguna sospecha puede alterar la tranquilidad del afecto; entrega confiada é inequívoca á la honradez de otro: nada de protestas, nada de ratificaciones, ninguna necesidad del cultivo diario y fatigante: á través de la distancia, á través del tiempo, á través del silencio, reposa el sentimiento amigo, condensándose y requintándose, como un viejo mosto en odre inmóvil. Derívase esto de la homogeneidad de la vida del Llano y de la unidad de relación: siendo pocos en ancho espacio, cabemos allí todos con nuestro bien, sin tropezar el campo ajeno, y casi único el interés que nos mueve, no hay gérmenes de suspicacias ni vegetan las perfidias: de la experiencia de que semejantes semillas y tales plantas son inmancables en la alforja extranjera, se ha formado en gran porción la retardataria «malicia llanera». Nuestro antecedente ancestral, nuestra tierra, nuestra vida en ella, explican la naturaleza de nuestra noción de la amistad: como en Arabia, el enemigo es el extranjero, pero nunca el paisano (4).

Ya he dicho cómo no hay odios profundos, ni enconos durables en mi país: esto es una expansión del sentimiento anterior y asimila el alma del llanero á la del marino: cuando en Alemania se comenzó á aplicar un criterio científico á las reconstrucciones históricas, al tratarse de la edad romana de Augusto, se propuso la afirmación de que los países montañosos (y se citó casi toda la península italiana),—la Vendea, los Cantábricos,—producen el aferramiento de las ideas y entretienen el rencor. De esto se tradujo un epítome histórico al español,—cuyo autor he olvidado,—que contiene un largo capítulo promedial titulado: *Influencia de las montañas.*

Compréndese cuánto relieve tendrá entre nosotros el sentimiento de la paz: un denso sedimento de apatía reside en su fondo. No es genuinamente guerrera aquella raza de hombres conservadores y misoneístas: las revoluciones de las ideas, como las revoluciones políticas, los amenazan con el estrépito de la ruina de todo lo que aman y veneran. Hay una pronunciada excepción de vecindad: el llanero del norte de occidente y el llanero oriental. El primero es un tipo en formación, de las concurrencias de la zona alta, de las próximas depresiones de la costa coriana y de las bajas mesetas en donde van á morir los dos sistemas orográficos: se hallan en él los triples caracteres de origen, todavía en pugna y heterogeneidad. El segundo, el llanero del norte oriental, es en muchas partes hijo también de altiplanicies, vecino siempre de litoral y en grande extensión ribereño: posee el más alto índice de belicosidad de la población llanera, grado que va bajando sensiblemente al suroeste, hasta los retirados aduares de los ahora lánguidos biznietos de los jinetes de Mucuritas.

La existencia de estos sentimientos y de las buenas condiciones que ellos confieran á mis paisanos, no niega ni afirma nada en contra de las deficiencias que desde el comienzo de estos estudios he señalado. Unas y otras son resultantes legítimas del carácter de raza, del medio físico, del ambiente interior; y unas y otras desaparecerán, ó se transforma-

[4] Burckhardt, *Hist. univ. des voy.*

rán ó modificarán en un sentido progresivo ó negativo, según el impulso evolutivo y las concomitancias que priven para el último resultado.

Las he consignado, para que unas señalen la causa de retardación, el obstáculo al progreso, la distancia del ideal; y para que ofrezcan otras la promesa y pueda ésta aprovecharse en un día que ciertamente parece ahora remoto, pero que en manera alguna es ilusorio. Si en las civilizaciones hay algo de sorprendente para la muchedumbre, es la inesperada proximidad á que se ha encontrado siempre la piedra fundamental de la escala ascendente: razas y pueblos prometidos, al parecer por la naturaleza misma, á la eterna humillación de una ley que sin duda es necesaria al equilibrio de un sistema, de pronto sufren el desconcierto y la catástrofe de su estado, para adoptar una disposición nueva, más apta á la cultura. Una epidemia, una guerra, un movimiento político, un descubrimiento, á veces un solo hombre, es bastante y poderoso á alterar los términos y los datos de un estado social, de un semblante civilizado, é imprimir un movimiento con caracteres renovados ó nuevos al destino y á los ideales de una porción de la humanidad, pareciendo burlar todas las previsiones y todas las afirmaciones de la ciencia.

Pero basta una observación de conjunto para confirmar que el criterio filosófico contemporáneo es el acertado. Ninguna fuerza misteriosa conduce á la multitud hacia un designio predispuesto, ni es inmutable y fija la finalidad social: es verdad solamente el progreso, inevitable, incontenible, indestructible mientras no se destruyan—y cómo?—los componentes puestos en presencia ó en contacto. En tanto que el universo exista, en él habrá vivientes que por la sola razón de existencia producirán energías impulsivas; empujarán hacia adelante, tendrán necesidades que por sí mismas crecerán en número y fuerza, engendrarán recursos, provocarán la agresión y la defensa; y marchará la muchedumbre.... ¿Acercándose á algo? De ello no se preocupa la muchedumbre, sino de salvar la vida, cuando ya no pueda en un piso social, en el de más arriba, y en el otro superior, hasta donde halle ambiente propicio.

Solamente que el ángulo de percepción es estrecho y no abarca la extensión del objeto; y pasma y sorprende cuando una bella mañana nos descubrimos marchando y subiendo, sin habernos acordado en preparativos ni habernos concertado en itinerarios.

Que en medio, ó simultáneamente, con defectos, con vicios, con debilidades que parecen decretos impromovibles de condenación, tenga el llanero y cultive sentimientos, virtudes, condiciones eximias, nada de ello establece colisión, ni funda criterio de pesimismo. Mujer bestial, destinada á la carga y á la recua, es la del Gabón, y es tierna y clemente mujer, que presta dulce auxilio y cariñosos cuidados al extranjero enfermo (5); salvajes son los senegambios y en medio de una catástrofe ejercen con las víctimas actos de humanidad que serían honor de la Europa civilizada y altruista (6); groseros y burdos los rudimentarios esquimanales, y su generosidad piadosa asombra á los exploradores (7); bravos y crueles los polinesios, y á pesar de ello, afables y fraternales (8); feroces y temibles los malayos, y son probos, escrupulosos del deber, atentos y cumplidos (9).

La Grecia en sus comienzos fue más salvaje y dura que todas estas tribus: «el extranjero era más ó menos un enemigo, y el esclavo, una especie de animal doméstico, al que se podía, según Aristóteles, cazar como á un jabalí.»

Y hace apenas una hora para la evolución, Europa era sanguinaria y bárbara, tierra de esclavitud y servilismo, cuna de castas intemperantes y libidinosas, implacable verdugo de glebarios.

ELOY G. GONZALEZ.

[5]. Du Chaillu, *Voyage dans l'Afrique équatoriale.*
[6]. Clapperton, *Second voyage.*
[7]. Ross, *Hist. univ. des voy.*
[8]. Porter, *ibid.*
[9]. Wallace, *The Malay Archipelago.*

## ALMA ANTIGUA

Para "El Cojo Ilustrado"

I—De las cumbres lejanas venía
La bandada harmoniosa cuyas alas
Brillaban como el día.
(Sobre el cielo azulado se veía
Dibujarse la huza de Palas).
Aquella tarde triste
Los pájaros sagrados me hablaron al oído:

II.—Tú fuiste un soberbio guerrero,
soberbio y temido.
Tu casco de bronce,
Tu carro dorado, tu espada, tus ojos de fuego,
Agitaron la aurora serena
De las hondas pupilas de Helena.
En un frágil trirreme surcaste
El océano profundo y sonoro,
Que ocultaba con olas de sombra y espumas de nieve
El jardín de los frutos de oro.
Los nedus murraron tus hazañas
En los festines
Que ofrecen los reyes á los semidioses;
Y como un viejo río, la sien coronada de cañas,
Bajo el palio de frondas
Riente y luminoso,
De las esposas vírgenes
Fuiste el primer esposo.
Y cuando ardió tu cuerpo
En la hoguera que tiñe de rojo la cima del monte,
Tembló bajo tus plantas,
Sobre las ondas lúgubres, la barca de Caronte.

(—Oh, sí! Yo fuí el guerrero
De las viejas rapsodias
Y la tricorde lira
Cantó mi gesta heroica.
Aún en mis hombros siento
Los brazos de la diosa
Que encendía mis labios
al fuego de su boca!
En el río de lágrimas
Se reflejó mi sombra,
Con los que la perdida dulce existencia lloran...)

III.—Guerrero? Oh, nó! Deliras...
Busca en tu noble espíritu
El alma de los besos y el alma de las liras;
Adórnen tu frente
Laureles y mirtos y rosas,
Y humedézcan tus pálidos labios,
(Pálidos de fatiga de placer) si reposas
En las noches aladas,
Finas y rojas lenguas
En el néctar de Thasos saturadas.
Que un nuevo goce inicie
La nueva luz que en el Oriente empieza,
Que la dulce Belleza
Tus ojos acaricie.
Presente de los dioses
La vida es dulce y breve;
Vino y caricias bebe
Donde los labios poses.
Que lleve hasta tu oído
Su alarma deliciosa
La pareja amorosa que palpita en el nido.

(—Ceñid una guirnalda de rosas á mi frente,
Desatad mis sandalias, adornadme de púrpura,
Poned junto á mi mano la rama floreciente;
Que preludien las liras
Al dulce modo eolio,
¡Oh sacra Musa que al festín inspiras
Los versos del escolio!
Risas, juegos y amores
Tengo en mis brazos presos,
Y el ardiente deseo entre mis labios
Persigue la frescura de los besos...)

IV—Te acuerdas? A la sombra
Del plátano frondoso,
Junto á la clara fuente
Que al pie del ara de las Musas nace;
Bajo el cielo riente
Gozoso con su luz y con su gloria,
Surgieron en tu mente
El Bién y la Verdad y la Belleza,
Alma de la indulgente
Naturaleza.
De hondas arrugas se cubrió tu frente
Y aparecieron en tu sien las canas,
Pero siguió á tu oído, dulcemente,
Cantando al coro de las nueve hermanas.
Y así cuando morían
Tus últimas auroras
Endulzó la mirada de tus ojos
El grupo de las Gracias seductoras.
Ni hombres ni dioses
Perturbaron tu espíritu sereno,
Y tu espíritu estaba
De hombres y dioses lleno.
¿Fué un dios? Fué un hombre acaso
Quien condujo la Muerte á tus dinteles?
El hijo de Hiperión cerca al ocaso
Guiaba sus corceles,
Y como el paso del radiante Númen
Un camino de luz era tu paso.

(—Oh, sí! Cuando vagaba por el bosque de olivos,
Con las plantas desnudas, sobre la fresca yerba,
Fijos en el espacio mis ojos pensativos,
Bajo el sereno y hondo prestigio de Minerva,
Cuando junto á los pórticos la muchedumbre oía
Mi voz austera y grave,
La persuasión excelsa de la sabiduría
—Gárgola luminosa—descendía á mi labio,
Y fuí, bajo el influjo de mi celeste guía,
Dulce, elocuente y sabio...)

V—En la la cumbre lejana y sinuosa
Moría la tarde.
La bandada harmoniosa
Tendió otra vez las alas,
Mientras rojos celajes envolvían
La huza de Palas.
Después mis pasos fueron entre ruina y escombros,
Y se pobló mi espíritu de terrores extraños;
Cayeron dos mil años
Sobre mis hombros...

RICARDO JAIMES FREYRE.

Tucumán—[República Argentina.]

A. J. ELSLEY - Patriotas jóvenes

FUROR CANINO

—

A Rufino Blanco-Fombona

Tu fantasía de alas luminosas
voló por el azul de la mañana
á un remoto jardín de pompa arcana
donde fingen los versos mariposas.

Voló sobre los seres y las cosas;
y al regresar de su excursión lejana,
trajo en el pico de encendida grana
ramo primaveral de extrañas rosas.

Como ésas flores de perfume raro
lejos las cultivó del vulgo ignaro
un exótico rey de la armonía;

Al ver del ave el luminoso vuelo,
tras de su sombra que rasaba el suelo
se lanzaron los canes de la vía.

U. A. PÉREZ.

## LA EDUCACIÓN CIENTIFICA

—

En los últimos días nada he leído de tan positiva importancia como un trabajo del doctor William Hallock, Profesor de Física en Columbia University, sobre esta cuestión que él mismo se propone: qué cantidad de ciencia debe enseñarse en la escuela?

La cuestión así enunciada, da por resuelta la cuestión fundamental, que no es sin duda alguna el grado de enseñanza sino la enseñanza misma de la ciencia en la escuela. El doctor Hallock y todos los cientistas como él juzgan que la necesidad de esta enseñanza es de una evidencia abrumadora, y no tienen por sanas las inteligencias que la niegan ó contestan.

La falta de una noción exacta del valor práctico y trascendental de los hechos científicos, ó mejor, la ignorancia general de lo que es la ciencia y de cuanto con ella se relaciona, en concierto con la pertinacia de los antiguos sistemas, las preocupaciones de escuela, la obcecación de las banderías políticas, la fatuidad del enciclopedismo clásico, los estragos de la guerra secular entre la religión y la ciencia, son la causa de que la humanidad no haya abierto los ojos á la preciosísima verdad de que la educación científica del hombre debe comenzar en la escuela.

Es sin disputa esencial enseñar al niño las llamadas *primeras letras*, pero tan esencial como ellas y aún más es el conocimiento de los fenómenos naturales al alcance del niño.

La curiosidad propia de la infancia, proporcional en su intensidad al grado de inteligencia del niño, revela la previsión de la naturaleza en su infinita sabiduría. El niño quiere saberlo todo, y en esta insaciable sed de saber está precisamente el secreto de su educación. Se ha dicho que si continuásemos aprendiendo cuando hombres con la misma rapidez que cuando niños, llegaríamos á ser enciclopedias vivientes, porque nunca como en la infancia es nuestra aptitud de asimilación tan despierta, dúctil y activa.

Esta facultad se malgasta y se malogra aplicándola á la adquisición de conocimientos que lejos de preparar al hombre para la comprensión vasta y segura del misterio de la vida, lo esterilizan, lo extravían y embrutecen.

La tarea más importante de un maestro, y al mismo tiempo el problema más difícil del profesorado, es enseñar al niño á *ver* y á *pensar*. Saber ambas cosas es toda la sabiduría. Cuántos, tal vez el mayor número, llegan á viejos sin haber *visto* ni haber *pensado* nunca, no porque carecieran de aptitudes mentales, sino porque no los enseñaron cuando niños, y ya para siempre ignoraron los métodos y se murió en la desidia la avispa de la curiosidad.

El verdadero sabio es el que sabe ver. En las cosas está toda la ciencia, toda la filosofía, toda la belleza. Saber ver las cosas es realmente una ventaja cuyo valor sólo conocen los que pueden poseerla.

Pero cómo enseñar á ver y á pensar?

Los horizontes abiertos por la adquisición de los conocimientos académicos son parciales y uniformes. Sólo la naturaleza es múltiple y fecunda. Las matemáticas nos enseñan á ser lógicos y exactos, á tener en cuenta todos los factores y á dar á cada uno de ellos su verdadero peso y valor. Pero esto no basta. En matemáticas todos los factores nos son suministrados y su importancia está de antemano determinada, mientras que en la vida cuotidiana tenemos que señalar por nosotros mismos los factores, y por nosotros mismos decidir acerca de su respectiva eficiencia en la elaboración de los resultados.

No es tampoco en la literatura donde puede mejor incrementarse el poder original de observación. En el mar de bellezas de la literatura sólo encontramos las maravillas que otros han visto ó realizado. La alegria del lector es mezquina comparada con la del creador. En este sentido, el privilegio de Homero, Shakespeare, Goethe, Víctor Hugo, será eternamente inaccesible. La lectura guarda con respecto á la prueba y la experiencia la misma distancia que la relación ilustrada de un acontecimiento y la ejecución de este por nosotros mismos. Ver con los propios ojos y hacer con las propias manos es la condición esencial de la convicción plena. Ser lector de la Eneida es mucho menos que ser autor de una bella estrofa heroica.

Sólo la ciencia inicia, activa y desarrolla en el niño el poder de deducción, sólo ella le enseña el equilibrio entre las causas y los efectos, sólo por ella aprende á distinguir lo esencial y á eliminar lo inesencial.

No podría darse idea de la amplitud de espíritu y la magnitud de percepción y de visión adquiridas por un joven de 20 ó 25 años familiarizado desde niño con los secretos de la naturaleza. Su elevación de miras será sin duda infalible y su alma estará libre de las abominables é innumerables vulgaridades de conciencia y de inteligencia que ocasiona la ignorancia de la naturaléza y sus leyes. Puede estarse seguro de que los conflictos de fe quedan todos resueltos, espontáneamente, sin fricciones, con la enseñanza de la ciencia en la escuela.

En la curiosidad y la adaptabilidad del niño parece estar la indicación natural de que la educación científica debe comenzar en la primera edad. Si se utilizara idóneamente la facultad natural de observación del niño, sería incalculable la riqueza de conocimientos esenciales con que saldría de la escuela para entregarse á estudios profesionales. La perspicacia con que el niño integra una serie de condiciones que lo conducen á adivinar las oportunidades de que dispone para sobrepasar á sus padres, es sorprendente. Por desgracia, lo común es que ni siquiera se repare en ello, y las consecuencias son que el niño, esterilizado por la indiferencia de los demás, se vuelve él mismo indiferente, y las mejores aptitudes de su edad se pierden así para él y para la humanidad. Este resultado se produce asimismo por las respuestas ilógicas y absurdas que frecuentemente recibe acerca de los objetos y fenómenos que lo rodean, los que no sólo ve con sus ojos sino que percibe mentalmente, pero que al cabo cesan de interesarle por la inconsciencia de los mayores.

Una gran porción de las respuestas que se dan al niño son por el estilo de la célebre contestación de Lincoln cuando alguien le preguntó cuál debía ser el largo de las piernas del hombre. Tan largas, dijo, como para cubrir la distancia entre su cuerpo y el suelo.

Un niño que observa la insistencia con que un pájaro vuela á un punto cualquiera de la espesura, y al cabo de concentrada atención descubre el nido, es un investigador que nota pequeños pero importantes detalles. Para saber que el pájaro volaba á un mismo punto más de una vez, debió haber observado una primera entrada, la clase de pájaro y á dónde volaba. No hay torpeza comparable á la de permitir que tan preciosas facultades se atrofien. Si se sabe satisfacer el interés del niño hacia los objetos exteriores, su curiosidad estimulada y desarrollada evolucionará gradualmente hacia las cosas sutiles y abstractas, para encontrar no solamente los fenómenos no comunes sino los elementos no sospechados de los fenómenos comunes. Cuando haya aprendido que el aceite se eleva en la mecha de la lámpara, la cera en la vela y posiblemente el agua en una toalla, no le sera difícil la transición á otros fenómenos de capilaridad, y sus pasos avanzarán imperceptiblemente por este camino hasta alcanzar las últimas teorías de la materia y sus leyes. Los fenómenos de solución y cristalización se siguen fácil y naturalmente á la desaparición de la sal y la azúcar en el agua.

El niño que estudia gramática, por ejemplo, debe tener una hora diaria por lo menos de aprendizaje científico, ya sea estudio de la naturaleza ó ciencia experimental, ó ambos á la vez. De este modo los niños aprenderán mil y una cosas esenciales que la mayoría de los hombres ignora.

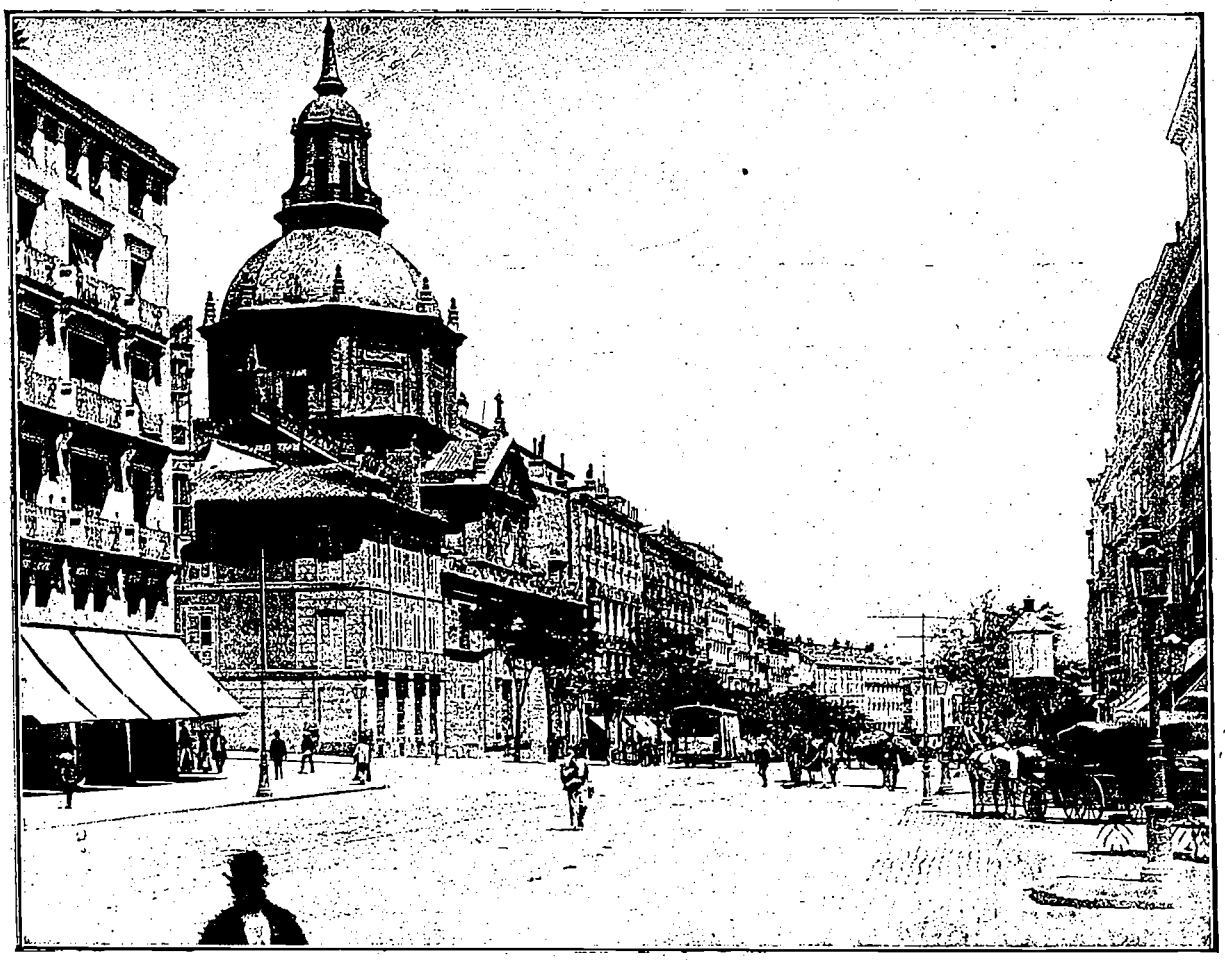
Más tarde, un año por lo menos de estudios sólidos de las dos grandes ciencias experimentales, la química y la física, y aun de dos ciencias biológicas, completarán la preparación del estudiante para entrar en el mundo con los ojos abiertos.

En la edad media una centuria fue necesaria para persuadir á los escolares del valor cultural del idioma griego. Para bien de la humanidad es de desearse que la ciencia tenga mejor suerte, y que la necesidad de la instrucción científica en la escuela sea pronto y universalmente reconocida. La ciencia está en el aire.

El problema de la educación científica del niño queda fatalmente sometido á un factor esencial: el profesor.

JACINTO LOPEZ.

New York, agosto de 1906.



Madrid - Iglesia de Calatrava y calle de Alcalá

## MADRIGAL

Es tu faz nieve entintada
Con la sangre de un clavel;
Tu negra ceja arqueada
Es el rasgo de un pincel.

Es tu mirada sutil,
Y en contraste seductor
Júnta un asombro infantil
Con un ensueño de amor.

Es tu frente albor de luna;
Tu boca, flor de begonia,
Y eres breve como una
Porcelana de Sajonia.

Por delicada tu mano
Cabe en una rosa-té,
Y cabe, fino y enano,
En otra rosa tu pie.

Y tu belleza divina
Y tu gracia y seducción
Caben en una vitrina
Breve como un corazón.

JOSÉ JUAN TABLADA.

México, 1906.

## EN LA VENTANA

Andrés Nicolaievitch quitó un tiesto que había en la ventana con una planta seca de geranio, y se puso á mirar á la calle. Durante la noche y la mañana había estado cayendo una lluvia fina, de otoño; las casucas de madera, impregnadas de humedad, se alzaban grises y tristes. Algunos árboles aislados se doblaban al viento. Sus amarillentas hojas, que tan pronto se pegaban unas á otras, entre murmullos y quejas, como se agitaban en todas direcciones, temblaban dolorosamente y se debatían en las delgadas ramas. Una persiana, medio desprendida, colgaba á lo largo de la pared de una casuca sombría y torcida; con obstinación estúpida, golpeaba ruidosamente la ventana, y después iba á dar de nuevo con estrépito en las vigas podridas. Y la parte de la ventana que permanecía visible, en la que se percibía una botella de aceite amarillo sobre una tabla, tenía el aspecto tristón de un hombre con un ojo enfermo y vendado.

Tras el tabique de madera que separaba el cuartucho de Andrés Nicolaievitch de la habitación de sus patrones se oía una voz que murmuraba, sorda y lenta:

—Me lué: he perdido dos copeks.

—No te preocupes, Fedor Ivanovitch—suplicaba una voz de mujer.

—Es preciso que los encuentre.

Pasos pesados hacían crujir el suelo. Un taburete de madera cayó con estrépito. El panadero, en cuya casa habitaba Andrés Nicolaievitch, perdía siempre algo cuando estaba borracho, y no se tranquilizaba hasta encontrarlo. Por lo general eran dos copeks, de cuya existencia dudaba Andrés Nicolaievitch. La panadera daba entonces á su marido otros dos copeks, diciéndole que eran los que perdiera; pero Fedor Ivanovitch no lo creía y continuaba revolviendo todo el cuarto.

Después de haber suspirado pensando en la estulticia humana, Andrés Nicolaievitch volvió á mirar á la calle. Precisamente frente á la ventana, en el otro lado de la calle, se alzaba una hermosa casa. Toda la fachada estaba esculpida en madera; era como un encaje, con el zócalo de un rojo oscuro, y terminaba en la cornisa del tejado, sobre el que se erguía una flecha igualmente labrada. Hasta con aquel tiempo tan malo, cuando todo en la vecindad estaba triste y sin vida, los miradores de la casa brillaban, y las plantas de salón que se veían al través de las ventanas se mostraban alegremente, frescas y rozagantes, como si para ellas no muriese nunca la primavera, como si poseyeran una vida secreta, eternamente verde. Andrés Nicolaievitch gustaba de mirar aquella casa y figurarse cómo se vivía en ella. Personas elegantes y satisfechas se deslizan calladamente por los pisos; sus pies huellan tupidas alfombras; se dejan caer negligentemente en blandos cojines que toman la forma del cuerpo. Las plantas verdes impiden ver la calle con su fango, y allí todo es cómodo, todo está limpio y brillante.

A las cinco ó á las seis generalmente, el dueño de la casa vuelve de sus asuntos: es un buen mozo, moreno, de expresión enérgica y cuyos dientes blancos sonríen alegremente. A menudo viene con un convidado. Con paso firme y rápido suben la escalera de piedra del vestíbulo y desaparecen riendo tras la puerta de roble, mientras que el irascible cocherote da una brusca vuelta y entra en el patio empedrado, en cuyo extremo se perciben vastas dependencias ocultas por los corpulentos árboles de un antiguo jardín. Y Andrés Nicolaievitch se representaba cómo la joven dueña de la casa saldría al encuentro de los que llegaban, cómo tomarían puésto en

una hermosa mesa ornada de cristalería y de otras magníficas cosas que nunca vió en su vida, y cómo se pondrían á comer alegremente.

Un día encontró al hombre de los blancos dientes, que recorría las calles en un carruaje de ruedas de goma. Andrés Nicolaievitch le saludó, y el caballero le devolvió cortésmente su saludo, sin que su rostro expresara la menor sorpresa porque le saludase aquel desconocido, flacucho, de tez cobriza, con gorra de funcionario; ni siquiera se tomó el trabajo de pensar en quién pudiera ser.

Pero ni el mismo Andrés Nicolaievitch sabía por qué le había saludado.

—Compréude la cosa; estos no son más dos copeks—murmuraba la voz sorda y tenaz del patrón al través del tabique:—mis dos copeks estaban mellados.

—¡ Dios mío! ¡ Cuándo me enviarás la muerte que me libre de todos mis males!—gemía la mujer.

Andrés Nicolaievitch estaba sentado junto á la ventana, mirando y escuchando. Hubiera querido que todos los días fuesen festivos, para poder observar cómo viven los otros, porque entonces no experimentaba ese terror que acompaña á la vida. El tiempo se detenía para él; en aquellos minutos se olvidaba del abismo abierto que le espantaba siempre.

Así hubieran podido transcurrir los años, sin que ningún sentimiento ni idea alguna penetrasen en su alma petrificada.

De repente se abrió la puerta cochera de la hermosa casa, salió el carruaje y paró ante la escalinata; el cochero arregló las riendas en sus manos. «Va á salir la señora,» pensó Andrés Nicolaievitch.

En la puerta apareció una mujer joven, delgada, con su hijo, un niño de siete años, de rostro tan moreno como el de su padre, y con la misma expresión de dignidad tranquila y severa. Con las manos en los bolsillos de un largo gabán de paño, el hombrecito miraba con placer al corcel negro que cocaaba nerviosamente en el suelo, y con el mismo aire de benevolencia y de majestuosa tranquilidad, sin sacar las manos de los bolsillos, permitió á la criada que le alzase y le sentase en el coche.

Andrés Nicolaievitch le daba mentalmente el tratamiento de «Excelencia,» y se preguntaba si los niños como aquél venían verdaderamente al mundo de la misma manera que los otros. Y cuando las dos mujeres se echaron á reír del pequeño «general,» que consideraba con asombro pensativo aquella incomprensible alegría, el flacucho empleado, oculto tras su ventana, sonrió involuntariamente y con respeto.

El caballo se puso en movimiento, y el coche se alejó trepidando ligeramente.

Escondiendo sus manos rojas bajo el delantal, la criada permaneció un momento en la escalinata, hizo un gesto y desapareció tras la puerta. De nuevo la calle húmeda volvió á quedar tranquila y solitaria; solamente la persiana flotante golpeaba, desesperada, como para pedir que alguien se dignara sujetarla. Pero la casuca parecía como muerta. Solamente una vez apareció un rostro femenino en la ventana, pero tampoco tenía aspecto viviente.

Andrés Nicolaievitch no había envidiado nunca á los personajes aquellos, y no hubiera querido tener tanto dinero como ellos. Hacía unos seis años que observaba la hermosa casa, y se había habituado á ella de tal manera que, desaparecida, no hubiera sabido qué hacer. Había estudiado todas las costumbres de los que la ocupaban. Cuando en el año anterior, por la primavera, llegaron y empezaron á trabajar unos carpinteros y pintores, Andrés Nicolaievitch se pasaba todo el tiempo libre en la ventana, sumamente preocupado. Le parecía que los torpes pintores, que entonaban canciones estúpidas, iban á echar á perder completamente la casa. Así que aunque no hubiese tal, y aunque, por el contrario, apareciera más brillante y más nueva cuando se marcharon, Andrés Nicolaievitch echaba de menos la fachada antigua, cuyas resquebrajaduras conocía. Allí, en un ángulo, junto al tejado, había un sitio del que gustaba particularmente por su original belleza. Tuvo un gran pesar cuando los carpinteros quitaron la antigua escultura y apareció el rincón desnudo dejando ver sus blancas vigas. Una ó dos veces se le ocurrió á Andrés Nicolaievitch que también él podría ser un hombre que ganara mucho dinero, poseedor de una casa de ventanas brillantes y de una mujer bonita. Pero esta suposición le causaba un gran espanto. Ahora permanecía tranquilo en su cuartucho, y las paredes y el techo, que se podían fácilmente alcanzar con la mano, le rodeaban y le defendían contra la vida y las gentes. Nadie entraría para hablarle y reclamar de él una respuesta. Nadie le conocía ni pensaba en él, ¡ y le tranquilizaba esto tánto ! Es como si estuviera tumbado sobre el fondo mudo de una mar profunda, y cubierto con un sudario de algas, separado del mundo exterior y de las tempestades. ¡ Y de repente tendría riquezas, poder, y estaría como al borde de un precipicio ! Todo el mundo le miraría, hablaría de él, le solicitaría. Veríase obligado á hablar con las gentes que irían sin interrupción á visitarle, y él á su vez iría á viviendas de techos elevados, con numerosas ventanas que dejan penetrar una viva luz blanca. Sin defensa se encontraría allí, como en medio de esa plaza pública que tiene siempre atravesar.

Veríase obligado á pensar en su dinero, á fin de que no volase; en su mujer, en la fábrica y en una porción de cosas extrañas. Tendría criados, á los que habría de dar órdenes, y si tales criados no las escuchasen y se permitieran discutirlas, debería gritar y sulfurarse. Hay que saber hacerse temer de los demás, ser fuerte; y ante esta idea, Andrés Nicolaievitch sentía que todo su cuerpo, sus manos, sus pies se ponían blandos, como si le hubiesen quitado los músculos y los huesos. Experimentaba ese sentimiento siempre que tenía que obrar por su propia iniciativa, hacer algo que se saliera de lo habitual y que no se lo hubiesen mandado.

Encontrábase bien, por lo demás, en su oficina. Su mesa, la misma desde hacía quince años, tenía un hule, y estaba colocada en un rincón; y cuando su jefe el consejero entraba, no veía á Andrés Nicolaievitch, oculto detrás de los otros empleados. De todos modos experimentaba un sentimiento de espanto en aquellos minutos, y hasta que el consejero salía no enderezaba sus espaldas, inclinadas como espigas de trigo por el vendabal.

Andrés Nicolaievitch se sentía en una seguridad absoluta. Unicamente se ocupaba de él el subsecretario para recibir las copias y darle nuevas órdenes. Solamente aquél sabía que existiera en el mundo un empleado modesto y concienzado, que hacía las *D* con grandes rasgos y las *R* como llaves de sol, que tal empleado se llamaba Andrés Nicolaievitch y que sus compañeros le habían puesto de mote el Señor «Si»; pues su verdadero apellido solamente era conocido del cajero. Por su parte, el tal empleado sabía lo que tenía que hacer al día siguiente y en todo el resto de su vida, y que no encontraría en su camino nada nuevo ni temible. Cinco años antes le habían ascendido; pero ¡ qué días tan espantosos fueron para él aquéllos !

Pensaba en esto.

Se acercó una nube y quedó á oscuras el cuarto de Andrés Nicolaievitch. Observaba desde la ventana cómo el viento inclinaba hacia el tejado á la acacia, imponente en aquella lucha, y se esforzaba en adivinar si el árbol se rompería ó nó, y si se notaría el vendabal y el nublado en la rica morada. Pero sus pensamientos flotaban sin fuerza, y la imagen de la vida en la hermosa casa permanecía confusa. En la fortaleza que Andrés Nicolaievitch se edificara y en la que descansaba de las vicisitudes de la vida, había un punto débil, y sólo él conocía la puerta secreta por la que de repente aparecen los enemigos. Estaba al abrigo de la invasión de las gentes, pero hasta entonces no había encontrado nada para protegerse contra la de los pensamientos. Llegan éstos, abren las paredes, quitan el techo, arrojan á Andrés Nicolaievitch bajo el cielo sombrío, en medio de aquella plaza sin límites, abierta á todos los vientos, en la que parece convertirse en centro de la creación y en donde se siente tan mal.

Y precisamente cuando acababa de felicitarse por el tiempo que había transcurrido sin advertirlo, sus enemigos avanzaron á escondidas, y vió que no tenía ya fuerzas para combatirlos. Hé aquí que las paredes han desaparecido, el cuarto también. Se encuentra de nuevo ante el consejero; permanece allí como clavado mirando el cráneo calvo y reluciente de su superior. Transcurren así lentamente uno, dos segundos. Las suelas de sus zapatos están soldadas al suelo: ni una docena de caballos lograría mover una línea á Andrés Nicolaievitch.

—¿ Qué más hay ?—dice el consejero, que ha terminado ya de dar sus órdenes. Su voz resuena como la trompeta del juicio final. Las piernas de Andrés Nicolaievitch se mueven inmediatamente; pero en lugar de dirigirse hacia la puerta en donde está la salvación, se quedan en el mismo sitio. Su lengua, mientras tanto, continúa pegada al paladar, y no se lograría desprenderla sino con pinzas.

—¿ Qué hay ?—repite la trompeta.

—¿ Y... si Agapoff no ha terminado de copiar á las dos ?

—En efecto—responde el consejero reflexionando.—Pues que concluya en su casa. ¿ Qué más ? ¿ No está esto claro ?

—Está claro—contesta Andrés Nicolaievitch con tono brusco, con el mismo tono entrecortado que toma su expresión para hablarle. Comprende mal lo que le dicen, porque una nueva y terrible cuestión se formula en su cerebro.

—Entonces... ¿ qué más quiere usted ?—clama la trompeta.

—¿ Y... si tiene otro trabajo urgente ?

Era verdad. Agapoff podía tener otro trabajo urgente, y el mensajero no había pensado en ello. De nuevo, abandonando con enojo sus papeles, dirige una mirada de impaciencia á Andrés Nicolaievitch y no sabe qué responder.

—Entonces se lo da usted á cualquier otro—dice por fin.

—Pero y si...

—¿ Qué ?—ruge el consejero con las pupilas dilatadas por la cólera. Andrés Nicolaievitch se estremece de miedo.

—Nó, no es que lo crea—replica rápidamente, imitando sin quererlo el tono chillón y cortante de su interlocutor. Se diría que la conversación se mantiene entre personas separadas por un ancho foso.—Y si no llegamos al correo de hoy, ¿ qué hacer entonces ?

La respuesta que sigue aparece á Andrés Nicolaievitch bajo la forma de un sonido vago...

A la semana siguiente decía el consejero al secretario:

—¿ En dónde ha pescado usted á ese individuo que tiene la boca llena de «si» ? Cierto es que todo lo que supone puede suceder, aunque no lo tenga yo presente en el momento. Pero también esta casa puede derrumbarse—añadió con repentina irritación.—¡ Puede suceder !

—Es una construcción del Estado—respondió en tono bromista el secretario, añadiendo más seriamente:—¿ Quién lo hubiera creído ? Es un empleado tan meticuloso...

—¡ Y qué insolente ! ¡ Alza la voz de una manera...! Vuélvale usted á su antiguo puésto.

Y así se hizo con Andrés Nicolaievitch. Entonces, durante toda una semana, sintió sus piernas y sus brazos flojos como los de una muñeca barata cuyos miembros están rellenos de serrín.

***

En la calle resonaron los sones agudos y poco melodiosos de un acordeón. Por la acera opuesta pasaban cuatro borrachos; llevaban largos abrigos, botas altas y estrechas y gorras con viseras tan delgadas como hojas de cuchillos. Eran jóvenes los cuatro y tenían rostros extremadamente graves y hasta tristes; uno de ellos llevaba el acordeón, del que sacaba sonidos discordantes que hacían daño en los oídos.

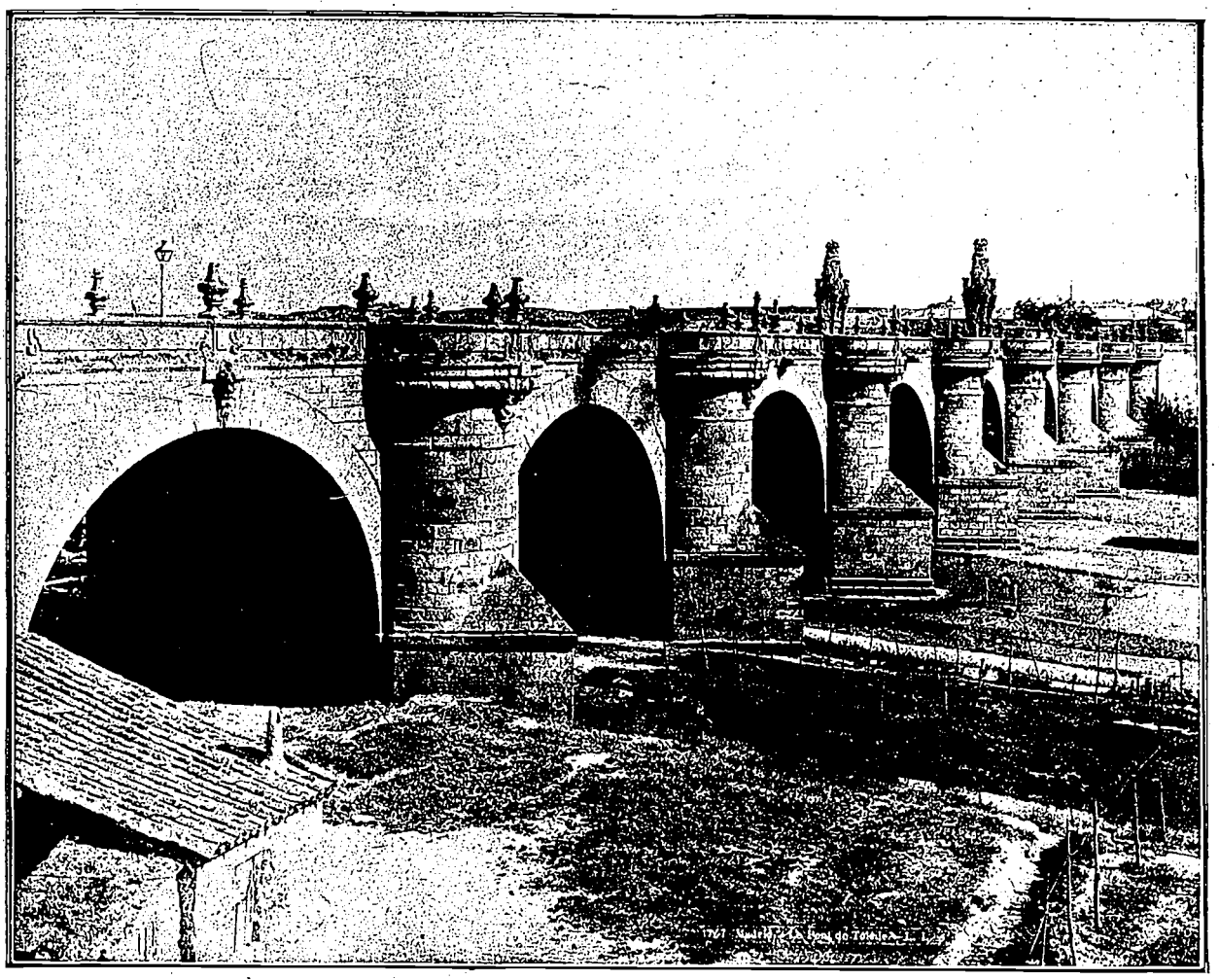
Los chiquelos le imitaban muy bien haciendo rechinar unas láminas de cristal á guisa de acordeón cuando querían irritar á los hombres y jugaban á los borrachos.

Delante de la casa hermosa, en el arroyo, se encontraba el único lugar relativamente seco de toda la calle; uno de los borrachos se separó de sus compañeros, se adelantó, y, con todo el cuerpo recogido, se puso á bailar golpeando el suelo con los talones. Su rostro, joven é insolente, con un bigotillo claro, permaneció tan serio como antes y hasta triste, como si le enojase estar borracho y bailar en el arroyo sucio al agrio són del acordeón con su melancólica tocata. Sus compañeros le miraban, impasibles é insolentes, sin expresar ni aprobación ni censura, y algo indecibilemente angustioso brotaba de aquella extraña alegría, bajo el encapotado cielo, en medio de las deformes casuchas.

—Es Iván Gusarenko—pensó Andrés Nicolaievitch;—baila: señal de que hoy pegará á su mujer.

Cuando los borrachos hubieron pasado y se extinguió la quejumbrosa sonata del acordeón salió una mujer de la casuela de la persiana desprendida. Era la mujer de Gusarenko; se detuvo en el umbral y siguió con los ojos á los que acababan de desaparecer.

Llevaba una blusa roja de percal manchada



Madrid - El puente de Toledo

de hollín y lustrosa en el lugar en donde se delineaba su seno, que era casi como el de una niña.

El viento la levantaba su falda sucia y se la arrollaba en las piernas, cuyos contornos señalaba. Desde sus pies, menudos y descalzos, hasta su cabeza, orgullosamente erguida, se parecía á una estatuilla antigua arrojada por una suerte cruel al fango de un rincón de provincias. El hermoso rostro, de facciones regulares, con una barbilla firme, estaba pálido, y un círculo azulado agrandaba más sus grandes ojos negros. Reflejábanse en ellos de una manera chocante el odio y el temor, el enojo y el desprecio. Largo tiempo permaneció Natacha en el umbral, y mientras que su marido iba de taberna en taberna le seguía con los ojos con tal intensidad que se hubiera dicho que, por la fuerza de su voluntad, iba á hacerle retroceder. La mano que se apoyaba en el quicio de la puerta se entorpecía; sus cabellos era agitados por el viento, y la persiana, desde hacía mucho tiempo desprendida, continuaba golpeando la pared con insistencia, repitiendo á cada golpe: nó, nó, nó.

—¡Qué mujer!—pensó Andrés Nicolaievitch con espanto cuando Natacha desapareció sin dirigir una mirada á la ventana tras la que él se ocultaba.—Gracias sean dadas á Dios por no haberme casado con ella.

Andrés Nicolaievitch se puso á reír de gusto; pero esto no duró mucho tiempo. No se habían borrado todavía las arrugas trazadas en su cara por la risa, cuando «los enemigos» entraban por la puerta secreta. La imagen de Natacha, que no se había desvanecido por completo ante sus ojos, se acentuó claramente, y al lado se dibujó otra imagen. Las paredes se apartaron y desaparecieron; un olor de prados y de heno se esparció en torno suyo. Sobre el horizonte aparecía inmóvil el disco rojo sombrío de la luna, y reinaba una misteriosa tranquilidad.

—¡Dios mío!—exclamó Andrés Nicolaievitch en tono de súplica,—¿es que no basta con una vez y es preciso que comience de nuevo? No es necesario, y no lo deseo en modo alguno.

Con sus dedos amarillentos por el tabaco cogió un grueso papel de fumar semejante á papel de envolver, sacó de una caja de metal un poco de tabaco fino, hizo un cigarrillo y pegó el papel con la lengua. Detrás del tabique roncaba el panadero. Embrutecido por el alcohol y cansado de buscar los dos copeks, se había dormido y no se despertaría hasta el anochecer. Respiraba con fuerza y despedía un fuerte olor á aguardiente que apestaba el cuarto. Fedor Ivanovitch, al despertar, sufriría un largo y penoso acceso de tos; entonces bebería kwass, luego aguardiente, y comenzaría de nuevo el suplicio de su mujer. Así se deslizaban todos los días de fiesta.

Andrés Nicolaievitch compadecía á aquel hombre, grueso y robusto, sofocado durante toda la semana por el calor del horno incandescente, y el cual, los domingos, sucumbía á su pasión de alcohólico. Volvió á la ventana.

Entre las nubes brilló un instante el sol, que iluminó la miserable calle con pálida luz amarillenta. Solamente la casa frontera permanecía la misma, orgullosa y sonriente, con sus resplandecientes ventanas. Entonces Andrés volvió á ver lo que ocurrió en otro tiempo. Estas cosas reaparecían ante sus ojos con singular insistencia, á despecho de tabiques y cerraduras.

Natacha no fué nunca alegre, ni aun en los tiempos en que era una muchacha soltera, bella y libre, y en que muchos hombres solicitaban su amor. En su primer encuentro con ella Andrés Nicolaievitch experimentó una especie de malestar y un sentimiento de cortedad desagradable. Observaba, lleno de emoción, los movimientos bruscos é imprevistos de la joven. Le parecía que de repente Natacha iba á decir ó á hacer cosas tales que todos los invitados asistentes á la reunión se avergonzarían. Cantaba canciones con las demás muchachas, pero no se esforzaba, como ellas, en gritar todo lo alto y todo lo fuerte posible; cantaba con su voz baja y un poco ruda de contralto, como si no cantase más que para ella sola. Cuando Gusarenko, que estaba también en aquella reunión, y que, como de costumbre, estaba ligeramente bebido, la cogió bromeando por el talle, ella le rechazó bruscamente, y poniéndose encarnada le dijo algo que estremeció el bigote rubio del joven, mientras que su mirada se ponía dura y provocadora. Con inocente sonrisa señaló con el dedo á Andrés Nicolaievitch. Natacha, silenciosamente, volvió la cabeza, y sus ojos negros se fijaron en el último como para pedirle ú ordenarle la realización de alguna acción inmediata. Andrés quería apartar los ojos de los de ella, pero no lo lograba, y experimentaba el mismo sentimiento de servidumbre, de ausencia de la voluntad que experimentó cuando se fijó obstinadamente, sin poder apartar la mirada, en el cráneo calvo y reluciente del consejero. No veía el rostro de Natacha. Solamente los grandes ojos de aquélla brillaban ante él como diamantes negros. Sin dejar de mirarle Natacha se levantó de su asiento y, atravesando la sala con paso rápido y seguro, fué á sentarse al lado de Andrés Nicolaievitch de la manera más natural del mundo, como si él la conociese. Después se puso á hablarle como á un antiguo amigo.

—Se arrepentirá usted, Natacha Antonowna—dijo Gusarenko al pasar junto á ellos.

No miraba á Andrés Nicolaievitch, pero sentíase una amenaza en su actitud.

—Les deseo á los dos una buena salud—añadió.

Como no recibía respuesta de Natacha, salió, poniéndose la gorra con gesto de conquistador.

A los pocos segundos, bajo las ventanas, se oyeron los sones de un acordeón y una agradable voz de tenor que cantaba:

Mi bien amada
me ha cogido el corazón
y lo ha arrojado por la ventana
con las basuras.

—Le pegará á usted: tenga cuidado—dijo Natacha.

—No se atreverá: soy un funcionario del Estado—replicó Andrés Nicolaievitch; y, á la verdad, no temía nada. Se hubiera dicho que estaba trastornado.

No solamente respondía á las preguntas de Natacha, sino que la hablaba, la interrogaba, y no se asombraba de discurrir tan elocuentemente y tan bien que se hubiera podido creer que no había hecho otra cosa en toda su vida. Sin dejar de pensar y de hablar, veía con precisión sorprendente todo lo que le rodeaba: el piso sucio, las jóvenes que reían entre sí y un pequeño pliegue en el entrecejo de Natacha.

Pero en cuanto se alejó de él Natacha, le invadió un terror inmenso ante la idea de que pudiera volver y dirigirle la palabra.

Empezó á tener miedo de Gusarenko, y vaciló largo rato sobre lo que debía hacer: volver á su casa para huir de Natacha, ó permanecer allí hasta que se oyese el silbido de los agentes de policía, lo que significaría que se llevaban á Gusarenko á la prevención.

Todo el día siguiente Andrés Nicolaievitch estuvo temblando al pensar que pudiera venir Natacha. Varias veces le flaquearon las piernas al recordar que él, Andrés Nicolaievitch, pudo estar tan animoso la noche anterior. Pero cuando tras el tabique de su oficina oyó la voz de contralto de Natacha, movido por una fuerza desconocida, saltó de su silla y entró con aplomo en la habitación inmediata.

De igual suerte, en el momento del combate, el soldado bisoño se lanza adelante, gritando: «¡Hurra!»... Podría creerse que es el hombre más bravo del regimiento; sin embargo, un sudor frío baña su frente lívida, y su corazón palpita de terror.

En cuanto Andrés Nicolaievitch vió los dos ojos negros, desapareció su ansiedad y se sintió lleno de sangre fría.

Dos meses transcurrieron así insensiblemente, y ocurrió que Andrés Nicolaievitch y Natacha se amaron. Conocíase esto porque él besaba á Natacha unas veces en las mejillas, otras en los terribles ojos negros, cuyas pestañas le acariciaban los labios. Además, Natacha afirmaba la existencia de aquel amor diciendo:

—No hay que besar en los ojos: es mala señal.

—¿Cómo mala señal?—preguntaba riendo Andrés Nicolaievitch; y sentía la superioridad que le daba su instrucción (había seguido dos cursos en el colegio) sobre aquella muchacha ignorante que creía en todas las supersticiones.

—Voy á decirle lo que presagia: me dejará usted de querer.

Ahora bien: si la posibilidad de dejar de querer existe, es porque existe el amor. ¿Pero de dónde procedía aquel amor, y en dónde se encerraba cuando Andrés Nicolaievitch no se encontraba al lado de Natacha? Entonces la joven le parecía absolutamente extraña y lejana. Le costaba mucho trabajo creer en sus besos; si la hermosa señora que vivía enfrente le hubiese besado, no le habrían asombrado más. En el nombre mismo de «Natacha» sonaba para él algo raro, como si hasta entonces no le hubiera oído, ni conjunto alguno de sílabas de aquel género: «¡Natacha!»

No sabía nada de la joven ni de su vida pasada, de la que ella no gustaba hablar.

—Vivía como todo el mundo—decía Natacha.

—Háblame de usted mismo.

Esta petición le dejaba siempre perplejo á Andrés Nicolaievitch, porque no tenía nada que contar. Tenía treinta y cuatro años, y nada había quedado del pasado en su memoria, salvo una ligera bruma y esa angustia particular que invade al hombre cuando se alza ante sus ojos un muro gris é impenetrable.

Su padre, un funcionario, era un hombrecillo que usaba grandes chanclos y que llevaba siempre un gran rollo de papeles debajo del brazo. Su madre, una señora alta y delgada, murió joven al nacer su segundo hijo.

A los diez y seis años Andrés Nicolaievitch á su vez llegó á ser funcionario. Iba á la oficina con su padre, cargado como él con un inmenso paquete de papeles que llevaba debajo del brazo, y calzando los chanclos viejos desechados por el autor de sus días. Muerto su padre, del cólera, empezó á ir solo á la oficina.

En su juventud le gustó mucho el billar; tocaba la guitarra y hacía la corte á las muchachas. Abandonó entonces el servicio del Estado para tratar de seguir otra carrera, pero nada le salía bien. Una vez le prometieron un buen puésto, pero se lo llevó otro. Tal vez fué lo mejor, porque el otro, el rival, no conservó ni siquiera un año el puésto deseado, mientras que él ocupaba hacía años el mismo destino.

—¿Y es eso todo?—preguntó con incredulidad Natacha.

—Todo. ¿Qué más había de haber?

—No lo hubiera creído. Pensaba que llevaba usted una vida muy diferente de la nuestra. ¡Como lee usted libros y habla usted tan bien, y siempre de cosas elevadas y agradables!

—He leído libros; pero ¿qué bien he sacado de ellos? Son puras invenciones.

—¿Y las cosas religiosas?

—¿Quién se interesa todavía por los libros sagrados? Solamente los comerciantes, después de haber robado mucho, se ponen á leerlos. Nosotros tenemos muy pocos pecados sobre la conciencia.

—¿Y no se aburre usted de estar siempre solo?

—¿Por qué aburrirme? Estoy alimentado, alojado, vestido y en buenos términos con mis superiores. El secretario me ha dicho ya más de una vez: «Es usted un empleado modelo, Andrés Nicolaievitch.» Y es verdad, por cuanto soy yo quien copia los informes para el gobernador.

—Pero debe de ser monótono vivir así, fuera del mundo.

—¿Qué se encuentra de bueno entre los hombres? Solamente disputas y disgustos. No se sabe qué decir para satisfacerlos; no se sabe qué actitud tomar para serles agradable. Yo soy mi dueño, mientras que con ellos es preciso.....ó la embriaguez ó las cartas (y se corre el riesgo de caer en manos de las autoridades), y á mí me gusta una vida tranquila y modesta. No es que yo no sirva para nada: tengo el título de escribiente; ya es bastante. Otros aceptan vasos de vino y se dejan corromper; á mí no me gusta; además, le pueden pescar á uno: es harto arriesgado.

Pero esto no satisfacía á Natacha. Quería saber cómo viven los funcionarios en sus hogares, lo que hacen sus mujeres, sus hijas, sus hijos.

Quería saber si los maridos beben aguardiente, y si pegan á sus mujeres cuando están borrachos, y lo que hacen las mujeres cuando los maridos están en el servicio militar. A medida que Andrés Nicolaievitch hablaba, el rostro de la joven tomaba una expresión de frialdad, y solamente se movía su entrecejo como bajo la influencia de una idea tenaz y de un asombro enojoso.

—Hasta la vista—decía Natacha al marcharse.

Y él, besándole su mejilla helada é indiferente, pensaba:

«¿Qué quiere de mí? No me trae más que enojos.»

Una vez, en verano, permanecieron mucho tiempo en un jardín, y se fueron después á orillas de un río. El sol se había puesto; una débil línea roja brillaba en el horizonte, anunciando viento para el día siguiente. El agua estaba inmóvil; les parecía que miraban no el río, sino el cielo. En la orilla opuesta, ocupando un espacio de varias verstas, se alineaban las tiendas de los segadores, y la choza del capataz formaba como una mancha negra que contrastaba con el cielo claro. No lejos de la choza ardía una hoguera, cuyas llamas se elevaban rectas y finas. Percibíase olor á heno. En la calle, el vigilante nocturno hacía oír su carraca. Las cornejas revoloteaban en el follaje, con un grito prolongado é ininterrumpido.

Andrés Nicolaievitch se puso pensativo. La calma de la noche le disponía á una profunda melancolía y á reflexiones sobre la vida. Con los ojos fijos en la hoguera, sacó su petaca y encendió un cigarrillo. El humo subía en delgadas espirales y se disipaba en el aire, lleno de un vaho transparente. Lentamente, con breves pausas, Andrés Nicolaievitch se puso á hablar de la vida, de aquella cosa extraña y terrible, llena de imprevisto y de misterio. Las gentes viven sin saber que morirán mañana. Así, un día un empleado salió á buscar cerveza; en el camino le atropelló un coche y le aplastó, y en lugar de la cerveza que su amigo esperaba, trajeron un cuerpo inanimado. En otra ocasión otro empleado recibió una gratificación: su mujer fué á dar gracias á Dios, y en la misma iglesia le robaron el dinero. En dondequiera que se esté se encuentran gentes groseras, bulliciosas y ávidas, que se lanzan adelante para enriquecerse cada vez más. Caminan sin piedad, inflexibles, silbando y burlándose, y pisotean á los débiles. Los pisoteados lanzan un grito uniforme, pero nadie se para á escucharlos. Hacen bien en desaparecer.

La voz de Andrés Nicolaievitch temblaba de espanto; ¡y parecía él tan raquítico, tan despreciable! Su espalda se doblaba; resaltaban sus omoplatos puntiagudos; sus dedos, largos y delgados, que no conocían las tareas rudas, descansaban sin fuerza en sus rodillas. Se hubiera dicho que se sentía abrumado bajo el peso enorme y el amontonamiento de los papelotes copiados por él, y en otro tiempo por su padre.

—Y hé aquí cómo se pasa toda la vida—dijo tras una larga pausa, como si continuase uno de sus pensamientos en alta voz.

—Debería usted irse á otra parte.

—Pero ¿adónde?

Natacha calló; después, repentinamente, rodeando con sus brazos el cuello de Andrés Nicolaievitch, estrechó la cabeza de su amigo contra su pecho.

—Eres mío, querido.

Era la primera vez que tuteaba á Andrés Nicolaievitch. El movimiento imprevisto de Natacha hizo que se le cayera la gorra á su amado, la cual comenzó á rodar por el ribazo, rebotando en las desigualdades del terreno. Natacha, con mano firme, apretaba enérgicamente contra su seno robusto la cabeza de Andrés Nicolaievitch. Este temía; no estaba nada asustado, pero experimentaba tal compasión de sí mismo que le hacía sufrir. Hubiera querido decir algo bueno, algo tan sentimental que Natacha llorase; pero no encontraba las palabras queridas, y se callaba. Lo incómodo de su posición le ocasionaba un tortícolis; trató de desprenderse, pero la mano firme apretó con mayor fuerza la cabeza de Andrés Nicolaievitch. Aspiraba el perfume de un cuerpo joven y sano. Al través de las manos de Natacha, veía el cielo puro tachonado de estrellas titilantes. En el horizonte, allí donde la tierra se confunde con el cielo, la luna, roja, se alzaba inmóvil; tenía algo siniestro, y parecía muy cercana. Silenciosa, sombría, no esparcía rayo alguno, y permanecía suspendida sobre la tierra como una amenaza horrible, presagio de desgracias desconocidas, pero próximas. Hacía ya tiempo que la hoguera se apagara en la margen opuesta, y ningún rumor turbaba la angustiosa tranquilidad.

Natacha se estremeció y dejó en libertad la cabeza de Andrés Nicolaievitch.

—Vámonos.

Impresionado por el aire fresco, Andrés Nicolaievitch se irguió y dió un paso hacia Natacha; quería decirle algo grande é importante que momentos antes no supiera expresar.

—Natacha—comenzó á decir con vacilación, arqueando las cejas y adelantando los labios. Sus cabellos, habitualmente bien peinados, estaban entonces en desorden y de punta.

—¿Qué?

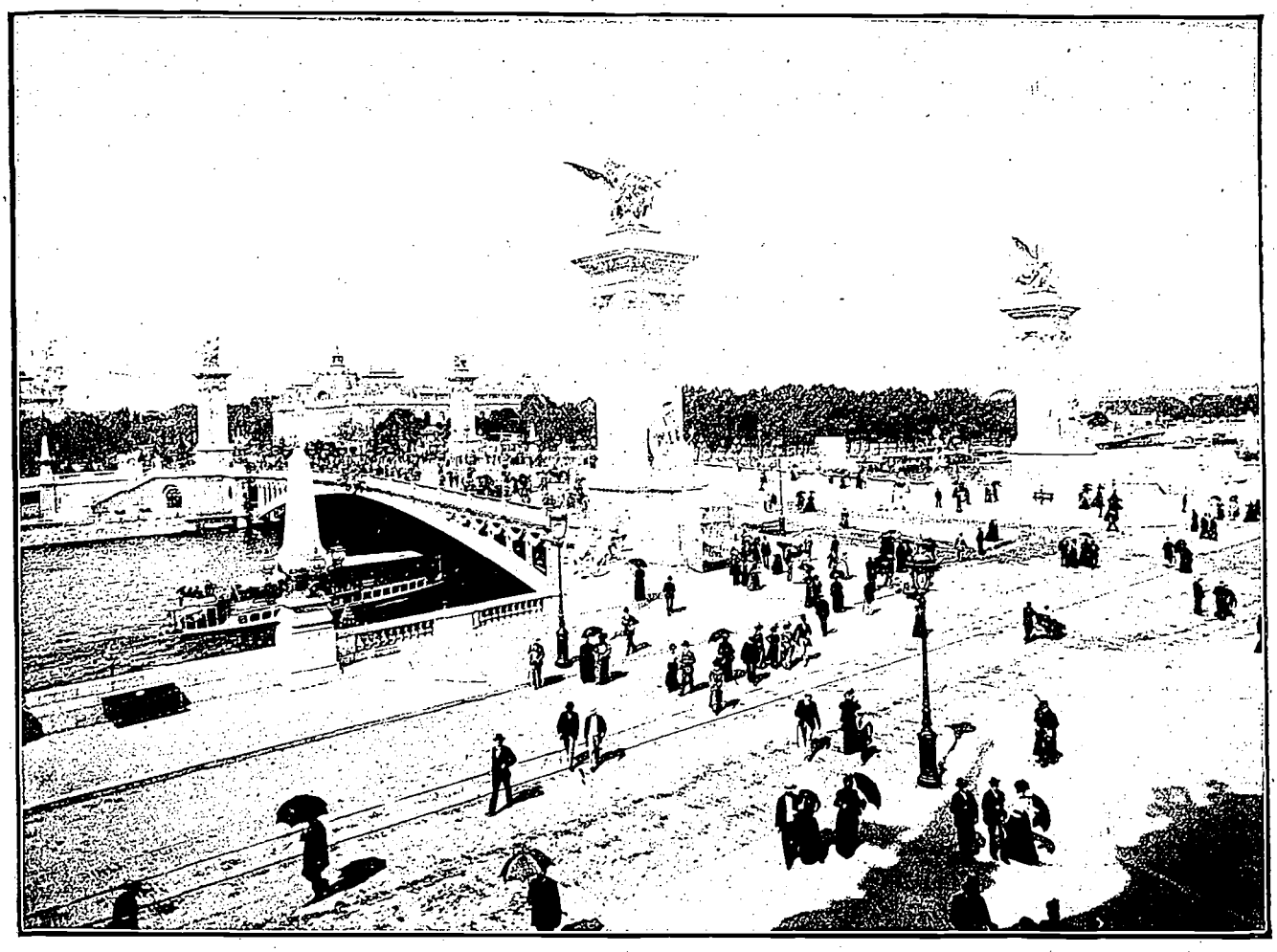
—Natacha—repitió, olvidándose de lo que quería decir;—Natacha, hé aquí de lo que se trata...

—¿Habrá usted perdido también dos copecks? ¡Qué raro es usted!—Y Natacha se echó á reír. Su risa resonaba desagradablemente.

Andrés Nicolaievitch se sintió ofendido y se puso la gorra en silencio; mientras andaban, dirigió censuras á Natacha á propósito de su risa, y la regañó por su modo de ser en la buena sociedad.

Andrés Nicolaievitch seguía sentado junto á la ventana y miraba á la calle con atención, pero permanecía, como antes, negra y desierta. En la pared de la casa cuarteada, la persiana continuaba golpeando como si metieran clavos en un féretro nuevo. «¿No podría sujetarla?», pensó Andrés Nicolaievitch, enojado contra Natacha; después, mirando su reloj, vió que era la hora de comer y que hasta había un retraso de cinco minutos. Después de comer se tumbó para descansar, pero el sueño tardaba en llegar, y, por lo demás, aquel día de fiesta había sido muy alegre para él. Detrás del tabique, el panadero roncaba, como si lo hiciera de propósito. El aire silbaba en su garganta y salía con ruido.

No tardó Andrés Nicolaievitch en volver á sus pensamientos. Veía la siguiente noche, en el mismo lugar, al lado del río: hubo entre



París - El puente Alejandro III [Vista tomada de la Esplanada de los Inválidos]

ellos un principio de riña, tan poco justificado como el principio de su amor. Hacía ya mucho tiempo que preocupaba á Andrés Nicolaievitch una idea importuna que ahora le parecía precisarse en una certidumbre. Natacha, pensaba, quiere casarse y trata de hacerlo con un funcionario. Es una mujer sin instrucción, cuyo lenguaje es incorrecto; cigarrera de oficio; cuando va á casa de sus parroquianos, se ve á menudo obligada á escuchar declaraciones ó bromas de mal gusto. Ahora busca un marido que tenga una posición, instruido, que sea su protector y su defensor, y en toda la calle no hay más que uno: Andrés Nicolaievitch Nicolaief. Como mujer inteligente y astuta, oculta su juego y simula el amor desinteresado.

Y como hasta ahora su táctica no ha logrado nada y Andrés Nicolaievitch permanece duro como el granito, Natacha recurre á otro medio, que no puede engañar á un hombre de experiencia que en su juventud cortejó á las muchachas: finge desdeñar á Andrés Nicolaievitch y se obstina en ensalzar á Gusarenko, alaba su fuerza y su juventud. Sin embargo, hace dos días llevaron á Gusarenko á la prevención, con la blusa desgarrada y un hilillo de sangre en su rostro pálido. Tras él corrían alborotando unos muchachuelos, y uno de los agentes de policía, tan pálido como Gusarenko, le daba metódicamente de puñetazos, mientras que la cabeza de mejillas pálidas del prisionero iba de un hombro á otro. ¡Y era ella capaz de amar á semejante sujeto! Entonces comenzaron unos días de espantoso tormento para Andrés Nicolaievitch. En su cerebro surgieron cuestiones que le quebrantaban el cuerpo varias veces al día. Cuando miraba á Natacha y la sentía á su lado, quería casarse con ella y tal matrimonio le parecía fácil; pero, lejos de ella, le aterrorizaba tal pensamiento. Era un hombre que se ponía enfermo con la sola idea de cambiar de casa, ¡y una boda ocasiona tales novedades, tales trastornos! Correría el riesgo de morir. Sería preciso ir á ver al pope, buscar testigos, que podrían no ir; y habría también que reñir con los cocheros, que pedirían mucho; después habría que ir á la iglesia, la cual tal vez estaría cerrada por haber perdido las llaves el sacristán, y el público se reiría. Luego habría que alquilar un cuarto, amueblarlo y adoptar nuevas costumbres. Sería preciso pensar en todo, crearse cuidados y hablar á todo el mundo. ¡Y si nacían hijos! ¿Y si—oyéndonos Dios—eran gemelos, ó hijas por añadidura, que necesitarían dotes? ¿Y si la nueva casa resultaba húmeda y difícil de caldear? Andrés Nicolaievitch bajaba la cabeza con aire desesperado y se sentía dispuesto á comunicar á Natacha al día siguiente todas sus inquietudes. Pero tenía miedo de que se matara ó se quejase al salvaje Gusarenko. Este último podría estropear á Andrés Nicolaievitch, ó mirarle de tal manera, que valía más aún ser estropeado que soportar aquella mirada.

Andrés Nicolaievitch empezaba á considerar á las personas que se casan como héroes, y experimentaba respeto hacia Fedor Ivanovitch y su mujer, que habían sabido casarse y no morir. Una vez se creyó en el caso de escribir á Natacha. Su carta empezaba así:

«Señorita Natalia Antonovna: Por la presente carta del 25 de setiembre del año de gracia de 1900, tengo el honor de poner en su conocimiento, señorita, que, á consecuencia de la debilidad de mi salud, quebrantada por el celo y la asiduidad que he desplegado por el bien del trono y de la patria, como funcionario de 30ª clase, después de haber enterrado á mis padres, á mi padre, Nicolás Andreievitch, y á mi madre, Daría Prokhovna, que duermen en la paz bienaventurada y eterna...»

Pero como Natacha no sabía leer, no envió la carta; la puso varias veces en limpio para sí mismo, y añadió nuevas consideraciones. Por fortuna, no fué necesaria ninguna explicación, puesto que las astucias de Natacha se volvieron contra ella. Al principio se negó á dejarse besar: Andrés Nicolaievitch no hizo ninguna observación. Luego, en dos ocasiones, faltó á la cita. Andrés Nicolaievitch se ofendió, pero no demostró nada; y conservando un aire de dignidad indiferente, se contentó con hacerla sentir lo incorrecto de su conducta. Por fin, dejó de presentarse por completo en los lugares en que debían encontrarse; y un día la patrona trajo una buena noticia: Natacha iba á casarse con Gusarenko.

—¡Buen tipo ha elegido!—dijo la patrona con tono despreciativo; y miró á Andrés Nicolaievitch compasivamente, pensando: «¡Qué orgulloso! Finge estar contento». Y los empleados, gentes estúpidas, le miraron con asombro aquel día; creyeron que iba á casarse; le habían felicitado, y decían entre sí:

—¿Eh? ¡Cómo nos la ha pegado este señor «Si»!

Y hé aquí que ahora no se casaba.

La boda de Natacha se celebró el domingo que sigue á Pascua. Fué el segundo día feliz de Andrés Nicolaievitch, que, sentado según su costumbre al lado de la ventana, vió cómo la casucha temblaba con el pataleo de los bailarines, y prestó oído al alegre barullo que dominaba los sones del acordeón. ¡Decir que él hubiera podido ser el centro de aquella tumultuosa reunión! Y con particular alegría oyó, á altas horas de la noche, volar en pedazos los cristales de la casuca, gritos salvajes y lamentos agudos de mujeres. Alguien corrió bajo su ventana con pesado paso; después llegó hasta él ruido de una lucha acompañada por la anhelosa respiración de los combatientes, y que terminó con la caída de un cuerpo.

—Aguarda, no te irás así—decía una voz ron-

ca por el esfuerzo, mientras que resonaban golpes sordos como cuando se pega sobre un cuerpo esponjoso y mojado. Parecía la voz del héroe de la ceremonia, de Gusarenko.

—¡ Socorro !

Como si el estrépito la hubiese arrancado de su sueño, se oyó la carraca del vigilante, y le respondió el melodioso silbato de un agente. Semejantes á ecos resonaron en lontananza otros silbatos.

—Así, pues, el recién casado va á pasar la noche de boda en la prevención—pensó Andrés Nicolaievitch satisfecho y sonriente. Después, sin apresurarse, con movimiento perezoso, se volvió en su ancha y cómoda cama, y terminó así:

—Zurraos vosotros; yo, ¡á dormir !

Este «á dormir», sardónico, silbante, salió de su pecho como un grito de triunfo, y fué el último clavo que metió en la tapa del féretro en donde dormían sus recuerdos. En la calle continuaba el tumulto, y Andrés Nicolaievitch se tapó la cabeza con las mantas.

El silencio reinó como en una tumba.

Al día siguiente Andrés Nicolaievitch se enteró de la causa de la disputa que perturbó la boda de Natacha. Sergio Kozula, completamente borracho, dijo que Natacha había tenido un amante, que tal amante no era otro que Andrés Nicolaievitch, y que éste, después de haber obtenido de ella lo que deseaba, la había dejado. Al decir esto, Gusarenko se arrojó sobre Kozula y los que querían defenderle; pero que llevó las de perder, y había pasado, en efecto, la noche en la prevención.

Al saberlo, Andrés Nicolaievitch se alegró con la idea de que se había pronunciado su nombre, sin que le importara en qué ocasión. Ahora sabría Natacha lo que significaba abandonar á un hombre como él, por pura perfidia femenina. Se olvidaba de que no fué Natacha, sino él, sobre todo, quien deseó la ruptura.

Andrés Nicolaievitch daba vueltas en su cama, pensando: Qué mal organizado está todo; el hombre no es libre de pensar en lo que quiera; se le ocurren ideas inútiles, tontas y verdaderamente enojosas. Cuatro años han pasado desde que estuve junto al río con Natacha, y pienso en aquella noche, cosa que me desagrada; me desagrada, sobre todo, porque veo perfectamente la luna roja. ¿Qué viene á hacer aquí esa luna? Si me pusiera á calcular cuánto gana al año, al día, al minuto, el «señor de enfrente», me sentiría mejor y me dormiría; pero no lo consigo.

Sin embargo, sus párpados no tardaron en hacerse pesados, y la luna escarlata se transformó de repente en una faz rubicunda, la del portero Jegor. «¿Cuál de mis oídos zumba?», pregunta Jegor abriendo de par en par sus ojos saltones y cuya expresión es tan impertinente. Andrés Nicolaievitch quiere darle dos copeks, pero no puede encontrar el dinero, y esto complace visiblemente á Gusarenko, que está allí sentado, con las piernas cruzadas y tocando el acordeón. «Espera, Jegor, vamos á abrir en canal á Andrés Nicolaievitch como á un lechoncillo», dice, y saca del bolsillo un cuchillo enorme, tan brillante y afilado como una navaja de afeitar. Andrés Nicolaievitch se da á la fuga. Hay que atravesar todas las oficinas de la Administración: son innumerables. Están vacías, porque todos los funcionarios se han marchado, llevándose las mesas. Aunque Andrés Nicolaievitch corre fácilmente y sus pies se deslizan por el piso, empieza á jadear. Tras él, á pocas habitaciones detrás, Gusareuko le persigue sin tregua; sus pasos, iguales y pesados, repercuten sordamente bajo las bóvedas. De repente el piso comienza á hundirse bajo Andrés Nicolaievitch, que se lanza y se acerca cada vez más á su cama, en donde, por fin, se despierta. Su corazón palpitaba violentamente, con latidos desiguales.

La oscuridad reinaba en el cuarto; solamente el marco de la ventana dejaba penetrar la amarilla luz del farol colocado ante la casa rica. En la habitación del patrón había también luz, porque por una grieta del tabique se filtraba una banda luminosa que caía sobre la punta de una zapatilla. Después de haberse repuesto de su terrible pesadilla, Andrés Nicolaievitch oyó un débil murmullo, y reconoció la voz de su patrona. Expresaba compasión y temor, como si aquél de quien hablaba pudiera oírla, aunque estuviese separada de ella por la anchura de la calle y espesas paredes.

—¡ Ah ! ¡qué hombre tan malo ! ¡qué infame ! Deberías abandonarle por completo.

Natacha le respondió, y su voz de contralto repercutió, clara y mesurada; pero el débil temblor con que vibraba no fué observado ni por la patrona ni por el huésped tumbado al otro lado del tabique.

—¿ A dónde voy á ir?

—¡ Ah ! Donde las dan las toman—pensó Andrés Nicolaievitch acordándose de su sueño:—él no te perdona como yo te he perdonado.

—Sí, cierto es, ¿á dónde ir?— replieó la patrona.—Con el mío sucede lo mismo. No se puede hacer nada contra ese aguardiente. ¡ Maldito sean los que lo inventaron !

La patrona se interrumpió, y en el cuarto, que llenaba un silencio angustioso, pareció que entre las dos mujeres se había deslizado una cosa informe, monstruosa y terrible que evocaba la locura y la muerte. Era el aguardiente, que reina sobre los pobres y cuyo siniestro poder no tiene límites.

—¡ Le envueneraré !—dijo Natacha.

—¿ Qué estás diciendo?—murmuró la panadera.—No solamente tienes que sufrir esas cosas por ti, sino por el niño. ¿Qué harías de él? Quédate aquí esta noche: te haré una cama en la cocina, porque mi hombre haría tal vez alguna tontería. Y voy á ponerte una moneda en la sien.... ¡ Cómo te ha puesto ese bandido !... Espera.... me parece que se ha despertado el huésped....

—¡ Ah ! ¡ esa especie de fantasma !— dijo Natacha, sin bajar la voz, como si hubiera querido que la oyesen tras el tabique.

—Sí, es un verdadero fantasma—replicó en voz baja la panadera.—Voy á preparar el samovar y hacerte té. ¡ Qué bribón ! Acabará por estropearte.

—Unas veces soy el señor «Si», y otras veces el «fantasma» ¡ valientes simplezas !—pensó Andrés Nicolaievitch, furioso.—Ya verás: me quejaré á Fedor Ivanovitch, y él te enseñará cuál de nosotros dos es el fantasma. ¡ Estúpida criatura !

Se acercó á la ventana y la abrió. Un viento cálido, que olía á humedad y á hojas podridas, penetró en el cuarto y agitó los papeles sobre la mesa. Se oyó el murmullo del follaje húmedo. Uno tras otro, desfilaron los coches ante la opulenta morada; salían de ella hombres con sombreros de copa alta y mujeres envueltas en amplios abrigos de pieles, con toquillas de encaje en la cabeza. Recogiéndose las faldas cruzaban el vestíbulo. La maciza puerta se abría de par en par y dejaba caer en la calle una columna de luz blanca, que arrancaba chispas de los arneses de los caballos. Erguíase la casa sombría y silenciosa; pero parecía percibirse, al través de las tupidas persianas que cubrían los ventanales, el resplandor de los espejos, y las flores eternamente vivientes lucir entre el movimiento y la vida. Los cocheros, importantes y bien cuidados, miraban con desprecio, desde sus pescantes, las negras casucas destartaladas.

Después de haber tomado té y copiado con su hermosa letra un informe administrativo, Andrés Nicolaievitch se dispuso á echar otro sueño; arregló la cama y sacudió las almohadas. Tras el tabique, el panadero murmuraba con voz quebrada y pensativa:

—El caso es que no he encontrado los dos copeks.

—¡ Dios mío !—suspiraba la mujer.

Andrés Nicolaievitch, comprendiendo que ya no podría dormir, salió á la calle. Aún había allí carruajes con los cocheros dormidos en los pescantes. En la casa se oían los acordes rítmicos é intermitentes de un piano, dispersados por el viento. Y aquel mismo viento traía otros sones en sus alas; se oían claramente cuando se acallaban los árboles: tenían aquellos sones algo triste y extrañamente melodioso, pero no eran producidos por manos humanas. Ligeros como el mismo soplo del viento, unas veces lloraban dulcemente como una súplica que se apaga en un gemido lastimero; otras veces vibraban con violencia, subiendo hacia el cielo, amenazadores é irritados. Parecía que fuese un alma sufriente que imploraba la salud y la vida, para murmurar en seguida con cólera.

—¡ Qué broma tan repugnante !—pensó Andrés Nicolaievitch, siempre furioso. En aquel punto solamente no compartía el gusto del propietario de la suntuosa morada. Cuando el último hizo poner sobre el tejado un arpa eólica, y el viento empezó á entonar sus melancólicas canciones, no pudo comprender qué necesidad tenía de aquella música el hombre de los blancos dientes y sonrisa luminosa.

—¡ Es una broma horriblemente de mal gusto !—repitió Andrés Nicolaievitch; después, bajando la voz, añadió:—¡ Cómo tolera esto la policía !

Volvió á la casa y entró en la cocina, cerrando ruidosamente la puerta tras sí, con el sentimiento del hombre que ha escapado de una persecución: vió á Natacha sentada, inmóvil, en un banco, junto á su pequeñuelo, que estaba envuelto hasta el cuello en una pelliza agujereada; el niño, con sus ojos grandes y negros como los de Natacha, y llenos de inquietud, miraba á su madre, cuya cabeza estaba inclinada. Al través de su blusa roja y desgarrada se veía su blanco seno robusto; pero la joven parecía no tener ya pudor, porque no trató de ocultar su desnudez cuando se fijó en el que entraba.

—Mucho tiempo hace que no nos hemos visto—dijo Andrés Nicolaievitch evitando su mirada.—¿ Cómo se encuentra usted?

Natacha no contestó nada y continuó mirándole.

—Yo estoy bien, á Dios gracias—añadió él.

Natacha seguía callada. Andrés Nicolaievitch quiso rogarla que saludara de su parte á su marido; la cortesía le obligaba á ello, pero el momento no era oportuno. Natacha, por lo que se veía, necesitaba consuelos; por esto le dijo:

—¡ Qué niño tan bonito tiene usted ! Se llama Vania, ¿ verdad? Ivan Ivanovitch, por consiguiente. Tenemos en la oficina un empleado que se llama así. Y, en suma, ya sabe usted que «quien bien te quiere te hará llorar», y á fuerza de ir mal las cosas, acabarán por ponerse bien.

Continuaba sin obtener respuesta. El niño, que examinaba con desconfianza la embarazosa actitud del funcionario, se puso de repente á llorar.

—Ma....má....tengo miedo.

—Váyase usted—dijo Natacha á Andrés Nicolaievitch; y, al pasar éste rápidamente por su lado, añadió:

—¿ Por qué se mete este fantasma en lo que no le importa ?

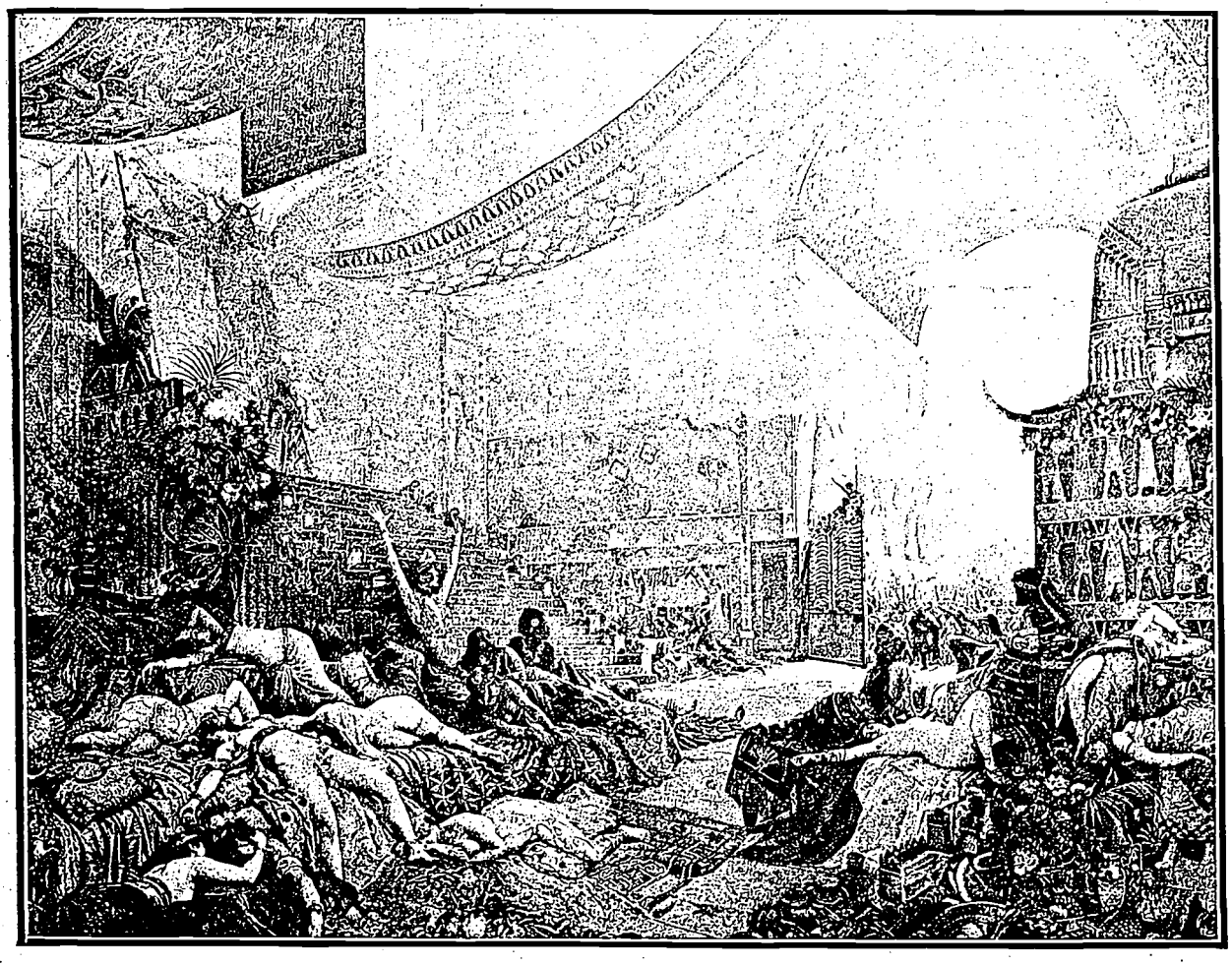
—¿ Pero por qué me llama «fantasma»?—pensaba Andrés Nicolaievitch preparándose á acostar. Un término tan estúpido no significa nada. ¡ Qué inconstantes son las mujeres ! Un día le llaman á uno «querido», y al día siguiente «fantasma». Sí, es una mujer rehacia; no la corrige sin motivo Gusarenko. ¡ Buenas noches, princesa !

De esta suerte se animaba á sí mismo, mientras que sus labios exangües se crispaban. Pero en cuanto apagó la luz y se encontró el cuarto en densas tinieblas, una fuerza irresistible quitó las paredes y el techo y puso á Andrés Nicolaievitch en pleno campo. Círculos de fuego que lanzaban chispas atravesaban la oscuridad; vivas llamaradas se movían danzando, y el pálido rostro de Gusarenko, cortado por una línea de sangre roja, aparecía con el disco terrible de la luna y la imagen de Natacha, la querida imagen de otros tiempos. Un sentimiento de piedad para consigo mismo llenó el alma de Andrés Nicolaievitch: sentíase ofendido.

—¡ Qué mal arreglado está todo !—gemía. No tengo necesidad de Natacha; que se vaya al diablo esa mujer. ¡ Sí, ciertamente, al diablo ! Con ademán enérgico Andrés Nicolaievitch se tapó la cabeza con una almohada y se calmó casi inmediatamente. Las formas y los sonidos desaparecieron, y el silencio reinó como en una tumba.

De la calle subía el débil resplandor del farol. Los coches estaban todavía allí, y los cocheros, soñolientos, miraban con desprecio, desde lo alto de sus pescantes, las casucas negras y destartaladas; bostezaban perezosamente, lo que hacía que se movieran sus barbazas. La persiana suelta continuaba golpeando el muro, y cuando se acallaba el rumor de los árboles se oía la quejumbrosa voz del arpa eólica, que murmuraba y lloraba implorando la vida.

LEONIDAS ANDREIEF.



G. ROCHEGROSSE - La muerte de Babilonia

## DE "ALMA ERRANTE"

### Primavera espiritual

COMENZABAN á abrirse las primeras parásitas. Después de un largo sueño anual en las viejas horquetas de los árboles, á los dias iniciales de Mayo, abrieron al fin el frágil milagro de sus pétalos. Eran pétalos suaves, cristalinos, sedeños, de un terciopelo más puro que el que viste los pétalos de las más aristocráticas rosas. Y por sobre la tersura de los pétalos triunfaba la tenue magia del color. Eran lilas, pero un lila tan desvaido como el de ciertos crepúsculos vagos, en que el cielo adquiere el tono de una indecisa y rosada mentira. En las horquetas de los árboles, aquí y allá, en las plazas públicas, en donde quiera que un árbol abria al azul su quitasol de esmeralda, abrian las parásitas sus pétalos frágiles, como heraldos vestidos de seda, de miles y miles de hermanas, que en la montaña del Avila esperaban la breve hora de su triunfo, el minuto coronado de belleza. Y asi como este símbolo primaveral, Luis ideaba otros símbolos. Las parásitas para él tenian algo de fantásticas; no eran flores á la manera de las otras, las cuales se alimentan por las mil bocas de sus raices, de los jugos dormidos en los obscuros terrones de la tierra. Las parásitas se alimentaban de un jugo más pulcro. Bebian la sangre de los árboles. Y redimidas ya, por virtud de una misteriosa evolución, á una vida más pura, de arrancar su subsistencia á los légamos inmundos y á los ruines abonos, esperaban tal vez, en el decoro de su aristocracia, una gracia nueva: el prestigio del vuelo. ¿Acaso el ala no fué una vez pétalo? Y así volarian, de las viejas horquetas de los árboles, convertidas en una bella metamórfosis, en un emjambre de policromas mariposas. Y convertidas en esas lentas mariposas ¿no seguirían viviendo su antigua vida de flores? Ya algunas en su misteriosa aspiración, evocaban con la forma de sus pétalos, el aspecto de los más bellos y alados insectos; y agitadas por la brisa primaveral más de una parásita mentia al balancearse sobre su propio tallo, la gloria efímera del vuelo. Así la primavera se iniciaria con un radioso vuelo de flores. Hilvanando sueños ante la belleza de las flores anuales, Luis asistia á su propio desenvolvimiento interior. Así lo habia observado en diversas primaveras. Ahora, al abrirse las primeras parásitas se habia hecho más evidente el fenómeno. Sobre todas las parásitas, en aquella estación amaba unas por el contraste de su milagrosa profusión y el pobre árbol raquítico y desmedrado que les daba vida; un pobre árbol viejo, de negras ramas retoreidas, llenas de lacras y mohos en un rincón de la plaza Bolivar. Aquel pobre árbol, cansado, no pudiendo ya crear sus propias flores, entregaba los últimos restos de sus lentos jugos á alimentar los pétalos de las flores mercenarias. Y las parásitas lucian en el brillo de sus pétalos el triunfo diabólico de gastar las últimas gotas de sangre del árbol impotente.

Habia en el alegre temblor de aquel ramillete de parásitas la silenciosa música de una risa perversa; en la seda de los pétalos un lujo ostentoso y cruel. Y en toda la belleza de las parásitas como una invisible presencia de femeni-

nas locuras. Era un símbolo viviente del amor senil. Por aquella llamarada de flores se escapaba la última llamarada de la savia del árbol senil y desmedrado.

Encontrando tan exactas analogías cayó de nuevo en el eterno coloquio interior. Comenzó á analizarse. Quiso verse vivir. Pudo observarse como si observara á un sér extraño. Pesó su inteligencia; quiso analizar sus ideas, su profundidad, su brillo, su calidad, su número. Las encontró borrosas, indecisas, débiles.

Eran crisálidas de ideas que aún no habían roto su celda, ni podían aún desplegar las alas. Escuchó entonces el canto de los gérmenes, el rumor misterioso de las savias que se apresuran, el ritmo sagrado de su epifanía intelectual. Su naturaleza psicológica obedecía á una vaga armonía con la naturaleza universal. Había lazos invisibles, cadenas misteriosas que lo ataban de una manera inevitable á desconocidas fuerzas naturales. En él se cumplían leyes desconocidas y obscuras. Por fin comprendió que en él se cumplía un proceso: el proceso de su primavera espiritual. Dentro de poco comenzarían á florecer las ideas. Tendría ideas azules, rojas, amarillas. Tendría claveles, rosas, lirios. Tendría flores humildes y aristocráticas; tendría flores de ingerto. Las habría de las que crecen en los légamos más ruines, y por último tendría parásitas, aristocráticas y ardientes, ganosas de volar.

El espíritu, como la tierra, tiene también sus estaciones. Pasaba ya en él la estéril y blanca muerte del invierno. Y al abrirse las primeras parásitas en las viejas horquetas de los árboles, empezaba á sentir las primeras turbaciones de la vida.

¡Primavera espiritual! Comenzaba á experimentar su deleite. Sentía el alma llena de sol, y su vida toda penetrada de una singular fragancia. Las ideas se sucederían unas á otras, cada vez más originales. Tendría á su disposición un jardín encantado al cual sólo le bastaba estirar una mano para arrancar la flor que ambicionase; tendría á su arbitrio un cofre mágico lleno de piedras preciosas, en donde á la mejor ocasión podría enhebrar perlas en los más suntuosos collares; pero aquella flor y aquella perla, flor y perla, en cuyo cáliz y en cuyo oriente estaba condensada toda su vida y toda su alma, ¿ante quién rendirla, ante quién ofrendarla?

Entonces pensó: la juventud se debe al amor. Vivamos. Amemos. Pero, ¿á quién?

Era un voluptuoso y no pensaba en la elegida, en aquélla que debía presentarse,—lírico sueño de poeta—envuelta en celestiales gasas, nimbada de cándidos azahares, en los labios la palabra enigmática de las castas nupcias eternas.

La elegida podía ser cualquiera. La primera que pasara. Aquélla que vió la última vez.

No necesitaba sino un fresco detalle, un rasgo de la eterna belleza. Unos ojos llenos de luz, el arco nohle de unos labios, una cabellera sensualmente fina, una pantorrilla voluptuosa, un pie lúbrico, el misticismo de una mano, nada, una levedad, una partícula, un retazo, un fragmento, por pequeño que fuese, para exacerbar sus nervios, y ponerlo á vibrar con las más roncas sonoridades de la pasión. Después, pasado el impetuoso exceso, volvía á su frialdad inalterable, y á sus perennes divagaciones.

¡Primavera espiritual! Su inteligencia llena de sol, su cerebro poblado de ideas, su alma en donde se sucedían unos tras otros mil y mil símbolos de la vida, del arte, del amor, de la muerte, se veía impulsada inevitablemente á un objeto preciso. Era junto con el florecimiento milagroso de su inteligencia una necesidad de amar y de sentirse amado. Era junto con la primavera del cerebro la primavera del corazón. Pero amar, y, ¿á quién?

Entonces pensó en la pobre niña, en la pobre que escuchó sus frases mentirosas en la frágil comedia de su amor. Volvería donde ella, volvería á sentir las mismas sensaciones, volvería á amar. De nuevo se renovaría la vieja escena sublime, sus ojos se animarían, sus labios se arquearían de nuevo en el sagrado temblor del beso, sus manos copiarían otra vez el gesto fecundo de la caricia; la abandonada resucitaría; la sangre encendería sus mejillas, su pelo tomaría el brillo de todas las sensualidades. Sería una cabal resurrección.

Un nuevo ensayo de vida, se abría para sus horas futuras. El trataría de coronar á cada una de ellas con la más bella guirnalda. Tejería para coronarlas coronas de besos, coronas de rosas, y también—y por qué nó si son la sal del amor—coronas de lágrimas.

Pensando en la amada se la imaginó como una fuente, de linfas frescas y nobles, como hecha con millones de gotas, puras como los más claros diamantes, espejo tranquilo de madreselvas y rosales, en donde hundiría las manos, los brazos, el rostro, el cuerpo todo en un supremo y único deleite.

Apagaría en aquella fuente piadosa su fiebre erótica, y caerían en su fondo los encendidos carbones de su lujuria.

Pensando en la amada, sentía el deleite cruel y enfermizo de la reconciliación. Las primeras frases, las primeras negativas, el pugilato de una alma que no quiere entregarse; y luego el agridulce sabor de las primeras voluptuosidades. Los encantos físicos no observados, algún detalle que se revela de manera brusca, un lugar que ignorábamos, un hoyuelo, un gesto, algo inédito que guardan siempre las mujeres como una reserva de la seducción.

Después, los primeros desmayos de la voluntad, los primeros cansancios, el amor, travieso niño fugitivo, que nos abandona, que recoge todas sus flechas, que se quita la venda y huye, dejándonos en las alas el tenue polvo de sus alas de mariposa...

Y Luis, presintiendo los primeros desagrados, adelantándose á los sucesos, sintió la amargura de su alma, como un mal físico; de su alma indecisa, soñadora, ardiente, fría, incomprensible, llana, profunda, producto de mil generaciones, vieja y á la vez primitiva, hospedada en la casa de su cuerpo, por una sola noche, como en una mala posada, para emprender el viaje al día siguiente.

A. FERNANDEZ GARCIA.

## INVOCACION

—

Alma, hilandera lírica, no empañes
la azul diafanidad de mis creaciones;
cuando urdas las rimas, no enmarañes
la madeja sutil de las dicciones.

De mis estrofas al tejer la urdimbre,
hilo por hilo los conceptos trama
y da á mi verso la flexión del mimbre
y los cálidos tonos de la llama.

Y por siempre ¡oh, mi espíritu! procura
que globo de cristal la forma sea,
para que exterioricen su hermosura
las iluminaciones de la idea!

ELÍAS DAVID CURIEL.

## SOBRE ETNOGRAFIA DE VENEZUELA

(FRAGMENTO) (1)

—

.....

El monstruoso panteísmo de los primitivos Nahoas, en que todos los objetos: piedras, árboles, montes, ríos, eran otras tantas encarnaciones de los antepasados muertos, los llevó á rendir culto á la Naturaleza entera, divinizándola en todas sus formas; las aves eran espíritus alados; el buho, tenebroso y simbólico, que en las tinieblas de la noche lanzaba su graznido agorero, era para el indio un reclamo de ultratumba:

"Cuando el Tocolote canta
el indio muere",

decía la leyenda; adoraban las culebras, las fieras; descendientes de los leones y de los tigres, se decían los Zapotecas.

La necesidad de encarnar el culto en formas visibles, objetivó al fin este panteísmo, y creando entonces ídolos, pasaron al más grosero fetiquismo, como el de la mitología mejicana, con su diosa Xihuacoatl, mujer serpiente, que tiene por hijo á Quetzalcoatl, el dios de la guerra.

De este politeísmo brutal y difuso surgió el culto del fuego, Theos ó Theotl, como la más alta aspiración de la teogonía azteca.

Theos es el mismo Ignis ó Agnis de los hebreos, el poderoso Indra de los Aryas, el Baal de los persas, el Osiris de los egipcios, que por misteriosos encadenamientos del alma antigua, infundió también su espíritu vivificador en la primitiva religión de los Nahoas.

La más hermosa encarnación de Theos fué para el Azteca, Maya é Inca la imagen del Sol; y purgando entonces su teogonía politeísta de bárbaras encarnaciones, deificó al Sol, elevándose así á la más alta concepción menoteísta.

(1) Del capítulo «Razas Americanas» del «Tratado de Antropología General» del autor, que se está editando en nuestros talleres.

G. ROCHEGROSSE - El Caballero entre las flores

En los Mistecas, Zapotecas y Polemkanos el culto del Sol revistió formas más perfectas que en los nahoas y aztecas. En los primeros, la indumentaria sacerdotal era esencialmente escita, (mitra y calzón) y no ofrecían al Sol sacrificios humanos sino incienso; entre los aztecas é incas, sus derivados según algunos, se ofrecía al Dios en holocausto el corazón de la víctima propiciatoria y adornábase el sacerdote con plumas la cabeza.

Del culto del Sol se derivan los conocimientos astronómicos de los aztecas, cuya cronología basada en ellos, se ha perpetuado hasta nosotros en el célebre Calendario.....

.....

.....

La clasificación de los pueblos indígenas americanos es todavía una aspiración no satisfecha; pero no hay razón antropológica para hablar de una raza americana como de una sola unidad étnica, pobladora del hemisferio occidental. A ello se oponen los caracteres antropológicos y lingüísticos de muchos medios étnicos y su etnología propia. El Piel-roja no se parece al Azteca, ni ambos al Caribe, elemento este último tan diferenciado y vigoroso.

Sin intentar, en la breve extensión de este Tratado, esclarecer la filiación étnica de los diversos pobladores americanos, estudiemos á grandes rasgos algunos de los caracteres antropológicos de los grupos que más se distinguieron por su cultura.

*Aztecas.*—El Anahuac, poblado por la raza azteca á sazón del descubrimiento, había sido habitado anteriormente por los Nahoas, Chichimecas y Toltecas (1). El tipo azteca puro, contemporáneo, parece que presenta todavía el mismo carácter físico del primitivo: cara ancha, nariz achatada (mesorrínico) frente huida, brazos cortos, braquicefalia y de una manera general caracteres mongólicos acentuados.

Los *Mayas*, sus vecinos meridionales, de Tehuantepec y Yucatán, ofrecían los mismos ó muy análogos caracteres (2).

Los *Pieles-rojas* al norte ocupaban el área comprendida entre el Atlántico y las Montañas Pedregosas. Aunque su número actual se ha reducido mucho por las colonizaciones norte-americanas, todavía en algunos puntos de la vasta hoya del Missisipí hay núcleos completamente salvajes, de vida nómade, aguerridos y crueles con el vencido, á quien arrancan la cabellera para usarla como trofeo. Sus incursiones y depredaciones en los territorios de Kansas, Colorado y Tejas son aún frecuentes. Cultivan el bisonte, de cuya carne se alimentan y usan la piel curtida para fabricar sus *wigwan* (tiendas). El piel roja es de estatura elevada, leptorímico y mesocéfalo. Sus tribus principales, son los: Apaches, Comanches, Yutes, Arrapohes, Barrigas y otras. La tribu de los Semínolas, ya civilizados, ocupan los llamados *Indians territory* de Norte-américa.

.....

Gran número de etnólogos americanos dividen en tres grandes agrupaciones los pueblos indígenas de la América del Sur:

*Andeanos, Pampeanos y Guaranís.*

Los Andeanos comprendían á los Quechuas y Araucanos.

Los Quechuas formaban el gran imperio Inca, junto con los Aymaras y los Atacamos; imperio que alcanzó un alto grado de cultura relativa, cuya síntesis fué su misma constitución político-social: habían conquistado la apetecida fórmula de un socialismo casi perfecto (3).

La ciudad del Cuzco, capital y residencia imperial, cuyas ruinas son todavía maravilla de los expedicionarios á las alturas de Titicaca, estaba construida cerca del Apurimac, á 3.500 metros de altura sobre el nivel del mar.

Creen algunos que la civilización que precedió á la de los Incas fué Aymara, por la existencia de algunos monumentos preincaicos y especiales sistemas de escritura fonética, descubiertos al mediodía del Perú.

El imperio Inca lo compusieron en su origen seis naciones: los Incas propiamente dichos, entre el Apurimac y Paucantampa; los Quechuas, entre Pampas y Apurimac; los Chancas, entre Huanta y Pampa; los Huancas que habitaban el valle de Jauja; los Canas el de Vilcanaya y los Amancay.

Quien fundó la unidad del Imperio fué Manco-Capac en el siglo XI, al que sucedió una larga dinastía de reyes conquistadores, durante cuyas guerras se desmembró la monarquía, hasta el advenimiento del Inca Titu-Manco-Capac, que restauró el Imperio.

A este sucedió Tupac-Yupanquí, que sujetó á los Moxos del norte, sucediéndole Huaina-Capac, durante cuyo reinado llegó al Perú el gran Pizarro.

Los edificios más notables del Cuzco eran el Templo del Sol, (Cari-Cancha), convertido hoy en convento domínico; los palacios dedicados á los Planetas y otras divinidades siderales; el de las Vírgenes del Sol, hoy convento de Santa Catalina y el del rey Viracocha, demolido para elevar en su sitio una catedral.

El último monarca fué Diego de Inca, que cedió sus dominios á la corona de España, durante el reinado de Felipe II.

*Muiscas.*—Como agrupación étnica importante, derivada á nuestro parecer del imperio Inca, que realizó conquistas y emigraciones ascendentes sobre los Moxos y otros pueblos, durante el reinado de Tupac-Yupanquí, citamos á los Muiscas de Colombia, con sus dos

(1) Banecoft.—"The notive races of the Pacific States of North America."

(2) Ya en anteriores páginas nos hemos extendido lo bastante sobre este pueblo.

(3) Marmontel. "La destrucción del Imperio del Perú," 2 vol. París.

principales reinos independientes: el de Iraca y el de Tunja, que dominaba á todo Cundinamarca. Este imperio se extendía entre la hoya del Magdalena y las vertientes orientales del ramal colombiano de los Andes.

Los caracteres antropológicos y lingüísticos de los Muiscas acusan grandes analogías con los Quechuas: usaban las mismas deformaciones craneales y después de la gran familia incásica fué el muisca el que alcanzó en sur-américa mayor grado de cultura. Su religión era el culto del Sol, como la de los Incas. Tenían una suerte de Pontificado en Sogamozo, á cuyas decisiones arbitrales se sometían las diferencias de los dos reinos rivales.

Tenían una divinidad llamada Bochica; existía el voto de castidad en los sacerdotes y su violación aparejaba la muerte del violador.

El poder era hereditario colateralmente; heredaban el imperio los sobrinos del monarca; su sistema de numeración se basaba en el número 20 y su idioma era el Chibcha. Embalsamaban sus muertos y sus momias se han conservado hasta nosotros (1).

RAZA PAMPEANA—ETNOGRAFÍA VENEZOLANA

Bajo el nombre de raza pampeana agrupaba D'Orbigny (2) un gran número de tribus y naciones indígenas sur-americanas, cuyo *habitat* estaba limitado al occidente por la cordillera andina, se extendía por el sur hasta la cuenca del Plata y por el norte hasta el litoral y las Antillas.

Este término de raza pampeana, tan criticado por Schuller, pues reune elementos indígenas que no tienen afinidades étnicas, tuvo sin embargo el mérito, de que no presuponiendo clasificación ninguna, estableció cierto método en el estudio de las razas americanas, cuando reinaba, á manera de axioma étnico temerario, la frase de que: "quien ha visto un americano los ha visto á todos".

Uno de los fenómenos más interesantes del descubrimiento fué el que presentó al conquistador ibero el *Homo* americano, recorriendo, de una manera sincrónica, todas las etapas de la civilización; desde el hombre en plena edad neolítica, troglodita, nómade, salvaje en una palabra, hasta los estados de mayor cultura, con imperios florecientes, gobiernos legítimamente constituidos, monarquías seculares y hereditarias.

¿Podrían atribuirse á sólo la mesología diferencias tan radicales?

Sin negar la influencia poderosa de los medios en los individuos y agrupaciones, ella no basta á explicar el fenómeno que acusamos. Los Pieles-rojas, vecinos tan inmediatos de los Aztecas, permanecieron refractarios ó inertes á todo impulso civilizador, aun en igualdad de medios.

"Hablar, pues, de los americanos como de una unidad étnica es absurdo. En este caso englobaríamos lo que no tiene ni puede tener analogía natural y reuniríamos elementos completamente heterogéneos". (3)

En cada una de las distintas porciones del continente americano, que forman hoy estados independientes: Venezuela, Colombia, Perú, Argentina, Paraguay, Brasil, se observa un fenómeno común muy importante á favor del poligenismo americano; es la lucha que en tiempos más ó menos remotos de la prehistoria americana, sostuvieron entre sí dos elementos indígenas, rivales en la ocupación del territorio que se disputaban; en el Perú los Quechuas con los primitivos Aymaras, antes de someterlos á su dominación; en el Brasil, Tapuyas y Tupis; en el Paraguay, Guaranís y Guaicorús; en Colombia, Caribes y Muiscas. En Venezuela la lucha del elemento caribe con los numerosos *clans* indígenas que poblaban nuestro territorio, consta de manera inequívoca en todas las crónicas é historias de la Conquista. Sin pretender una clasificación antropológica, imposible de alcanzar todavía dado el escaso acervo de nuestro bagaje polearqueológico, intentaremos sistematizar la distribución geográfica de nuestro elemento indígena, por orden de las afinidades étnicas que presentan.

Sobre etnografía venezolana, poniendo de lado las difusas enumeraciones de Balbi y Codazzi; las luminosas monografías y artículos sueltos de Marcano y Ernst; los valientes y nutridos estudios de Alfredo Jahn, Samuel Darío Maldonado, Lisandro Alvarado, Pedro M. Arcaya, Tulio Febres Cordero, Freites Pineda, Ilo C. Salas, Julio S. Alvarez, Bujanda, Montesinos Agüero, Carrascosa y otros, que nuestra infiel memoria no recuerda, nada más se ha hecho de importancia. Y son tan de bulto las razones, que nos han impedido engolfar el entendimiento en estas incursiones etnológicas, que estamos de antemano perdonados.

En el estado actual de nuestros conocimientos sobre etnología de Venezuela el criterio lingüístico es el único explotable; pero con las restricciones del caso: concediendo siempre mucho más valor al documento verdaderamente antropológico, aun cuando entre en oposición concurrente con la lingüística para la determinación de un tipo étnico.

Los más recientes estudios de lingüística americana, compendían en tres grandes troncos ó familias lingüísticas los mismos pueblos que D'Orbigny agrupó en su raza pampeana: familias, Tupi, Caribe y Maipure de Adam, que es la misma Nuarhuaca de von den Steinen.

Según este criterio casi todos los elementos indígenas de Venezuela fueron caribes, pues en él quedan incluidos: arecunas, macusis, aruacos, majaicones, galibis, runcuyanos, guaiqueríes, aguaricotos de Guayana; el Cumanagoto y sus derivados del oriente de Venezuela; los Tamanacos y Maquiritares del centro y mediodía, Motilones y Paraujanos del norte; apenas si los Goagiros y Caiquetíos se excluyen de este pancaribismo germano.

Concediendo á la anterior clasificación todo el valor que ella pueda tener, y basándonos en los caracteres psico-fisiológicos y algunos antropológicos, dividimos en once agrupaciones, con dependencias más ó menos numerosas, los elementos que formaban la población indígena de Venezuela:

Caribes.
Cumanagotos.
Tamanacos.
Aruacos.
Guaharivas.
Maypures.
Sálibas.
Yaruros.
Otomacos.
Muiscas.
Guaraunos.

*Caribes.*—Si nos remontamos al origen de los caribes de Venezuela, hay que ir á buscarlo, según algunos, en emigraciones meridionales ascendentes del gran grupo Guaicorú de la cuenca del Amazonas, cuyo núcleo principal en Venezuela tomó por *habitat* la hoya del Orinoco. De allí se extenderían hasta el litoral y las Antillas, en guerras y depredaciones contra los demás grupos indígenas y sus vestigios más puros sólo se encontrarían hoy en los "afluentes del Amazonas hacia las orillas del Xingú, donde existen transformados y convertidos de guerreros y antropófagos en pastores y amigos del cultivo agrario." (3)

R. R. Schuller (4) incluye en la nación Guaraní, (hoyas del Plata y Paraná), á los Caribes, Tapuyas, Pampas, Charruas, Mbeguá, Aruac, etc.; pero parece ser que el guaicorú era sólo un término genérico diferencial, dado por los guaraníes á todas las tribus que no eran de su raza. (5) Es lo cierto que tanto en los Tupis del Brasil como en los Charruas del Paraguay, encontramos los caracteres somáticos, *habitus* y género de vida propios de nuestro caribe.

*Caracteres del caribe.*—Si nos atenemos á la psico-fisiología spenceriana, la gran plasticidad del caribe es indicio cierto de su superioridad étnica: aquí se presenta de mediano tamaño, allí corpulento; antropófago y salvaje en unas localidades, dúctil y hasta civilizador en otras, hasta borrar su personalidad y hasta su nombre (6); pero cuya poderosa individualidad dejó huellas profundas é inequívocas en la historia de la Conquista y en la etnografía sur-americana.

Ya López de Souza, hablando de los Guaicorús, nos dice que *eran hombres grandes y nervudos*; y Lafone Quevedo al Sur, refiriéndose á los pampeños, *que eran altos y de formas hercúleas.*

Ascendiendo hacia el norte encontramos á los Tupis del Brasil desalojando á los Tapuyas, primitivos habitantes del territorio y formando así los primeros sedimentos de la etnología brasilera: razas Tupi y Gés (7). A la primera pertenecían los Arachanes, Tupinambas, Tupinapis, Carijas, Topis, Tapayos, braquicéfalos, casi blancos, grandes nadadores y de tal vigor físico, que Lery habla con admiración de los arcos inmensos de los Tupinambas. Eran según Denis, (8) bestialmente antropófagos.

En los datos apuntados vemos aparecer de relieve los caracteres clásicos del Caribe.

La historia nos refiere sus guerras con la nación de los Cabres, en el raudal de Camiseta, disputándoles el dominio del bajo Orinoco (9), y sin salirnos del continente los encontramos en los Andes colombianos, guerreando con los Muiscas y Muzos (10).

En nuestra opinión la nación Caribe era de origen Maya-Quiché. Su gran difusión, su organismo lingüístico y lo que podríamos llamar el *índice geográfico* de la civilización precolombiana de Venezuela, que va disminuyendo sensiblemente del norte hacia el sur nos inducen á creerlo así. La presencia del caribe en las Antillas podría explicarse racionalmente por grupos de inmigrantes detenidos en las pequeñas islas del golfo de Méjico, á raíz de la gran emigración Votánide, de donde fácilmente pudieron pasar al archipiélago antillano.

La filiación Maya-Quiché de la población precolombiana del Ecuador, puesta en evidencia por los estudios de Barberena, suministra un argumento lingüístico á nuestra suposición.

El posesivo *gua* de los caribes lo encontramos con el mismo valor gramatical en el *ua* del quiché, significando *mi casa, lo mío.*

*Coa*, en caribe quiere decir *fuente*; y *qua* en quiché significa lo mismo.

Rey ó Soberano, que en caribe se dice, *Zic*, está compuesto de dos radicales quichés: *tzi*, esclavo é *ic* mandar.

*Tihuí* es montaña en caribe, palabra también formada por dos radicales quichés: *thi* grande y *huí* monte.

*Chom* en caribe significa caliente y *chom*, la misma voz en quiché, rebosar, *derramar*, por extensión al calor que hace derramar el agua.

Las desinencias *poa* y *coa*, tan comunes en el

(1) En nuestro Museo antropológico puede verse una momia muisca.

(2) "L'homme américain."

(3) R. R. Schuller. "Geografía del Paraguay", 1904.

(3) Samuel Darío Maldonado.—Defensa de la Antropología general y de Venezuela.—Caracas, 1906.

(4) Loc. cit.

[5] Algo análogo á los llamados *gandules* en Venezuela.

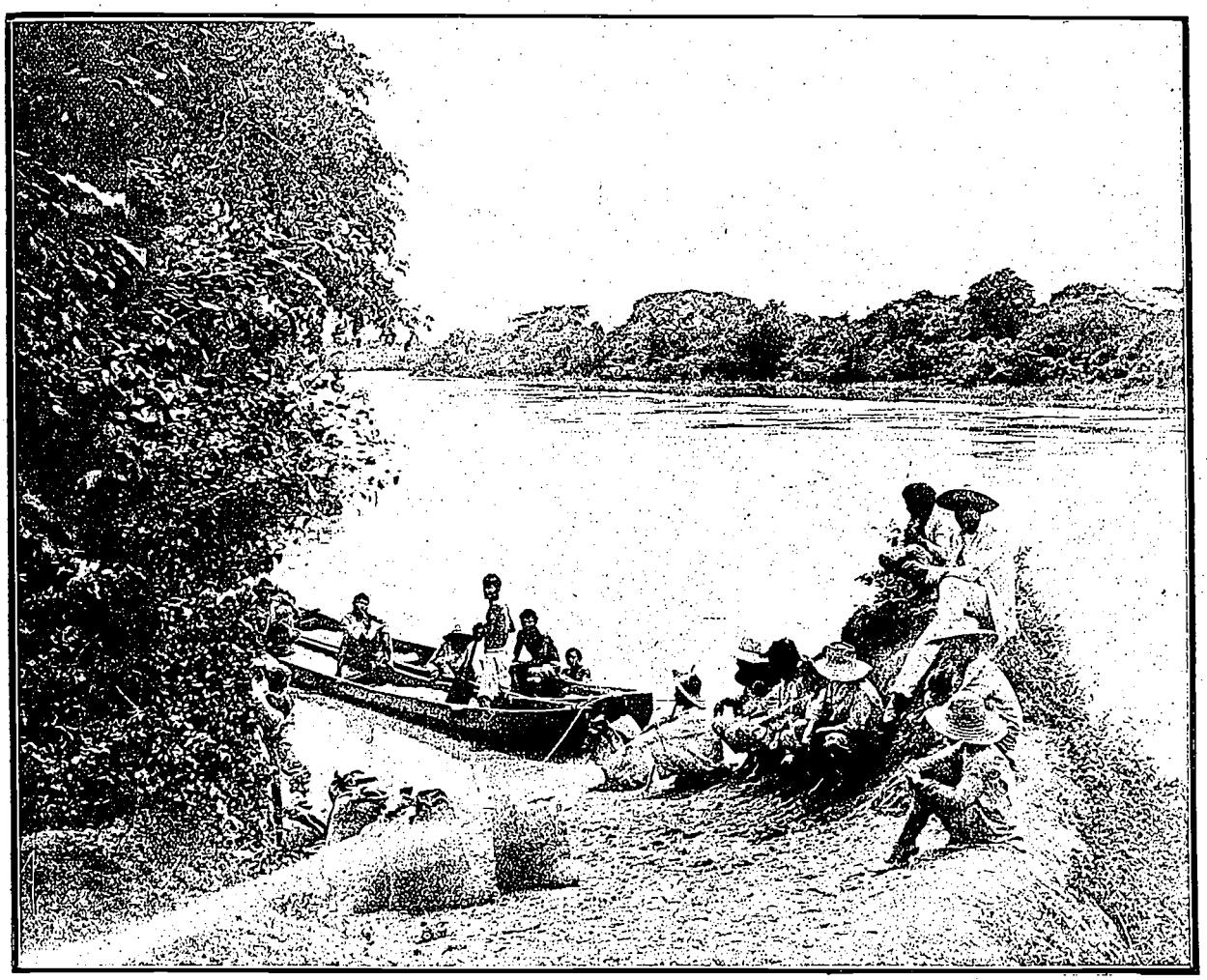
[6] "Ethnographie precolombienne du Venezuela." G. Marcano.—París, 1890.

[7] H. von Ihering y K. von den Steinen.

[8] Loc. cit.

[9] Codazzi. "Resumen de la Geografía de Venezuela."

[10] "The notions on the Atlantic coasts, from Chiriquí, on the const of Veraguas to Guagira were without doubt of the Carib race. T. C. Mosquera. Loc. cit.



PAISAJES VENEZOLANOS - Zaraza: Río Unare - "Paso de las Canoas"

De nuestro colaborador artístico Sr. Avril.

caribe, con el significado de lugar, las encontramos en el *qo* quiché que significa *estar*. Y es de advertir que todas estas analogías no son simples sinonimias léxicas, sino verdadera comunidad en el espíritu de las lenguas.

La difusión del elemento Caribe en Venezuela fue vastísima; y estudiando los diversos *clans* indígenas que nos permitimos considerar como derivados caribes, podremos darnos cuenta aproximada de ella.

TRIBUS DE ORIGEN CARIBE EN VENEZUELA

Comenzando por la proximidad al núcleo original de dispersión de la raza caribe en nuestro territorio, encontramos á los:

*Vayamanos* del río Paragua,
*Arecunas* del Caroní,
*Majayoncos* (1) del río Caucunuma, cerca del caño Casiquiare.
*Waicas*, del Barama y Cuyuni,
*Acawayos*, de este último río y Acarabisi,
*Warraos*, del Pomarón y del Wenamo,
*Manativanos* de Río Negro,
*Maquiritares*, tribu del Ventuari y alto Orinoco.

Al Oriente:

*Tuapocos* y *Cuneguaros* de los llanos de Maturín,
*Yoas* de Trinidad,
*Avarigotos*,
*Purugotos* y
*Guarives*, de Paria,
*Chaimas*, de Cumaná.

Al Suroeste:

*Curaguas* y *Amaibos*, de Portuguesa.

(1) De estos indios dice Shombourgh: «The Maiongking indians were a fine race, strong, and healthy.»

Al Noroeste y Sur, desde Coro y Barquisimeto, hasta el Meta:

*Caiquetías* y sus derivados:
*Jirijaras*, *nirvos*, *cuicas ayamanes*, *tocuyos*; *omocaros*, *achaguas*. (2)

Del Norte y Centro:

*Taramaynas*,
*Tarmas*,
*Mariches*,
*Araguas*,
*Arbacos*, *Motilenos*, *Caracas* y *Teques*.

Los caracteres psico-fisiológicos de los Caribes, activos, emprendedores, comerciantes y guerreros, explican naturalmente esta área tan extensa de su dispersión continental.

El antropofagismo del Caribe, es un hecho incontestable, sobre cuya vasta documentación histórica no insistiremos, por creerlo elemental.

De los grupos de origen caribe á nuestro entender, y precedentemente enumerados, sólo los del centro nos son medianamente conocidos, por las tradiciones é historias de la guerra de la Conquista; y etnográficamente, por las notables monografías del doctor G. Marcano. Los Araguas y Tacariguas, habitaban al Norte; los Ayaguas al Oeste, al Sur los Meregotos, en ambas orillas del río Aragua. Todos estos indios conocidos bajo el nombre genérico de indios Caracas, habitaban los valles septentrionales comprendidos entre los de Aragua al Sur y el litoral al Norte. Los más meridionales eran los Arbacos, gobernados por Terepaima á sazón de la conquista.

ELÍAS TORO.

(2) Von den Steinen los incluye en la familia lingüística Nuarhuaca.

## MEDIODIA

—

A Guillermo Quintero Luzardo.

¡Ya el sol quema y, no obstante, siento frío!
Su llama abrasadora
sobre mi pecho reverbera y arde
y no logra llegar al alma mía
ni en el cambiante nácar de la aurora,
ni en el ígneo cristal del mediodía,
ni en la púrpura regia de la tarde!

Y mi ánima tirita, cual si un soplo
de las heladas filas de la sierra
llenara de su escarcha el pecho mío!
Siempre el hielo en las cumbres de la Tierra
y en las cumbres del Alma siempre el frío!

Enhiesta y solitaria
la sierra aguanta en su inflexible dorso
al alto Cielo y su Poder fecundo!
Y mi alma, erguida y sola, sobrelleva
la imponderable pesantez de un mundo!

ALEJANDRO ROMERO GARCIA.

1906.

# A UNA TRISTE

Se envuelve en una túnica radiosa
é inconsútil, la tarde, como Cristo:
luz ténue y desvaida y temblorosa
bajo la cual, como una Dolorosa,
en actitud romántica te he visto.

Por la fuga del sol, acongojado
el cielo tules de tristeza viste;
pero tú, que jamás te has calentado
en la hoguera del beso, ni has llorado
ausencias del amor ¿por qué eres triste?

El que no ha padecido hondos dolores
¿cómo puede sentir melancolías?
Sé ingenua: no atesores
sufrimientos apócrifos; no enflores
tu juventud con falsas nostalgias.

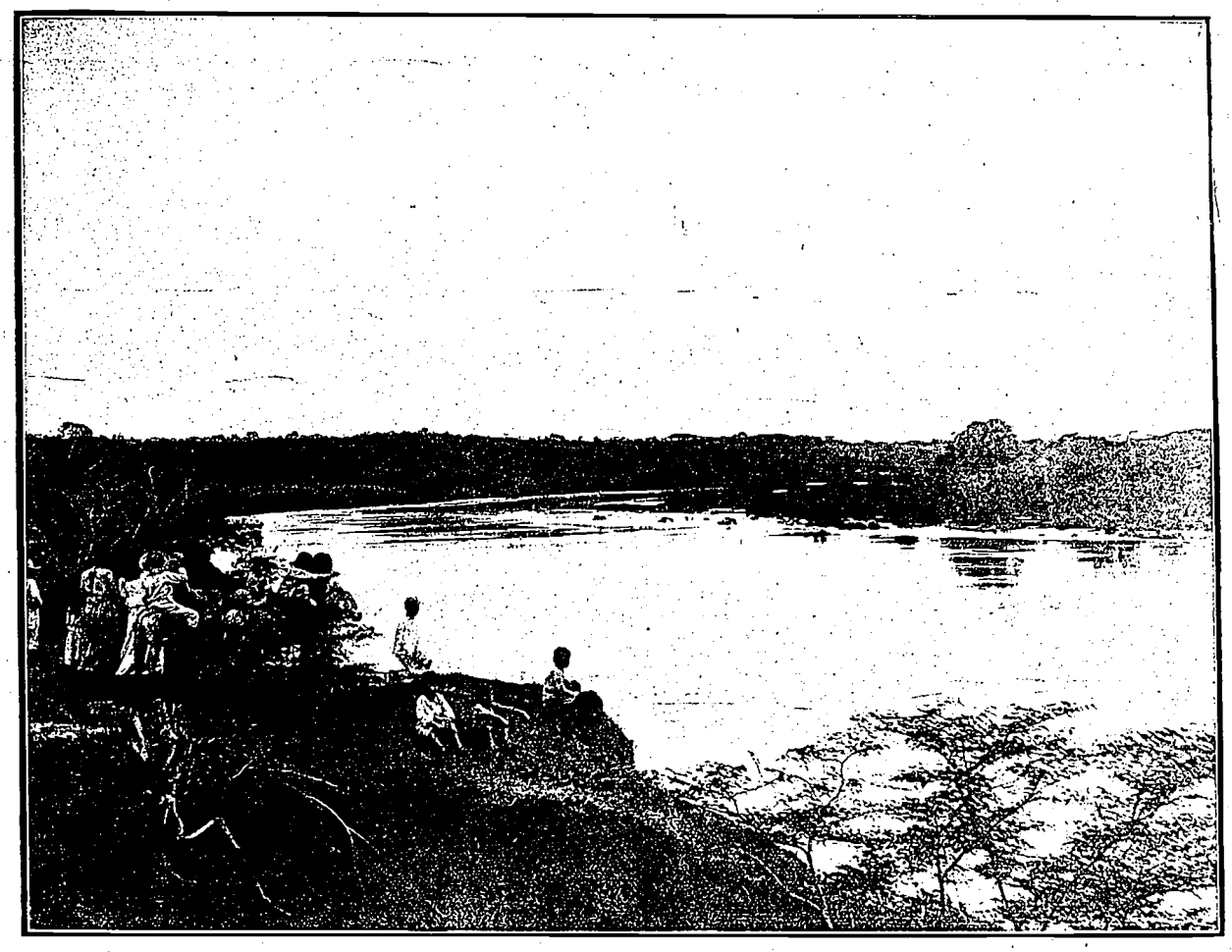
El instante que escoges es sagrado:
la hora de mostrarse entristecido
el que llora algún muerto idolatrado,
el que sueña, y el que han crucificado
en la cruz infamante del olvido.

Alma estéril, nectario sin perfume,
si en ti la huella de aguijón no existe,
sombra que en su egoismo se consume,
sombra sin alma, di, ¿por qué eres triste?

VÍCTOR RACAMONDE.

1906.

FRITZ



PAISAJES VENEZOLANOS - " Río Unare " - Zaraza

De nuestro colaborador Sr. Avril

## IBSEN JUZGADO POR UN CRITICO INGLES

En la *Saturday Review* Mr. Max Beerbohm juzga á Ibsen desde un punto de vista generalmente poco aprovechado por los críticos para referirse al famoso dramaturgo escandinavo.

«Es difícil, dice, creer que Ibsen, el único noruego que despertaba un poco de interés fuera de Noruega, haya muerto. Era la única fuente de recursos para los periodistas que suministraban á Europa noticias noruegas. Leyendo á cada rato en estos últimos tiempos que Ibsen estaba moribundo y sabiendo á un mismo tiempo que persistía en vivir, nos habíamos tornado incrédulos y pensábamos que Ibsen era inmortal. Cómo admitir que tales rumores, ya convertidos en un rasgo esencial del diario moderno, van á desaparecer?»

«La muerte de Ibsen, empero, no es de aquellas en las cuales rehusamos creer. Si hubiera muerto hace algunos años, cuando era aún una de las fuerzas vitales del mundo, ese vacío súbito hubiera impresionado nuestra imaginación. Pero su fuerza estaba agotada hace mucho tiempo. Seis años han transcurrido desde que Ibsen publicó *Cuando nos despertemos de entre los muertos*, y esta pieza, por interesante y preciosa que sea en su significado, era la obra de una mano debilitada evidentemente; y evidentemente también, el autor la daba como un epílogo. El volcán estaba extinto. Si Ibsen hubiera muerto después de *Juan Gabriel Borkman*, habríamos sufrido una pérdida real, por no saber de qué riquezas quedábamos privados. Pero á la obra comenzada en 1850, Ibsen había escrito *fin* en 1890. No ha producido después nada que no estuviese ya en ella. La pérdida es, pues, puramente personal.»

«Estamos abrumados de tristeza? Nó. Uno sentía cierta emoción al pensar que respiraba el mismo aire que Walt Whitman ó Browning, pero no tenía más que un interés cronológico, por decirlo así, en saber que vivía al mismo tiempo que Ibsen. Los grandes hombres pueden dividirse en dos categorías: los simpáticos y los antipáticos, y así como Walt Whitman y Browning representan tipos de la primera, Ibsen ofrece el tipo de la segunda. «Los amigos, dice en una carta dirigida á Jorge Brandes, son un lujo costoso, y cuando uno arriesga todo su capital en la misión que se ha impuesto, no puede permitirse tener amigos. El costo de la amistad no consiste en lo que se hace por los amigos, sino en lo que no se hace por atención á ellos. Y esto conduce al anonadamiento de muchos gérmenes intelectuales.» El genio de Ibsen le valió, si no amistades, por lo menos adhesiones. Y cuando tuvo necesidad de ello, se sirvió sin piedad de todos los que estaban dispuestos á ayudarlo. Su correspondencia lo revela un solicitador desvergonzado, lo cual no podría, por otra parte, imputársele como un crimen. El mundo estaba en contra de él, pobre y desdeñado; éra-le necesario luchar vigorosamente para asegurarle á su genio el necesario desarrollo; y no tuvo ninguna falsa delicadeza en llamar á la puerta de todos los que podían serle útiles. Pero por todos los servicios recibidos no manifestó ninguna apariencia de gratitud, y se le reconocía incapaz de la amistad: en esta ara no sacrificó ningún «germen intelectual.» Fue, en realidad, el tipo perfecto del artista. Hay algo impresionante, algo magnífico y noble en el espectáculo de su absorción en sí mismo, subido inaccesiblemente en la roca de que hizo el pedestal de su arte. Pero conocemos otros hombres menos grandes que Ibsen, los cuales se han permitido ser humanos, dejando perecer así algunos «gérmenes intelectuales,» cuya pérdida es lamentable, probablemente. Sin embargo, no desearíamos que los hubieran conservado al precio que Ibsen los conservó. En nosotros está arraigado el deseo de amar á aquéllos á quienes veneramos. El muy venerable Ibsen no ha soñado jamás en satisfacer este deseo.»

Mr. Max Beerbohm indica en seguida ciertos puntos de semejanza entre Swift é Ibsen, «titanes ambos, mas no olímpicos.» Ibsen ama las ideas, pero el género humano le es insoportable, «y, añade el crítico, hasta las mismas ideas no le interesan sino cuando puede servirse de ellas para fustigar á sus semejantes...»

«Desde *Catilina* fue siempre volcánico. Sus obras son una serie de erupciones, que ensombrecen el cielo, lanzan relámpagos más desagradables que las tinieblas, aterran y hacen sucumbir á los fugitivos espantados. Se ha hablado mucho de sus designios, de sus intenciones simbólicas, pero jamás los tuvo, si se los entiende por el deseo de reformar ó destruir un mal cualquiera. Primordialmente fue un artista puro y simple, inspirado por la alegría que siente el artista en reproducir el carácter humano, tal como apareció á sus ojos agudos y precisos. Pero encontraba en ésta, otra alegría diferente: la que provenía del estrago que ocasionaba. El Vesubio no se propone ningún fin: obedece á una ley que está en él mismo. Ibsen obedecía á una ley similar, y no se diferenciaba del Vesubio sino por el placer consciente que sentía al obedecer á esa ley. La paz le repugnaba, porque le repugnaba el mundo. Erale necesario devastar y cubrir de cenizas las verdes y galanas praderas del mundo que le sonreían coquetamente; sólo por este medio podían producir algo bueno. Y si algo bueno cre-

cía en ellas en efecto, qué importaba? Erupciones, destrucción, fue lo único que logró apasionarlo. «Roma, escribía á Brandes, después de la proclamación de la República, Roma era el único santuario de Europa, el único lugar en donde se disfrutaba de una verdadera libertad, en donde se vivía independiente de la tiranía política de los partidos. La delicia de desear la libertad es ahora una cosa que pertenece á lo pasado. Héme obligado á confesar que lo único que yo quiero de la libertad es la lucha por obtenerla; desde el punto en que la poseo, no me cuido ya de ella.» En todo caso, no se cuidaba tampoco de que los demás la poseyeran ó no!»

Se ha atribuido con frecuencia á Ibsen una viva simpatía para el sexo femenino, porque «en sus obras, dice Max Beerbohm, las mujeres prevalecen sobre los hombres. Las mujeres de ideas avanzadas lo reclamaban como un aliado; pero Ibsen se mofaba de ellas, las pobres! Como están solas, le interesa la lucha contra sus adversarios. Cuántas prerrogativas tienen sobre ellas los hombres! Pero si la naturaleza hubiera dado el ascendiente á las mujeres, Ibsen hubiera sido el primero en rebajarlas.» La simpatía de Ibsen por las mujeres es un simple reflejo de su antipatía por sus señores y amos. Cuando se proclamó que había querido favorecer la emancipación de las mujeres, negó categóricamente, en un banquete, que hubiera jamás tenido esa intención.» Se había limitado, según declaró, á pintar ciertas tendencias. Estimaba que el dominio de la mujer es sólo el hogar doméstico. Y las lágrimas que vertieron las pobres desilusionadas, debieron causarle un sensible placer á su refractario defensor.»

Cuando el tiempo les haya quitado á estas obras el áspero sabor que tienen para nosotros, Ibsen perdurará como una figura dominante de su época. Si para los hombres no tuvo ningún sentimiento de ternura, no se amó más á sí mismo. En la pieza que intituló *Cuando nos despertemos de entre los muertos*, ataca ferozmente la naturaleza artística, de la cual fue él una encarnación completa. «Acaso, concluye Mister Max Beerbohm, no fue sino por un último ejemplo de su egoísmo, por lo que Ibsen reservó para sí propio sus golpes más implacables.»

## JEAN LORRAIN

La gloria verdadera debe ser pura, como de un oro sin aleación, como de una llama sin sombras fuliginosas; y la única manera de alcanzar esta apoteosis, ante la cual se apaciguarán al fin todos los odios y todas las protestas, es morir. Por lo demás, en nuestro país la muerte se relaciona tan de cerca con la gloria, que no podemos prescindir de ella para enaltecer convenientemente á nuestros grandes hombres. Juan Lorrain, cuyo nombre de familia era Pablo Duval, nacido en 1855, acaba de realizar su ensueño de irónica ambición: ha muerto sin formar parte de la Academia Francesa, ni de la Legión de Honor. Este escritor fastuoso, demasiado rico de imaginación, pues que la prodiguba desde hace veinte años sin lasitud, que podía reunir en el suntuoso aposento de su cerebro un poeta, un novelista y un periodista sin impedir la comodidad de ninguno de sus tres huéspedes, ha partido á visitar la única mujer á quien respetaba por el silencio de su enigma, la única á quienadoró después de su madre, aquella "Dama de la gundafia" de que nos habló siempre con el entusiasmo fervoroso de un enamorado. Este francés, este *galo* por excelencia, que poseía el orgullo de su raza hasta el punto de ser la primera víctima de las exageraciones de su propio espíritu, ha acabado de reír de sí mismo y de los demás, en medio de terribles torturas físicas. Estas le alcanzarán la suprema absolución, por lo mucho que los delicados de la idea sufreu con los males vulgares.

No quiero recordar los éxitos del literato, ni sus luchas, ni trazar la apología del crítico. En la República de las letras la gravedad de la hora del duelo no perdura, las flores se marchitan muy pronto, y de ordinario añadimos tántas espinas á las flores que arrojamos sobre los sepulcros! Juan Lorrain era bueno, estaba ingenuamente enamorado de la boudad y de la belleza. Moralista especial, poseía empero una moral; y sabía ofenderse con la fealdad del crimen, y más aún con la vileza de la falta, y todavía más con la mezquindad de los vicios. No espero probar lo que digo á aquellos á quienes arañó el pico de gavilán de su pluma, á pesar de que bien lo saben, aunque no se atrevieron á proclamarlo bastante en alto para hacérselo oreer á Juan Lorrain mismo. Lorrain, el cantor de las flores venenosas, habíase convertido en una de esas plantas siniestras, sobre las cuales ponen á gotear las leyendas la sangre de los patíbulos. Sobre él llovía el aguacero de las ironías sangrientas y se desataba una tempestad furiosa de epítetos. No es bueno para el cerebro de las gentes apasionadas vivir en medio de una atmósfera tempestuosa. Muchas veces es la opinión de un mal auditorio la que determina el discurso del orador, y lo desvía de sus primeras intenciones, las mejores acaso. «No puedo mirar atentamente la vida sin romper á reír, —le oía decir en la época de su juventud atormentada por el ensueño de lo bello en todas sus formas, —y cuando río á carcajadas sufro abominablemente: es el modo de llorar que tengo, yo que no tengo *los ojos hechos como todo el mundo*.»

El Lorrain muy joven, en la plena obsesión de sus visiones de artista, era de impresiones siempre violentas pero siempre generosas, pues entregaba lo bastante de su alma para padecer hasta la crisis física. Ni intrigante ni comerciante, no nada *normando* para el cántimo, á pesar de sus atavismos, ofrecía la fiesta de su pensamiento por la sola alegría de pensar muy alto. Tenía el valiente y cada día más raro defecto de hablar por el placer de hablar, de embriagarse con sus propias imaginaciones. Encendía, gratis, ante la muchedumbre de los *snobs* aturdidos, el lujo de los fuegos de artificio del Verbo. Nada le impedía, según su expresión un poco salvaje, «reír á muerte y hasta la muerte», tal como aúllan los perros de caza, porque sentía cruzar fantasmas por el bosque de Bondy de la sociedad moderna. Adivinaba por instinto que el siglo terminaría en medio de la vulgaridad del reclamo, y de antemano osaba urdir el reclamo propio, formidable, brillante, inquietante, adornado con la púrpura de la hidra cuyas múltiples cabezas van brotando de nuevo, á proporción que gozan de la fúnebre voluptuosidad de hacerse cortar por el verdugo. Sabía que es necesario escoger entre decir la verdad hiriendo ó ser herido cruelmente por haber dicho demasiadas verdades.

Veo todavía á Lorrain entrando en un salón en donde nadie lo conocía, una noche de baile, y dirigiéndose á una linda y presuntuosa joven preguntarle: —Cómo está vuestro último amante, señora?, con el tono más cortés del mundo. No decía esta insolencia sin lanzar un suspiro, y la célebre frase, que formó escándalo, no era más que el término de una conversación completamente filosófica *sobre la virtud*. Juan Lorrain amaba los monstruos, los enfermos, los neuróticos, aquéllos de quienes se burlan y á quienes desprecian en todos los medios mundanos. Su pluma valiente y piadosa con la pobre gente enfermiza, la magnificaba, le brindaba la única limosna con que sueñan vivir los monstruos: la publicidad. Tal bella cintura culpable, que se quejaba mucho del insulto, quedó para sus adentros, encantada con la celebridad adquirida. Vuelto al silencio de su hogar, en la calle de Auteuil ó en Niza, en el reposo de la vivienda maternal, Lorrain les confesaba á sus viejos amigos: —«Allá, prefiero que los sapos sean de porcelana.» Poseía en efecto, en su casa, un tesoro suficiente para colmar los corazones queridos de sinceridad: su madre. Su piedad filial no era en suma sino su ansia de perfección. «En mí no es un mérito amarla, me escribió cierta día: *ella es toda mi virtud*». Creo que esta hermosa frase encierra el más admirable elogio de ese fanfarrón de vicios, de ese niño mimado que tuvo por suprema egida en este mundo (y también la tendrá en el otro) la valerosa actitud de la señora Duval. Felices los hombres cuyas madres están orgullosas de ser toda la virtud! Llevan en sí mismos el signo redentor, pues *está escrito* que aquél de quien su madre ha renegado debe caer en las exteriores tinieblas...

La muerte de Juan Lorrain nos arrebata el último de los periodistas que se atrevió á hacer de un artículo sobre el salón ó de la reseña de una función de gala en la ópera, un vibrante poema. Nadie mejor que él lograba darle vida á un cuadro, ó iluminar el esplendor de una velada teatral con imprevistos rubíes. Era por excelencia el pintor de las orgías del color, de esas famosas orgías de las cuales se habla sin cesar en las novelas y que no se ven nunca en las paletas oficiales. Pero lo que yo lamento en él personalmente, es al excelente camarada, al leal compañero de letras que en veinte años no tuvo desfallecimientos en el afecto y que no tomó por pretexto del olvido el que *se llegaba*, lo que es *envejecer*. Además, envejecía Lorrain? Yo lo creí siempre más joven que yo...

RACHILDE.

# PAGINAS CORTAS

## TEDIO DE LA VIDA

Exhausta ya en el corazón la fuente del amor, no vierte su linfa cálida y perfumada sobre el torrente de la sangre para dar vigores á la vida y alegrías al pensamiento.

Lánguida y triste la imaginación, ha dejado secar todas las gayas flores de su jardín suntuoso; y está hecha astillas á sus pies la paleta de brillantes colores. Apenas usa, de cuando en cuando, el creyón negro para bosquejar ruinas y monstruos.

Convida arrogante la gloria con sus deslumbradores oropeles, y se la ve con desdeñosa mirada.

Muestra el poder con el robusto brazo, el dosel perfumado de incienso, y despreciativa sonrisa torna adusto el afable rostro del oferente.

Abre la riqueza el arca en que guarda amontonados los áureos y argentinos discos, y se piensa en que ya para nada pueden servir, porque la comodidad se desdeña, y el lujo ofende, y los viajes fastidian, y las fiestas entristecen.

No conmueven el ánimo, ni el brillante espectáculo de los crepúsculos, ni el mar inmenso, ni la dilatada selva, ni el ancho río, ni el gracioso vellón de las nubes altas, ni la nube oscura, tempestuosa, que lanza el rayo, ni el cielo estrellado, ni la apacible luna llena, ni los gritos de la victoria, ni el silencio de la derrota, ni la agonía de la madre, ni el cadáver del primogénito.

Si repugna la suntuosidad del palacio, no aflige pensar que el último aliento de la vida ha de recogerlo el hospital.

La amistad se reclina desconfiada.

Los siete pecados capitales yacen tendidos sobre el suelo, horribles, espantosos, humillantes. La soberbia, idiota, ríe á carcajadas; la avaricia está anémica y flaca; la lujuria, con náuseas; la ira, muda; la gula, desganada; la envidia, sin tristezas; y la pereza, muerta. Y postradas también y desfallecidas, muéstranse las siete virtudes que han combatido sin descanso á esos terribles hijos de la carne.

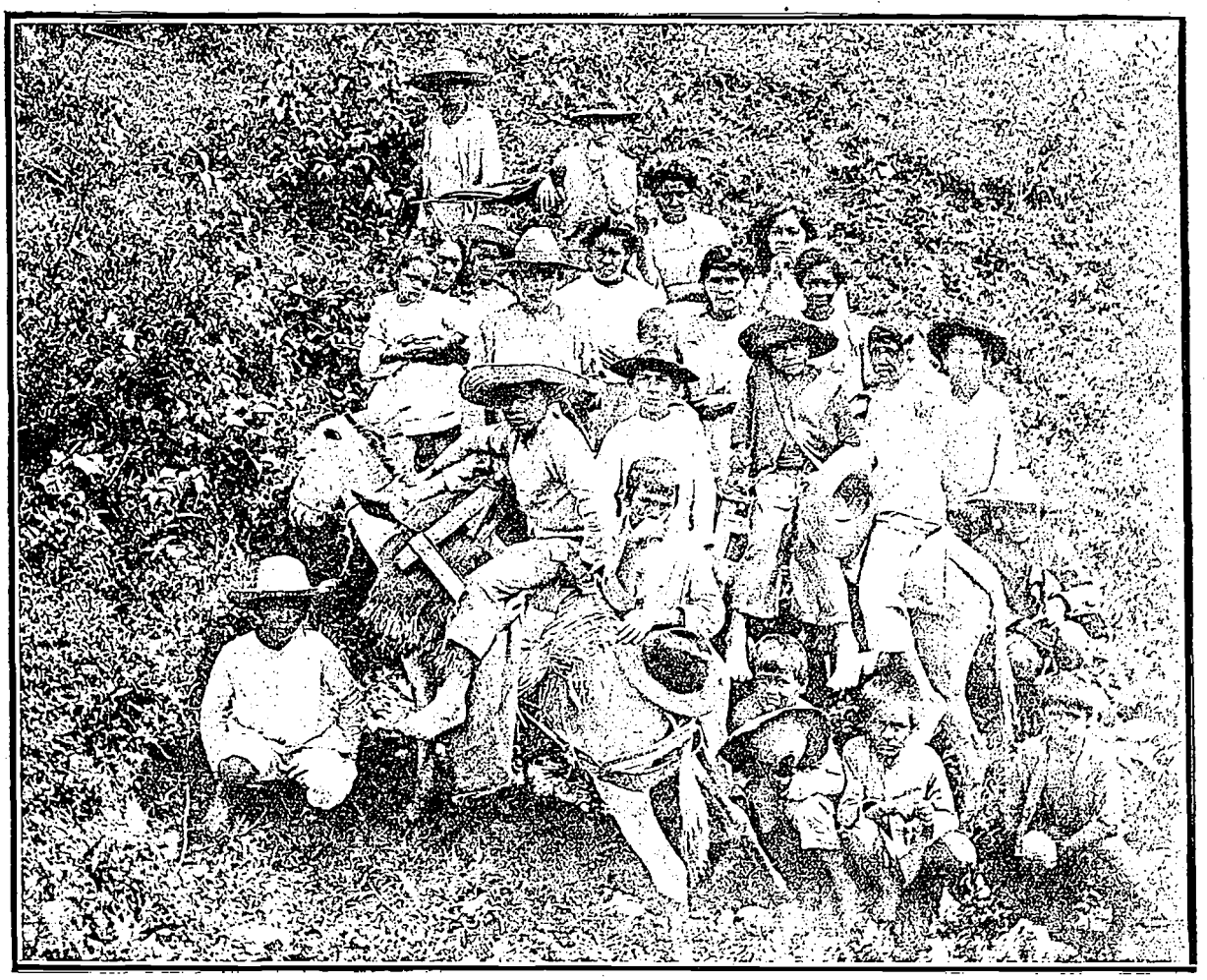
La religión tiene apagada su blanca antorcha prometedora de esperanzas; y la ciencia deja apenas ver su luz en medio de nube densa y parda.

No hay voluntad alguna para pelear la lucha de la vida. Si se trabaja es febrilmente con ánimo de llegar al cansancio; y cuando el cuerpo reclama el reposo del sueño, sólo un deseo intensísimo domina: el de no volver á despertar.

Horrible enfermedad del ánimo es esa que se llama *tedio de la vida*, propia sólo de las altas civilizaciones, y que termina casi siempre en la locura ó en el suicidio.

JESÚS MUÑOZ-TÉBAR.

Caracas—1906.



CAMPOS DE ZARAZA - Grupo de campesinos

De nuestro colaborador Sr. Avril.

## EL ULTIMO RAMO

—

Era una tarde de carnaval. La amplia calle, las aceras, los portales y los balcones rebosaban de mujeres vistosamente ataviadas. El panorama contemplado desde lejos, suministraba á la extasiada fantasía la idea de una gigante enredadera, que, cuajada de flores preciosísimas, trepara las columnas y muros de los edificios hasta alcanzar el techo.

Mi compañero, un poeta, amable cincelador del verso aristocrático, tendió su vista de águila para abarcar los garridos atrincheramientos de las beldades, y luego, con fruición no exenta de cándido orgullo, contempló nuestros pertrechos de asalto. Una montaña de flores colmaba el elegante vis á vis. Procedimos al orden de batalla: claveles, pensamientos, violetas, miosotis, en manojos primorosos, serían simples proyectiles, y tuvimos por granadas explosivas, de uso especial, los pomposos ramos de crisantemos y los de olientes rosas.

Yo dicté el plan general: nada de tonterías, que no haya un solo desperdicio, que no se diga de un derroche imbécil. A las bonitas únicamente, y adelante!

En menos de dos horas nuestro almacén de guerra se vió exhausto. Sólo un ramo quedaba. Era un precioso *bouquet* de rosas en botón que ambos habíamos respetado tácitamente, sin duda por ser el más hermoso.

—¡Para la más bella!—dijo mi generoso compañero al cedérmelo, con el deslumbramiento de las rosas en sus grandes ojos de poeta.

—¡Para la más bella!—repetí enardecido.

Y de pie en el carruaje que avanzaba al paso, comenzamos la revista de las beldades. Este ramo...Oh! este ramo no saldrá en ningún caso de mis manos, pensaba, sino para rodar hecho alfombra á los pies de una Exquisita.

De pronto, una grande ola humana, hirviente y ruidosa, en el delirio de la fiesta, detuvo nuestro coche. En aquel punto, la gigante enredadera á ambos lados de la calle, se estremecía bajo un inmenso soplo de febril entusiasmo, mientras en una ventana asomaba su cabeza tímidamente una mujer aislada. ¿Qué edad tendría? Imposible precisarlo, pues era uno de esos originales enigmáticos que la misma Adolescencia sorprende con la frente surcada de arrugas, y, lo que es peor todavía, con el alma henchida de penas y de lágrimas. Infelices viajeras de la vida, extranjeras aun en sus mismas Caravanas, y que llegan al término fatal sin que una vez siquiera la amistad las acaricie entre sus brazos, ni el amor las bese en la boca.

Asomábase ésta á su ventana, en la actitud medrosa de su vida humillada; y en su marchita frente, en la expresión de sus ojos desolados, en la contracción de los labios, había algo de una infinita tristeza, insólita y extraña. Mirándola así en la fascinación de aquella fiesta que jamás fue para ella, de aquellos homenajes que nunca le habían sido tributados, de aquellas aclamaciones que su miserable femenilidad no había alcanzado ni una vez...mirándola así, aspirar aquel ambiente que en sus pulmones debía penetrar cual hálito ponzoñoso de dolor, de injusticia, de inconformidad, sentí como la alucinación de un gran martirio, de un martirio lento, silencioso, cruelísimo, nunca reparado por nadie, y como un devoto de la Suprema Compasión, arranqué mis rosas y las arrojé en pétalos sobre aquella frente abatida.

Mi compañero me estrechó en sus brazos.

FABIO FIALLO.

## EL BARCO VICTORIOSO

(POEMA)

I

Eran demasiado viejos mis flancos para resistir al furor del viento; y los ojos de los dragones esculpidos en mi prora estaban roidos por el tiempo y por el limo. Los remeros abandonaron un día mis bordas, y desde entonces en este remanso muerto, balanceo mi casco en donde ya no habita sino la sombra de mi alma.

Estoy atado al ribazo por una soga; y allí móro bajo el resplandor de los soles ó bajo el brillo metálico de los cielos emblanquecidos por los luceros: y sobre mí no hay nada de viviente, más que el volar de los pájaros. Y sobre el silencio de las aguas eternizo fantásticamente el gesto de las velas.

En los meses irritados de lluvia y de sol, en los meses de ensueños pesados y de opaco sueño, durante el verano cruel, sonoro de cigarras, distraigo mis fastidios viendo cómo se sumergen, rectos, en el espejo color de acero del angosto río, mis mástiles que hacen temblar en las linfas sus sombras desiguales.

Pero después de los largos días de fuego y de cielos blancos, por las tardes llenas de un oro pulverulento, cuando el mundo deslumbrado náda en su éxtasis mismo y mi puente rutila de esplendores, resucitando de súbito mi ardor heroico, el pasado difunto se despliega sobre el poniente incendiado.

II

He visto el mar! He visto su faz cambiante, azulada por la aurora ó teñida de argento. He visto su traje verde y sus fimbrias de espumas. He danzado sobre sus ondas y dormido entre sus pliegues. Lleno de sus balanceos y loco de vaivenes, ligero sobre la onda tal como una pluma á la brisa, mi roda alegre, ávida de horizontes, suscitaba en torno un círculo de calofrios. Y la mar me rodeaba con sus innumerables risas. Luego, en la playa, después de la pesca, cuando mis flancos recordaban el cúmulo de los pescados opulentos, me tiraba en la orilla de su gran cama de arenas. Sabía mezclar la fuerza á la dulzura y su voz moría en un silencio arrullador, y su abrazo era como un fluido terciopelo. El universo rejuvenecido cantaba entre sus brazos azules, y yo reinaba sobre sus inquietas vorágines, desafiando al infinito con mi ala intrépida.

He visto el mar! He visto sus olas fosforescentes iluminando la noche con crecientes prodigios; el abismo ardía en fiestas suntuosas, las olas balanceaban blandones mágicos y bajo las aguas se encendían lunas y soles, y mi estela estaba poblada de cometas!

III

He visto también el río, porque á menudo fatigados de brincar sobre un vórtice móvil, los hombres convertían á la tierra su deseo y mi proa. He visto el río y he triunfado de su corriente en tanto que bajo mis costados las olas pesadas y rojizas rodaban vertiginosamente, así como una rueda. A lo largo de los muelles he visto los botes, que de orilla á orilla cruzaban, redondeando al sol sus perfiles de aligatores. Me he hartado del olor de las ciudades. Y los remeros me empujaban hacia adelante siempre, hacia las llanuras que colma un vivo tumulto. Con todos mis remos he remado hacia la vida. Sin detenerme, he visto cómo se formaban las mieses que decoraban de oro los horizontes. Y siempre iba más allá, hacia nuevos esplendores. Pero tánto ímpetu me embriagaba á ocasiones, que mis mástiles, abriéndose como brazos en el azul tentador, parecían recolectar gavillas invisibles.

El río me condujo hasta el fondo de lo desconocido; y en este punto la fuente virgen hizo cantar contra mi madera desnuda su claro cristal y discurrir su misterio. Qué me importa que se hayan extinguido los ojos del dragón de mi proa! Mi quilla está cargada de riquezas: he visto el Mar, el Río y el Cielo y la Tierra!

ALFREDO DROIN.

## INFORMACION LITERARIA Y ARTISTICA

### Julio Bretón.

Julio Bretón, el ilustre pintor francés, ha muerto. Nació en Courrières, cerca de Lens, en 1827. En la Exposición universal de 1855 obtuvo un gran triunfo ruidoso con sus tres cuadros: *Les Glaneuses* (Las Espigadoras), *Jeunes paysans consultant les épis* (Campesinos jóvenes consultando las espigas) y *Lendemain de la Saint-Sebastien* (Al día siguiente San Sebastián). Era de buena fe y concienzudamente, un realista. En sus obras copiaba con fidelidad y frescura las escenas de la vida rústica y campestre. Era el pintor oficial de los campesinos.

La lectura de sus libros de poesías bucólicas *(Juana* y *Las Campiñas y el Mar)* ayuda admirablemente á comprender el pintor, á interpretar su manera artística. Sus descripciones líricas de la vida rústica no vienen á ser en realidad sino la trascripción poética de los asuntos de sus telas. Es necesario añadir que siempre serán preferibles á sus libros sus cuadros? Su carrera fué brillante y hermosa. Las distinciones, los cargos honoríficos recompensaron con creces sus labores de artista. Paz y gloria sobre su tumba.

### El Centenario de Rembrandt.

Holanda ha celebrado el tercer centenario del nacimiento de Rembrandt. La Casa de la Jodenbreestraad, donde habitó durante su fecunda juventud y en donde concibió tantas obras maestras ha sido comprada y transformada en museo. Ahora las obras del inmortal maestro tendrán un asilo digno de ellas.

El pintor de la sombra y la luz nació en Leyden. Su padre era un molinero llamado Herman Geretz, apodado Van Ryn, por estar su molino situado á las orillas del río Rhin. Se conjetura que la fecha de su nacimiento fue el 15 de julio de 1606. Fue puesto por sus padres, que ambicionaban formar de él un letrado, en la escuela latina de Leyden; mas el espíritu de Rembrandt no se avenía bien con la literatura, y dejó la escuela para ir á estudiar la pintura con Sostmar.

Su manera personalísima, sus dotes geniales, le valieron un triunfo rápido y brillante. «Lo que caracteriza á Rembrandt, dice un crítico, es el vigor, la fuerza, el brillo. Representa la vida en toda su intensidad. Vemos á sus personajes, hablamos con ellos, pues él resucita y reanima toda una época. Y á este dón de interpretación maravillosa y única, se añade la sensibilidad, la bondad de un corazón que vibra con todas las miserias, con todas las alegrías, con todas las emociones de la humanidad».

En octubre de 1674 murió en la miseria el ilustre pintor. Su entierro costó quince florines, precio que no representa sino una clase simplemente decente.

### La casa de Keats en Roma.

Un grupo de letrados ingleses y americanos propónese comprar la casa donde murió el poeta John Keats, proyecto que la prensa italiana acoge con viva simpatía. Esta casa está situada en la plaza de España, en Roma. En el lado que mira á la escalera de la celebre Trinitá-dei-Monti, una inscripción en italiano y en inglés, recuerda que allí expiró el poeta de *Endymión*, á la edad de veintiseis años, el 14 de febrero de 1821.

La suscripción pública abierta con este fin ha producido ya cien mil bolívares, suma suficiente para la adquisición del inmueble.

La casa estará consagrada á Keats y á su amigo Shelley, cuyo corazón se conserva en Roma. En ella se formará una biblioteca con todas las ediciones y traducciones de los dos poetas.

### ¿Un plagio?

Parece que *El Santo* de Fogazzaro, la novela que tánto ruido ha hecho en los últimos meses, y *The Master Christian*, de María Corelli, presentan curiosas analogías. Mientras alrededor del libro de Fogazzaro se establecen diversas discusiones, un periódico de Florencia denuncia *El Santo* como un plagio en toda regla de *The Master Christian*, publicado en Londres, en 1900, por los editores Methuen y Ca.

### San Francisco de Asís.

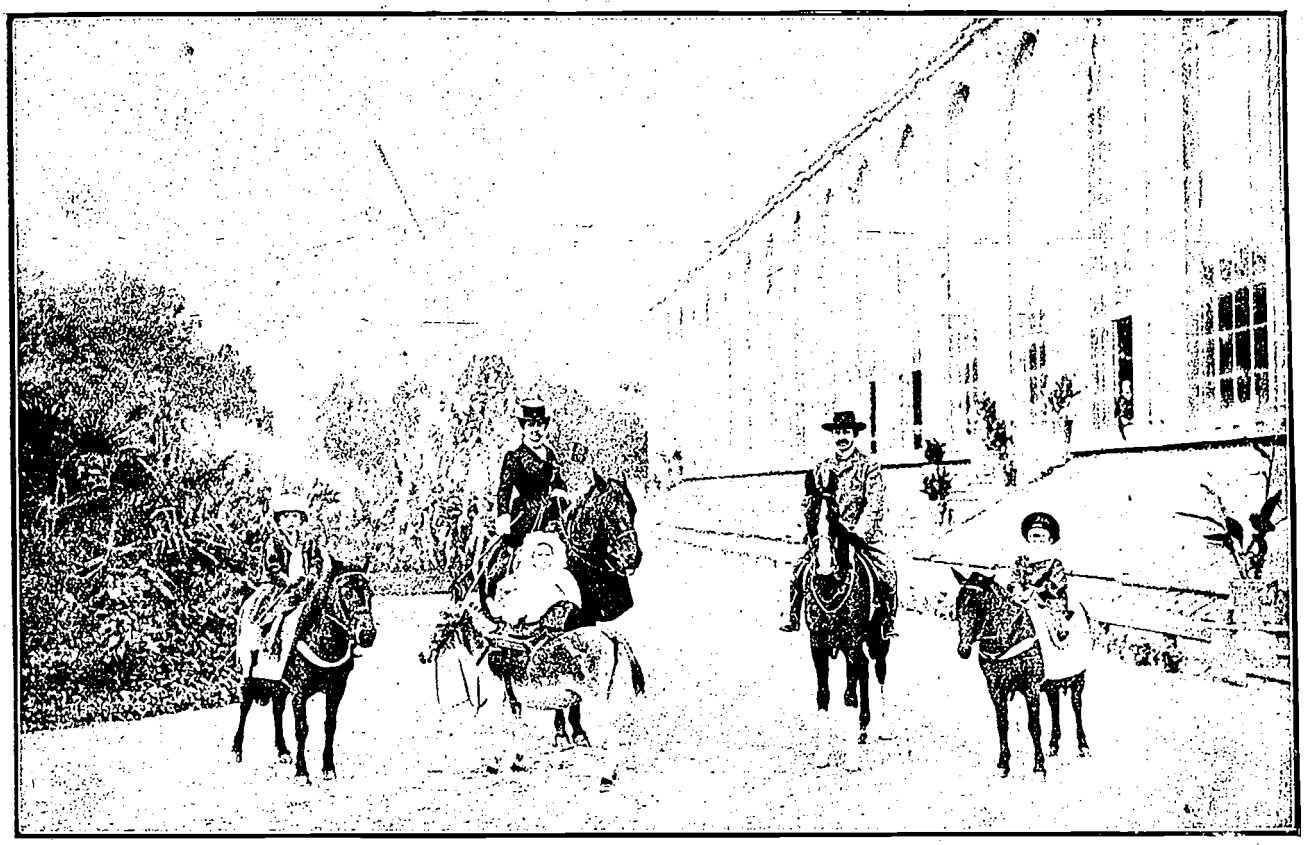
En un reciente estudio sobre San Francisco de Asís y su Leyenda, Nino Tamassia, profesor de Derecho Eclesiástico en Padua, trata de demostrar que la biografía de San Francisco por Tomás de Celano y el *Memoriale in desiderio animæ de gestis et verbis sanctissimi patris nostri Francisci*, llamado la «segunda vida», son acaso «la obra maestra de la mistificación monástica en el siglo XIII, arraigada como una hiedra tenaz en el árbol de Asís». Si se reconoce falsa la biografía originaria del gran Santo, como lo pretende el profesor Tamassia, tendrá que cambiar de un modo absoluto la orientación de los estudios franciscanos.

### Arte egipcio.

El egiptólogo Eduardo Naville ha descubierto cerca de Tebas una capilla construida por Tuthmés III á la diosa Hathor. Está decorada con pinturas muy bien conservadas y encierra una alegoría de la diosa, en la forma de una vaca de tamaño natural. El artista que la modeló hizo una obra maestra de verdad y de vida: «Ni Grecia ni Roma escribe Maspero, Director del servicio de antigüedades en Egipto, han producido nada semejante; es necesario llegar hasta los escultores de animales en nuestros días, para encontrar una obra de una verdad tan sorprendente y de una tan intensa vida».

### Literatura trágica.

Scipión Sighele, el sabio antropólogo y psiquiatra, autor de *La Muchedumbre delincuente*, ha publicado un volumen en el cual estudia los principales personajes de la obra de Zola, Eugenio Süe y Gabriel d'Annunzio. Para Sighele hay dos tipos científicamente perfectos en la obra de d'Annunzio: Giovanni Episcopo y Tulio Hermi. Del mismo modo



LA FAMILIA REAL DE ITALIA
El rey Víctor Manuel y la reina Elena, sus hijas y el heredero del trono de Italia

encuentra perfectos y admirables de verdad los desequilibrios y las perversiones mentales que abundan en los Rougon-Macquard así como en algún personaje del olvidado Süe.

Un nuevo drama de d'Annunzio.

La prensa italiana nos da cuenta de que d'Annunzio ha terminado un nuevo drama, que se intitulará *Más fuerte que el Amor*. El protagonista de esta obra es Conrado Brandi y como primeros personajes figuran en la obra: María, amiga de Brandi, Virginio, su hermano y Radú, criado de Conrado.

Conrado ha conquistado un nombre glorioso merced á sus escritos y á sus arriesgadas exploraciones científicas. Su espíritu aventurero lo impulsa á realizar otras más importantes, contando para ello con el apoyo del Gobierno. Emprende sus trabajos y un día y otro espera el prometido apoyo del Gobierno, el cual no llega nunca. Esto lo irrita y desespera y para llegar al término del triunfo y de la gloria llega hasta el delito. Perseguido, se refugia en casa de Radú, personaje que viene á representar en el drama la naturaleza salvaje. Llega la policía. Conrado y Radú disparan sobre ella; y en el momento en que los guardias están á punto de penetrar en la casa, Conrado se suicida.

Los periódicos italianos aseguran que la escena final es de una extraordinaria belleza; y anuncian que el drama será próximamente representado por Ermete Zacconi é Irma Gramática. Otros afirman que lo hará la Duse. A juzgar por el argumento desnudo, este drama confirmará las opiniones, que sobre el d'Annunzio *científico* ha expuesto Sighele.

---

*El Figaro*—La Habana—Director: Manuel S. Pichardo.

En serena prosa lírica, en donde se advierten, sazonando el sencillo y fácil decir, finas sales de crítica, habla Darío, con noble candidez de poeta, de otro poeta, sólo su hermano en el divino amor á la lira, antípoda suyo en arte y en literatura. Se trata del viejo ruiseñor cubano, de prestigio continental: José Joaquín Palma. Rubén Darío ha sabido ver en el fondo de la décima del cantor cubano, á pesar de la vulgaridad de la concha, el oriente de la fina perla oculta. La perla es de suma poesía, de la eterna. Lo demás es nácar de retórica. Y el revolucionario, el rebelde, el innovador, el lapidario doloroso de una rara copa única para verter el viejo y eterno vino, viene al fin, después de los más amargos días de íntimos y silenciosos combates, después de haber librado las más cruentas batallas, á mirar desdeñando la burda forma de las antiguas ánforas, el mismo celeste licor.

Consagrando la bancarrota de la forma, mira correr bajo la turbia linfa de los vocablos, un oculto raudal de oro, puro y radiante. Como todo buen artista, desdeña el triunfo sobre su instrumento; y aquel arcano sonido, arrancado en momento feliz, apenas le deleita. Por eso al juzgar á Palma no se ocupa de la forma común, en que derramó su alma aquel poeta, y sólo se ocupa de aquella alma. El alma es la de un ruiseñor. El rimador adocenado es un poeta. Aquel poeta es hermano suyo. Y por la máxima virtud del talento, el viejo Palma y el nuevo Darío, vienen á redimirse del tiempo, repitiéndose en ellos la eterna juventud del arte, la eterna primavera espiritual, para la cual son perpetuas é inmortales las rosas. De allí surge la misteriosa actualidad de todos los poetas, y viene á resultar Shakespeare tan contemporáneo, como Rostand ó d'Annunzio. En este breve párrafo así lo expresa Darío:

«Los versos de Palma demuestran que en el arte puro y sincero no existen las maneras sino los poetas. Su poesía es tan *actual* como la del más flamante versolibrista, como la del más intenso «moderno.»

Medítense estas apreciaciones críticas de uno de los abanderados más fervorosos del modernismo americano, y aplíquense al movimiento literario de América en los últimos veinte años. Hemos tenido poetas, novelistas, literatos, aferrados algunos de manera exclusiva á los más estrictos cánones de la retórica castellana; otros, sistemáticos revolucionarios. Y luego al correr de los años, por sobre todas las estéticas, por sobre todos los sistemas, burlando todos los procedimientos, sólo perdura en la obra de los que lidiaron la batalla mental, el oculto hilo de oro, el misterioso é indestructible hilo de sangre del talento, ya corra bajo la antigua ó la moderna forma.

Este juicio de Darío sobre el viejo Palma viene á destruir ciertos prejuicios formulados contra todos aquellos que de alguna manera, algunas veces violenta y exagerada, tratamos de ser una evolución de la literatura hacia su progreso, por el cual se nos cree negadores de la obra de aquellos que emplearon una estética diversa de la nuestra. Todo lo contrario. El concepto que tenemos del arte es un concepto sincero y honrado. Deseamos que cada cual se exprese siguiendo los ingenuos impulsos de su espíritu. Los que se imaginan que en la forma reside el triunfo, son víctimas de la más cruel ilusión. La literatura es algo que está fuera de los preceptos, de los cánones, de las retóricas, de las escuelas; á ella no le prestan brillo sino aquéllos que nacieron con condiciones especiales, y que por lógica natural, atropellan los preceptos, los cánones, mantean las retóricas, rompen toda clase de trabas, y no caben en esas estúpidas clasificaciones á que tienen especial cariño más de uno de esos críticos, que andan por allí, de almas más ó menos zurdas y bizcas.

La literatura, en síntesis, entendida á la manera actual, sólo es posible ejercerla como una función fisiológica.

Termina Darío su noble juicio sobre Palma tocando un tema de alta trascendencia para el porvenir de las letras hispano-americanas. Es sobre una literatura que hoy comienza á tener sus primeros

balbuceos, aquí y allá, en todas cuantas son repúblicas de origen hispano, y que en Venezuela cuenta ya con no escaso grupo de adeptos. Esa literatura es la genuinamente nacional, olorosa á la tierra, llena de acres sabores. Darío, poeta de alma cosmopolita, le ha puesto á sus versos alas para que puedan volar por todos los cielos. Comprende sin embargo, con su honda perspicacia de artista, que un soplo nuevo, un anhelo confuso, un canto de gérmenes obscuros, agita y turba el alma americana; que hay quien se dispute hoy el título de poeta, de novelista americano, y en amable ironía, ante el rumor de la nueva revolución, ante el alba de la obra por cumplirse, se expresa de este modo:

«Yo no quiero que cultivemos tan sólo el fruto de nuestros terruños. Yo no quiero como nuestro inmenso y querido Martí, que nuestro vino sea de plátano; América es tan vasta que en ella cabe todo; y los mostos chilenos saben á los mejores borgoñas.»

El querer del poeta no será obstáculo para que triunfe la ola nueva, en esta obra de arte y patriotismo emprendida por la juventud americana, que tiene hoy además de un sabio manejo del idioma, verdadera conciencia de lo que es el arte y la literatura. Por lo demás, el artículo de Darío respira esa noble frescura de las cosas ingenuas, que salen de la pluma en amable y fácil corriente.

*El Fígaro* del poeta Pichardo ha tenido en esta ocasión, entre sus hojas, una clara y preciosa piedra.

—

*El Mundo Ilustrado*—México—Director: Luis G. Urbina.

Inserta *El Mundo Ilustrado*, cuatro sonetos de la sonada obra poética de José Santos Chocano, *Alma América*, recientemente publicada en Madrid.

En estos últimos tiempos, casi todos los más altos poetas jóvenes hispano-americanos, dispútanse la representación de la lira de América. Después de un largo período de exotismo, en el cual se cantaban paisajes de tierras ignotas, princesas de abanico, amores imposibles y raros; después de haber rimado canciones versallescas y amado líricamente á la Pompadour; después de haber hecho peregrinar á nuestra musa,—musa millonaria de mil tesoros líricos—ora por el Nilo en pos de faraónicas fiestas, ora por los silenciosos paisajes hiperbóreos, en solicitud de una precaria rosa de poesía, capaz de satisfacer ansias de originalidad y anhelos de artista, desdeñando nuestros cielos, nuestras almas, nuestras costumbres, nuestra historia,—consideradas vulgares acaso por demasiado familiares y próximas,—hemos vuelto con las manos y el corazón vacíos, después del largo peregrinaje, y hemos abierto los ojos, llenos de asombro, sobre los tesoros que habíamos dejado ocultos en el corazón de la propia tierra nativa.

Estamos ahora en una época de regreso literario. Fatigados de imaginarnos almas y paisajes de ensueño, ahora nos es dable sorprender en el milagroso tapiz que nos ofrece á diario el crepúsculo del trópico, la inédita perla de luz de poesía, ó el vago heliotropo obscuro de una ingenua emoción. Es una obra de revelación, es la epifanía de un arte nuevo. La crisálida se viste de dos vistosos pétalos inéditos, y vuela por el jardín de las letras como una sorpresa de oro. Pero como toda obra de aparición, se resiente de ella y blandea y vacila, á la mejor ocasión. En otras triunfa de la manera más gallarda. En esta obra lírica emprendida por Chocano, obra de esfuerzo y de vigor intelectual, debemos reconocerle las más verdes palmas. Su empresa ha sido cumplida de manera valerosa y fuerte. Es indiscutible que su obra representa un triunfo de la literatura americana, y que su paciente y tenaz obra lírica, despertará los entusiasmos, y será siempre un noble estímulo para todos aquellos que quieran hacer obra de arte,—original y bella. La crítica podrá encontrar en la obra de Chocano, debilidades, manchas, roturas, todos los defectos de una obra de aparición. En más de una vez, los sonetos—su forma predilecta—no visten el manto impecable; la seda de las rimas no brilla como debiera; más allá, cojea un endecasílabo, un alejandrino se descoyunta de manera bárbara. Hay muchos sonetos que son ánforas toscas, inmobles vasijas. Pero de todos modos, en el esfuerzo intelectual y artístico cumplido por el poeta peruano hay un ejemplo de virilidad literaria, que será fecundo para el arte americano. Chocano se presenta con sus manos cargadas de poemas, á decir á todos aquellos que llevan en los nervios la chispa sacra de la poesía: aquí hay una obra digna de una empresa; en América hay un oculto bloque de poesía,—mármol de alba—en el cual se pueden esculpir las formas voluptuosas de una musa nueva.

*Savia. Moderna*—Revista mensual de arte—México.

Los primeros números de esta revista, que acaba de fundarse en la capital mexicana, han llegado á nuestra mesa de redacción. Al parecer, por los nombres que figuran en la colaboración de la revista, son sus directores, jóvenes, muy jóvenes. En el número 3 que tenemos á la vista se da cuenta en un artículo que autoriza el señor Roberto Argüelles Bringas, de una exposición de pintura y escultura organizada por la redacción de la revista. La idea no puede ser más amable y generosa. Hasta ahora, en el material literario de *Savia Moderna* no hemos hallado nada que nos cautive de manera insólita. Esperamos hallar en los venideros números una obra alta y fuerte, que nos dé la idea de uno como broche de belleza, que ate á la pasada generación, con la *novísima* que al parecer dirige á *Savia moderna*.

A. FERNANDEZ GARCIA.

## TOMAS IGNACIO POTENTINI

Ha muerto... ¿quién?... el único poeta
Cantor de nuestros épicos centauros;
Murió como agoniza la violeta,
Sin gemidos, sin música, sin lauros!

Cayó de cara al sol, allá en los llanos,
El sello del hastío en sus facciones;
¡Lejos de donde unimos nuestras manos
Y unimos á la vez los corazones!

Dulce como Jesús, la carcajada
Nunca agitó las fibras de su pecho;
Su aspecto era muy triste, y su mirada
De un alma enferma que buscara un lecho!

Tribuno, bardo, músico y guerrero,
Adoró lo que es bello y lo que es grande;
Y hubo en su faz, glorioso ó prisionero,
La indiferente majestad del Ande.

Su vida fué un dolor! Las almas puras
No pueden resistir los desengaños;
Más tiernas, mientras más las amarguras,
Se van al fin en sus mejores años!

¡Pobre poeta de la dulce calma!
¡Quién hubiera asistido á su agonía,
Para decirle *Adiós* con toda el alma,
Viendo apagarse en la mitad del día!

¡Pobre poeta que murió en los llanos,
El sello del hastío en sus facciones;
Lejos de donde unimos nuestras manos
Y unimos á la vez los corazones!

A. J. CALCAÑO HERRERA.

1º de agosto de 1906.

# BIBLIOGRAFIA

"Alma-América", poemas indo-españoles, por José Santos Chocano.—Madrid.—1906.

Al volver la última página de este volumen, queda predominando en nuestro espíritu la impresión de un desfile rápido y violento de seres y cosas: conquistadores, caciques, virreyes, indios, caballos, condores, soles y lunas, montañas, ríos, lagos, bosques, adelantados de heroísmo, armaduras, relámpagos de tizonas, volcanes, guacamayos, boas, tortugas, dantas y pumas, todo lo cual se nos confunde y entremezcla de tal modo, que apenas persisten con claridad y nitidez de contornos, visiones muy contadas. Las demás se atropellan y medio borran en una niebla lejana, galopando en ronda fantástica hacia un horizonte de ensueño. En medio de esa niebla distinguimos aún, es verdad, algún perfil iluminado por un brusco chorro de lumbre, la grupa de un palafrén, los ojos profundos de algún indio, la boca bermeja de alguna dama, ó algún fruto rebosado de miel que agobia las ramas verdes, ó el bulto fugitivo de alguna bestia americana. Y con esta impresión, y tal vez resultante de ella, nos ocupa una especie de cansancio de oídos y ojos, ante ese tropel de sensaciones ofuscantes y confusas á un tiempo.

De antemano estábamos apercibidos á encontrarnos en la obra del señor Chocano con una América

pintoresca, grandiosa, llena de sinfonías rudas y de ásperos colores, una América un tanto pintarrajeada de achiote y añiles, empenachada de plumas verdosas, amarillas y purpúreas, algo parecida á esos aborígenes rozagantes que podemos contemplar en algunos carteles, en donde se promulga la excelencia de no sé qué productos comerciales. En cierto modo, el presentimiento se nos ha cumplido. Analizando nuestras impresiones del conjunto, la América de Chocano se nos aparece como una comarca llena de solemnes paisajes, de dulce fertilidad, de leyendas admirables, claras ó tétricas. Pero no vemos la tierra real, animada de intensa vida, en medio de la cual nos tocó vivir, sino como al través de un cristal que nos la enseña remota, desprovista de ciertos atributos que son parte esencial de su propia fisonomía: así vemos nuestro sol y cómo brilla y relampaguea en muchos pasajes; mas no sentimos su violencia tórrida, la martirizante y viva onda de sus fuegos: y hay algo que posee nuestro sol y que á ése le falta. Quiero expresar con esto mi impresión acerca de toda la poesía del señor Chocano. Sólo aspira éste á ser el «poeta de América», propósito y empeño de todo punto laudables. Poeta de poderosa y amplia inspiración y de verbo caudaloso, tiene grandes y excelentes cualidades para realizar cumplidamente el empeño y el propósito. Lo ha logrado en este libro? Como quiera que sea, y aun si defraudara nuestras esperanzas más justas, tiene ganadas gloria y alabanzas hermosamente, y su corona de frescos lauros muy digna, que nó simple y monda «hoja de laurel,» cual la que Darío le colocó «en el ojal,» bien como si fuera baladí condecoración de diplomático.

*Mi poesía es objetiva*, nos asegura el señor Chocano, y en otra parte nos advierte que tiene formado su criterio especial acerca de este linaje de poesía. Yo entiendo que no puede existir la poesía absolutamente objetiva; pues aun cuando el poeta se esfuerce por ser impersonal, por no poner ni una simple centella de su espíritu en la obra de arte, y por limitarse á reproducir con fidelidad estricta las cosas de afuera, éstas, al penetrar en el espíritu del artista ó instalarse en él, han de adquirir necesariamente una fisonomía peculiar, empapándose en su savia de vida, cobrando visos especiales. En tal sentido bien puede afirmarse sin sutilezas que las cosas no existen por sí solas en el tiempo y en el espacio, sino en el cerebro que las percibe, ó en el corazón que las siente. Los sentidos, y la manera de obrar que tengan ellos, deben de ejercer grande influjo sobre el aspecto de las cosas percibidas. Al pasar por ellos, y al ser luego interpretados por el pensamiento del hombre, los espectáculos exteriores se modelan forzosamente según las maneras sensoriales y se tiñen con el matiz del pensamiento que las concibe. Y en cada una de las visiones, en cada uno de los paisajes y perspectivas, irá vibrando un destello del alma del autor, así sea exangüe, pobre y simple, ó potente y rico de esplendores. Chocano realiza su intento de poesía objetiva en cuanto pinta y cuenta galas de la zona tropical y sucesos que pasan entre gentes distantes, porque entonces pone muy poco de sí mismo (y esto no lo digo para su elogio) en la obra de arte; pero es frecuente el caso en que pretende desembozadamente hacer poesía subjetiva, manifestando movimientos ó impulsos de su ánimo.

Es bien curiosa la manera como este poeta «objetivo» vé las cosas. Diríase que su «criterio acerca de la poesía objetiva» le ha aconsejado infundir en las cosas inánimes una alma facticia, que sirva para explicar el papel de las mismas cosas en el concierto del mundo, ó ayude á ello. Por medio de imágenes muchas veces hermosas y agradables, procura animarlas y darles «calor y vida». Los Andes se le antojan un grupo de titanes sofocados y extrangulados por una enorme serpiente: las cataratas tienen manos que palmotean sobre las rocas como sobre carnes desnudas: la caña del maíz que ofrece en el extremo su rica mazorca de oro, es un brazo de ladrón cuya mano apuña un tesoro robado: los montes tienen las manos juntas como «en la actitud de una oración cristiana.» Podría multiplicar los ejemplos. Es acaso comprendiendo que aún así vestidas con esplendente atavío de metáforas, tales visiones no tienen una secreta

significación para el espíritu, ni encierran la chispa de luz ni la gota de esencia de la emoción, y se desvanecen y borran en nuestros ojos, á poco de vistas, sin penetrarnos profundamente, sin conmover una fibra recóndita de nuestro sér, por lo que Chocano se empeña en infundir una alma retórica á sus concepciones más *objetivas?* La poesía resbala sobre ellas cubriéndolas con una pompa brillante y efímera, que se extingue como un fuego fatuo, apenas encendido para apagarse en la sombra y en el silencio, ó amparándolas y glorificándolas con gracia innarcesible. En lo general la habilidad del señor Chocano para sorprender y aprovechar el lado y la esencia poética de las cosas es bastante feliz; y con todo eso, y con sus cualidades de alto poeta, ha dejado escapar muchos elementos fecundos, principalmente aquéllos que hubieran podido verter en el ánfora ampulosa y resonante de su poesía un vino de gracia y sensitiva delicadeza, un perfume de emoción íntima, de esa augusta y sencilla emoción que representa en arte mucho más que los subterfugios y artimañas más sutiles de cualquiera retórica. Donde más se notan estos defectos, ó llámense como se quiera, es cuando el señor Chocano canta sus canciones «á la manera yanki» (y no sé á ciencia cierta lo que quiere expresar con esto de manera yanki, aunque puede interpretarse de varios modos), canciones que resultan bastante fatigosas y vacías, como aquélla en que habla con Juan de Garay para contarle cuentos sin importancia, habiéndole podido decir algo de más jugo é interés, ó cuando toma posturas proféticas, á propósito del porvenir enigmático de nuestras Repúblicas. Prorrumpe en «palabras internacionales» que parecen inspiradas por la más cándida ingenuidad, como no lo sean por el más cordial disimulo.

*El país de Amazonas era el centro del mundo.....*

Vé el peligro que para nosotros representa el poderío de Yankilandia; pero contra «los sajones» cuenta con el auxilio, muy problemático en su eficacia, de los mosquitos, del paludismo y demás recursos de la patología tropical, aunque acepta en cierto modo «la penetración pacífica», para hablar en blandos términos diplomáticos, aunque él no emplea esta expresión en su libro. Sus amonestaciones y prédicas recomendando la paz y el trabajo, resultarían más elocuentes escritas en prosa corriente que no en alejandrinos cansados.

Las formas poéticas empleadas por Chocano tienen en manos suyas vigor, elocuencia, pompa. Su estilo es ruidoso, lleno de relámpagos, lleno de desigualdades bruscas. Puede juzgarse que su verso es muy espontáneo, que salta con precipitación, como de la roca el ímpetu del agua. Como el agua corriente, turbulenta y espumoso de las catarratas de América, sus versos corren, copiando en su seno la majestad de los bosques nativos, las altas montañas azules, el pájaro que atraviesa el aire como una flecha de colores disparada por un invisible guerrero aborigen. Lo copia todo; pero en su tumulto y rapidez, suelen las arrugas y hervores de la superficie deformar ó confundir el reflejo de las cosas. A sus procedimientos poéticos, deben sus versos en gran parte muchos de sus defectos más notorios. Las innovaciones ocurridas en la métrica española durante los últimos tiempos, no han influido más que superficialmente en la poesía del señor Chocano. No encontramos audaces modificaciones de los ritmos consagrados, ni novedades, que de seguro estima poco útiles á sus propósitos de poesía objetiva.

El mismo metro en que están escritos «Los caballos de los Conquistadores» y algunas otras poesías, no cobra en manos suyas tintas ó sonoridades nuevas. Y acaso á haber elegido este metro que requiere constancia y paciencia de versificación, se debe el mérito muy mediano de tales poesías, afeadas por repeticiones introducidas sin motivo ni discreción, como si fueran debidas á fatiga ó pavura de narrador anhelante. Compréndese que el peligro de las formas nuevas existe y aún más de lo que podemos suponer, para Chocano, recordando la belleza de muchos de sus sonetos, y la fluidez y elegancia de sus pareados alejandrinos en muchas ocasiones.

Chocano repudia todos los libros de poesía que aparecieron antes con su nombre. No me explico esta salida á lo Díaz Mirón. Parece, por lo tanto, que supone establecida definitivamente su orientación literaria, y que en su interior no está de acuerdo con sus tendencias anteriores. Por mi parte deseo que siga encaminándose hacia la perfección, ya que de algunos años á esta parte ha logrado mejorar y aquilatar sus dotes. *Alma América* me parece un libro de donde podrían entresacarse algunas composiciones de muy dudoso mérito, como quien separa las bellotas de las manzanas, para atildarlo y pulirlo. Nada perdería la obra con esta selección razonable. Y mucho mejor habría sido que el autor se hubiera afanado con ahinco y amor, en desbastar ó suavizar algún relieve rudo, alguna aspereza bruta, que se ostentan aquí y allá, en muy bellas poesías, afeándolas...

***

—Américo Lugo ha publicado en Santo Domingo sus *Ensayos dramáticos*. Es un opúsculo que contiene un drama muy corto y tres monólogos, escritos con elegancia. Acaso se dirá que *El Avaro* es truculento de sobra, que en los monólogos hay pasajes que podrían podarse. Tal vez; pero en todo caso, hay en ellos mucho de amable, sobre todo la ironía bondadosa, delicada y risueña, de que están impregnadas estas cortas piezas. Dice el autor que «su penacho empieza á confundirse con las espigas maduras»; aun así, sabe inclinarse á recoger las lindas y sangrientas amapolas que prosperan bajo el oro maduro de la mies, entre las hierbas mojadas por el rocío...

***

—Max. Henriquez Ureña publica en un folleto, (Habana) la conferencia sobre Whistler y Rodin, que leyó en la Academia de dibujo y pintura *El Salvador*. Si este folleto certifica la cultura y amor á las bellas artes del joven escritor, viene también á comprobar el adelanto artístico del público cubano. Pues sé de alguna capital americana en donde no sería tolerado en absoluto que nadie hablara en público de Rodin, y mucho menos de Whistler, porque esos son negocios que á nadie interesan en la dichosa capital...

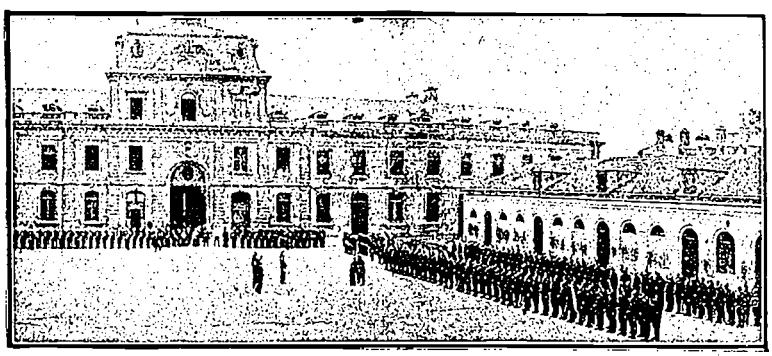
JESÚS SEMPRÚM.

## EL EPÍLOGO DEL ASUNTO DREYFUS

"El asunto Dreyfus duró diez años, como la guerra de Troya, que fué también una guerra de raza," decía Drumont hace poco en la *Libre Parole*. En 1894 Dreyfus compareció ante un consejo de guerra, acusado de traición: fue degradado y confinado en la isla del Diablo. En 1898 el *j'accuse* de Emilio Zolá movió escándalo; en 1899 se obtuvo la revisión del proceso, que verificó el Consejo de Guerra de Rennes. En 1906 se logra la segunda revisión y Dreyfus es proclamado inocente. Este proceso que agitó á la Francia por tanto tiempo, dividiendo la opinión y promoviendo disturbios y escándalos numerosos, acaba de ser definitivamente sellado con la rehabilitación, ascenso y condecoración de Dreyfus. Promovido á jefe de escuadrón y nombrado Caballero de la Legión de Honor, termina, después de infinitas vicisitudes y agitaciones, la desgracia del asendereado militar. Presentamos á nuestros lectores algunas fotografías, que representan el último acto de esta larga tragedia, que se acaba por fortuna sin horrores, aunque por ellos empezó. Cerca del sitio en donde sufrió la terrible prueba de la degradación, Alfredo Dreyfus recibió de manos de un Jefe del ejército la condecoración con que el gobierno le indemniza de sus años de infortunio, ante las tropas. La presencia de la mujer y del hijo del oficial rehabilitado, contribuyó á solemnizar y hacer conmovedora la ceremonia. Y así terminó esta moderna guerra de Ilión...

El Gral. Gillain condecorando con la Legión de Honor al Comdte. Dreyfus

Después de la ceremonia: El Comdte. Dreyfus abrazando á su esposa



Frente á las tropas: El Gral. Gillain dando la "accolade" al comandante Dreyfus

Señor D. Joaquín Ruiz de Gamboa. Encargado de Negocios de Chile y Señora Doña Estela Ferreira de Ruiz de Gamboa

SEÑORES RUIZ DE GAMBOA

No hace muchos días que los diarios se hicieron eco de los sentimientos de nuestra sociedad, para enviar la más afable bienvenida, á su arribo á nuestro país, al honorable señor don Joaquín Ruiz de Gamboa, Encargado de Negocios de Chile, y á su distinguida y bella esposa, la señora Doña Estela Ferreira de Ruiz de Gamboa.

De nuevo tenemos que traer á esta página una nota relativa á los honorables huéspedes; nota encaminada á trasmitirles el voto de nuestras simpatías, con motivo de las desdichas que afligen en estos momentos á la patria chilena.

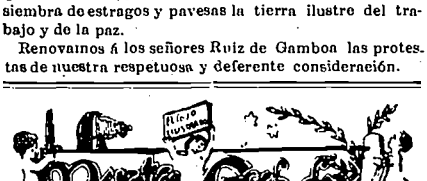
Esas desdichas han venido á suscitar todos los sentimientos de afecto y de admiración que los hispanoamericanos hemos tenido para con la república que entre nosotros representa hoy el señor Ruiz de Gamboa. Chile ha sido digna de esos sentimientos, ganados con la historia de sus esfuerzos por constituirse en nación próspera, laboriosa y circunspecta.

Las artes redentoras y magníficas de la paz han tenido en aquella tierra americana una constante y enérgica consagración, de parte de sus hijos. Hombres fuertes y tenaces han trazado, á la orilla del mar Pacífico, un largo cordón rumorante de nobles afanes sin flaquezas. Los tributos del comercio rinden sus copias en aquella playa hasta ayer risueña y feliz. Las industrias cantan un himno orgulloso por los ruedos de aquel mar. Y el progreso ha ido trepando incansable y reposadamente los flancos más empinados de la cordillera americana, hasta enfrentarse al inaccesible Aconcagua.....

Chile ha sido una patria de orgullo y de gloria para sus hijos; era una patria de esperanzas para los hijos del trabajo y del esfuerzo. Lentamente cobraban vigor aquellos en las disciplinas de la civilización y se reponían todos los daños de los fracasos, al amparo de aquel país de promesas ubérrimas.

La naturaleza, domada titánicamente por aquella raza en la cual palpitan todavía las energías del recio araucano, se rebela espantosamente contra sus infatigables dominadores; y en una convulsión siniestra, que ha tenido la rotundidad y la violencia de lo acaso, intenta sacudir de sobre sí el yugo de aquellas conquistas eximias, y en la ruptura de todos los vínculos, siembra de estragos y pavesas la tierra ilustre del trabajo y de la paz.

Renovamos á los señores Ruiz de Gamboa las protestas de nuestra respetuosa y deferente consideración.




**Después de la victoria**

El estatuario Allouard simboliza la victoria en una gallarda figura de mujer, cuya diestra blande heroicamente la tizona, como emblema de incontrastable poderío.

Su noble gesto evoca el campo de batalla sobre el cual ondeó la bandera que condujo las huestes al triunfo, mientras el grito de las víctimas se mezclaba á las notas de los épicos clarines que preludiaban una fanfarria marcial.

Cuántas ideas filosóficas despierta la sola contemplación de la alegórica escultura, á la cual debe el artista su puesto eximio entre los más afamados maestros contemporáneos.

La victoria! Cuántas lágrimas y cuánta sangre han corrido para alcanzarla y hacer que luzca en ese hermoso rostro de mujer la austeridad de la vindicta Palas.

**Una copla intencionada**

En la patria de los Nibelungos, donde florecen los tilos y se oye la canción melancólica de Loreley, se desarrolla la escena que da asunto al interesante cuadro.

En medio del bullicioso corrillo surge volando una copla picaresca, como un insecto de sutil aguijón y alas ligeras y zumbonas.

Es amor quien pone hielos en esas coplas que la musa popular neoge, para murmurarlas á la novia ingrata que cierra el pecho á la súplica rendida.

**Madrid**

Las vistas que insertamos en el presente número se refieren á la ciudad del Oso y del Madroño, á la real villa que Gautier y d'Amicis describieron con pintorescas y magistrales pinceladas.

La Iglesia de Calatrava y la Calle de Alcalá y el Puente de Toledo, con cuyas fotografías ilustramos esta edición, dicen de la grandeza del Madrid moderno, ese esplendoroso y poético Madrid que tan dulcemente hizo vibrar el romántico laúd del gran Musset:

Ciudad hermosa de las verbenas,
de los romances de amantes penas,
de las tapadas, los galanteos,
¡cuántos piés blancos como jazmines,
huellan las flores de tus jardines,
alzan el polvo de tus paseos!

**París**

En la grandiosa Exposición de 1900 se inauguró en París el Puente Alejandro III, con el cual quisieron honrar los franceses el nombre ilustre de este monarca moscovita.

De la magnificencia de la construcción y de la elegancia arquitectural, da idea exacta nuestro fotograbado.

**La muerte de Babilonia**

La inmensa ciudad prostituida sobre la que cayó la maldición bíblica ha sido al fin vencida por la muerte.

Donde ayer resonó la algazara de los festines y se cubrió de rosas el placer y entonó el amor divino epitalamio, hoy se contempla con honda melancolía la total ruina de tanta grandeza que asombró al mundo antiguo con portentosas maravillas.

**El caballero entre las flores**

En el jardín opulento, embalsamado por hálito primaveral, un coro de vírgenes ofrenda al Caballero las primicias del huerto: azucenas eucarísticas, lirios azules, rosas de púrpura, románticas crisantemas, y cuantas flores esmaltó con sus perlas el rocío y cubrió con sus besos el rubio sol.

Este símbolo de amor y juventud hace pensar cómo la vida es bella cuando las mujeres y las flores la engalanan con sus perfumes y sonrisas.

**Paisajes venezolanos**

Engalanamos nuestras páginas con varias vistas fotográficas de la histórica Zaraza, la ciudad llanera que tanto contribuyó con el sacrificio de sus héroes y sus incalculables riquezas á la emancipación americana.

Su recuerdo legendario está escrito con páginas de luz en nuestra epopeya y en sus hijos no se sabe qué admirar más, si el valor indomable ó la laboriosidad tesonera.

Con el título de *Paisajes Venezolanos* aparecen en este número las siguientes reproducciones: Río Unare: Paso de las canoas.— Río Unare.— Campo de Zaraza: grupo de campesinos.

Todas estas fotografías son trabajos de nuestro colaborador el artista fotógrafo señor Henrique Avril.

**La familia real de Italia**

El rey Víctor Manuel ha adquirido gran prestigio, gracias á su amor á la libertad y á la tolerancia, virtudes que realzan su simpática personalidad.

El pueblo italiano se hace lenguas de la caridad cristiana de la dulce reina Elena, quien acude solícita allí donde hay una lágrima que enjugar y un infortunio que socorrer.

Los herederos del trono se han educado en tan austeras prácticas, y es por eso por lo que aquella nación les profesa inmenso cariño y funda halagüeñas esperanzas en el porvenir de la dinastía reinante.

Nuestro grabado es copia de una de las últimas fotografías de la real familia.

**Patriotas jóvenes**

En la atmósfera salitrosa, poblada con rumores del vasto mar, esplende el iris, emblema de amor entrañable, de santo amor patrio. Manos pequeñitas y frágiles azuzan en el noble esfuerzo al viejo lobo marino, manos delicadas y jóvenes en quienes está como simbolizado el afecto puro, siempre vivo, hacia la patria.

## Sueltos Editoriales

**«Los civilizados»**

Pocas obras literarias han llamado tanto la atención del público literario como *Los civilizados*. La Academia de los Goncourt le concedió en su último certamen el premio de 5.000 francos asignado á la mejor obra literaria de las presentadas á su examen.

El autor, Claude Farrère, distinguido oficial de la marina francesa y brillante émulo de Pierre Loti, ha trazado en las páginas de esta obra el cuadro más verídico de la vida colonial en el Extremo Oriente, cuadro en que, por cierto, no salen muy bien librados los modernos civilizadores que suelen llevar á la administración colonial lo más corrompido y menos valioso de la civilización occidental.

El autor ha descrito con colores vivos, el cuadro de la vida en aquellas regiones. Puede decirse que su obra representa la lucha del ideal de ciertos *civilizados*, libres de toda preocupación y de todo freno moral, con la vida sana, moral y fecunda de los que guardan en su corazón el culto del honor, del hogar y de la patria.

Damos las gracias por el ejemplar que nos ha sido enviado.

**Biblioteca Sociológica Internacional**

La «Biblioteca Sociológica Internacional», que publican en Barcelona los editores Henrich y Ca, ha impreso recientemente la obra de José Antich, titulada *Egoísmo y Altruismo*.

Este libro es un estudio serio y profundo de la dinámica del sentimiento. En él se analiza cuáles son los móviles de la acción humana y en qué grado intervienen el deseo egoísta y la expansión altruista en el modo de ser del hombre en el seno de la sociedad. En esta obra expresa Antich sus ideas con absoluta sinceridad y con valentía. El estilo que emplea es transparente; la frase es siempre armoniosa y justa.

Dámos las gracias por el envío.

**"Recepciones de hombres notables"**

Nuestro amigo el infatigable compilador señor general Manuel Landaeta Rosales, ha tenido la amabilidad de obsequiarnos con su último trabajo, que contiene la reseña y descripción de «las recepciones notables hechas en Caracas á hombres públicos de Venezuela, desde 1810 hasta 1906.» Como todos los trabajos del autor, revela éste sus dotes de idónea y patriótica acuciosidad.

Dámosle las gracias por el envío del folleto.

**"Religión y patria"**

El señor Juan Bautista Lameda ha coleccionado en un pequeño volumen algunos artículos patrióticos y religiosos, llenos de sana doctrina y de intención laudable.

Con atenta dedicatoria hemos recibido un ejemplar de este libro, cuyo obsequio sabemos agradecer.

**Notas de duelo**

Señorita Isabel Smith Vera.

Nos condolemos con la familia de la señorita Isabel Smith Vera, arrebatada á la existencia y al afecto de los suyos en hora desgraciada.

Señora María Stürup de Stürup.

Ha fallecido en esta ciudad la honorable señora María Stürup de Stürup, que se distinguió en el seno de nuestra sociedad por sus excelentes virtudes. Enviamos la sincera expresión de nuestro pésame á sus deudos.

Señorita Luisa Amelia Lizarraga.

Reposa en el seno del sepulcro la que fué en vida la señorita Luisa Amelia Lizarraga. Acompañamos á sus deudos en la pena que los aflige por este doloroso suceso.

## ÚLTIMA HORA

León Paz Guerra

A la hora de entrar en prensa los últimos pliegos de nuestra Revista nos sorprende una noticia inesperada y dolorosa. Nuestro querido amigo y colega el señor León Paz Guerra falleció de una manera trágica el día 28 de los corrientes.

La desaparición del señor Paz Guerra resta á la sociedad venezolana un elemento valioso, joven y sano, dotado de las excelencias del talento, de óptimas prendas morales y de voluntad firme y hondadosa en la contienda y en el dolor de la vida.

Periodista de nota, dirigía en su ciudad natal de Valencia el diario *El Cronista;* en las esferas de la actividad política alcanzó elevados cargos, que siempre supo desempeñar con idoneidad y pulcritud; y sus aptitudes y su esfuerzo estuvieron siempre al servicio de la obra del bien con una constancia meritoria, generoso timbre suyo que le granjeó aprecio y estimación en todos los medios en que se agitó su existencia.

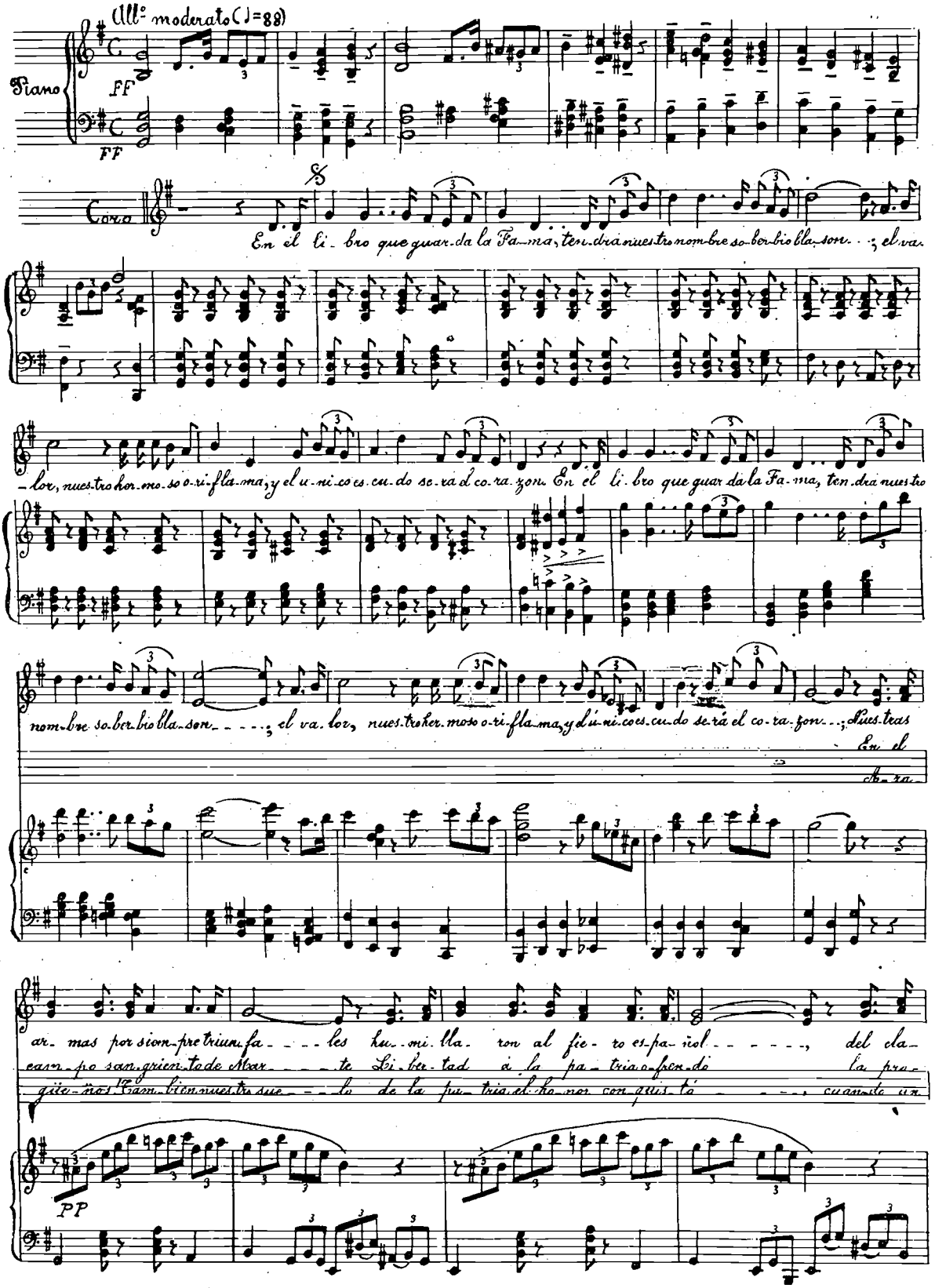
En el próximo número de El Cojo Ilustrado publicaremos el retrato del malogrado periodista, acompañado de unas líneas del señor Rafael Silva, quien fué su amigo y su compañero de labores en la prensa.

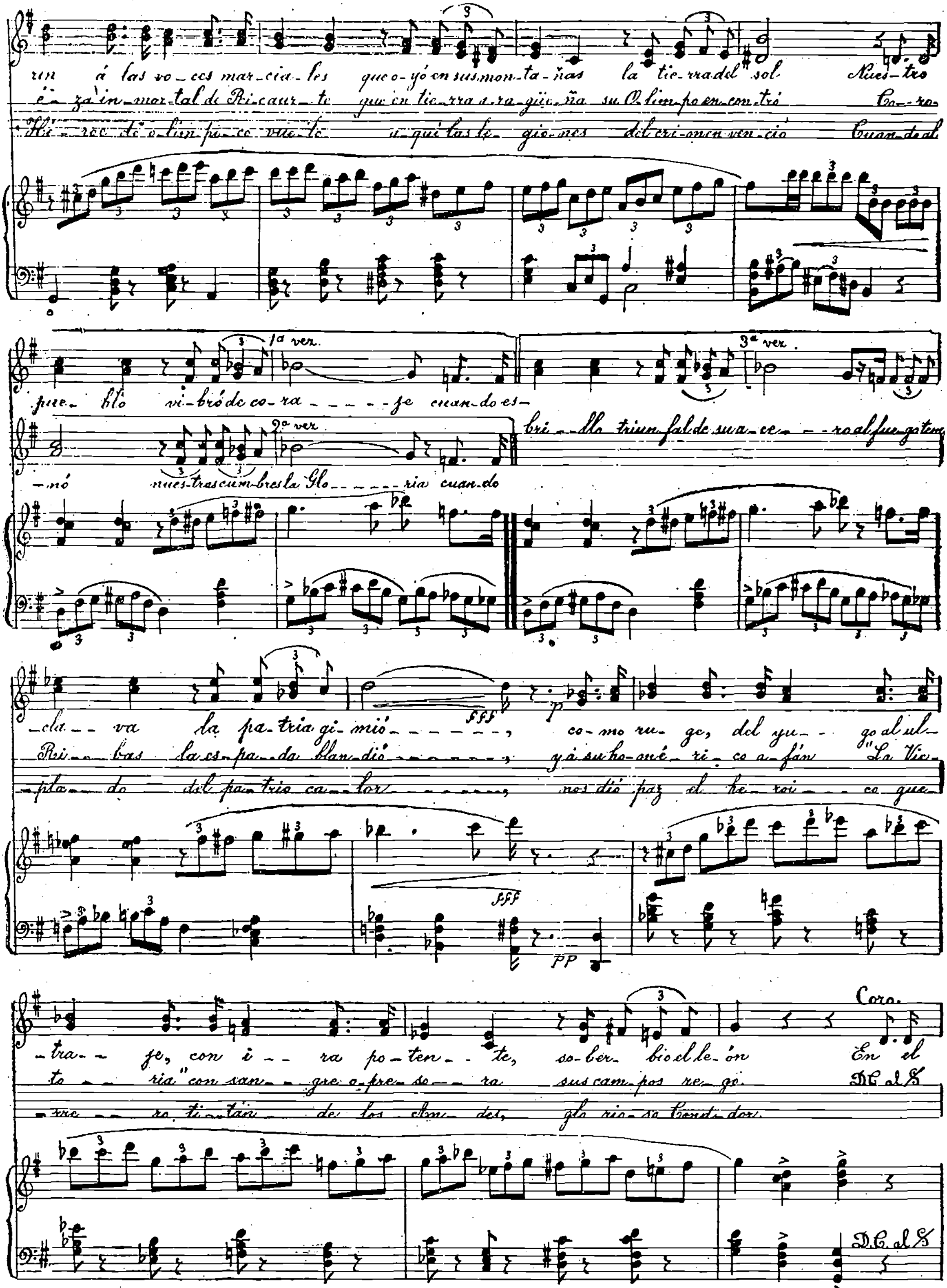
Enviamos á la atribulada familia del amigo muerto la sincera y sentida manifestación de nuestro pésame.

# HIMNO ARAGUEÑO

(Letra de Ramón F. Bastida.)

M. M. BETANCOURT.




un á las vo-ces mar-cia-les que o-yó en sus mon-ta-ñas la tie-rra del sol Nues-tro
Hé-roe de o-lim-pi-co vue-lo a-quí las le-gio-nes del cri-men ven-ció Cuan-do al
1a ver.
pue-blo vi-bró de co-ra-je cuan-do es-
2a ver.
-nó nues-tras cum-bres la Glo-ria cuan-do
3a ver.
-cla-va la pa-tria gi-mió, co-mo ru-ge, del yu-go al ul-
Ri-bas la es-pa-da blan-dió y á su he-roi-co a-fán "La Vic-
-tra-je, con i-ra po-ten-te, so-ber-bio el le-ón
to-ria" con san-gre o-pre-so-ra sus cam-pos re-gó.
Coro.
En el
D.C. al S
fff
p
pp

## SECCION RECREATIVA

### Edison pulverizando montañas

La fecunda imaginación del gran Edison no se ha circunscrito al campo de la electricidad, como muchos lo creen, aun cuando los inventos que ha realizado para el aprovechamiento de esta forma de la energía, constituyen un timbre de gloria suficiente para conquistarle una celebridad imperecedera. Hay pocas ramas de la mecánica, en la acepción más general de esta palabra, que no hayan sufrido el impulso progresista del genial inventor, cuyos descubrimientos han sido sugeridos en muchísimos casos por hechos ó circunstancias insignificantes al parecer, pero que para Edison han sido suficientes para plantear un problema, lo cual casi implica su resolución, dada la extraordinaria organización de su cerebro excepcional.

Es lo que ha pasado con la metalurgia del hierro. Una circunstancia insignificante, la de haber observado durante uno de sus paseos á la orilla del mar, una cantidad de arena negra, bastó para revolucionar por intermedio de Edison, los principios y procedimientos aceptados en una de las industrias más antiguas, la de la metalurgia del hierro, y echar los cimientos de una de las más colosales empresas industriales del mundo.

Como llamara la atención de Mr. Edison esta coloración anormal de la arena, llevó una muestra á su laboratorio para hacer su análisis, el que probó que la coloración negra se debía á la presencia de un óxido magnético de hierro.

Se le ocurrió á Edison que podía aprovechar la condición de ser magnético este mineral, explotar el banco de arena de donde había sacado la muestra, separando el mineral de la arena por medio de poderosos electroimanes. Sus primeros ensayos dieron resultados satisfactorios, y empleó un contratista para explotar su banco de arena. Desgraciadamente, ó más bien felizmente, teniendo en cuenta los hechos posteriores, sobrevino al poco tiempo de estar terminada la instalación, una gran tormenta, que no sólo destrozó á ésta por completo, sino que se llevó integro el banco de arena.

Pero no por esto desmayó Edison. Había vislumbrado la posibilidad de salvar la industria metalúrgica de los Estados del Este, que iba declinando rápidamente, debido á la pobreza del mineral, que contenía una cantidad de hierro insuficiente para permitir su tratamiento por los métodos de que entonces se disponía. Muy pronto formuló su plan de acción.

ESTE ALMACEN

ESTÁ SURTIDO SIEMPRE, EN PROFUSIÓN,

DE LOS ARTICULOS MAS MODERNOS DE SUS RAMOS

PUDIÉNDOLOS OFRECER

MÁS BARATOS QUE

CUALQUIERA OTRA CASA

BOLSA A MERCADERES

NUMERO 36

– Teléfono Número 686 –

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO

GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU

El mejor y más económico Ferruginoso.

CLIN Y COMAR – PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 612

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fcia G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS MOUSSETTE

*Neuralgias*
*Jaqueca*
*Ciática.*

CLIN y COMAR – PARIS
En todas las Farmacias.
607

# EMULSIÓN DE SCOTT

UN ALIMENTO CONCENTRADO.

EL MEJOR PARA LAS MADRES QUE CRIAN.

INDISPENSABLE PARA LA BUENA NUTRICIÓN Y DESARROLLO DE LAS CRIATURAS.

NUTRE, FORTALECE, Y ENGORDA.

LA ÚNICA EMULSIÓN RECOMENDADA POR TODOS LOS MÉDICOS

PARA NIÑOS Y ADULTOS.

"Los magníficos resultados que diariamente obtengo en mi práctica con el uso de la Emulsión de Scott Legítima me hacen recomendarla como superior á todas las otras emulsiones."

Habana, Cuba. DR. ENRIQUE PERDOMO.

## PRECAUCIÓN.

Todo frasco de emulsión de aceite de hígado de bacalao que no lleve adherida en la cubierta nuestra marca de fábrica representada por el "hombre llevando un gran bacalao á cuestas," debe considerarse como una imitación inferior, mal preparada, hecha de ingredientes baratos, que solo beneficia al comerciante que la vende.

SCOTT & BOWNE, QUÍMICOS, NUEVA YORK.

— A —


Empezó utilizando el poder de atracción de ese mineral sobre la aguja imantada para hacer una exploración en gran escala por las regiones del Este de los Estados Unidos de Norte América. Para esto proveyó de agujas imanadas, especialmente dispuestas, á un verdadero ejército de ayudantes que debían anotar con cuidado todas las indicaciones de depósitos invisibles del mineral.

Esta exploración dió como resultado el hallazgo de inmensos depósitos de mineral, invisibles por supuesto, pues su presencia estaba indicada únicamente por la aguja imanada.

Ayudado por un sindicato, adquirió una extensión de unas 6.000 hectáreas, en las cuales calculaba que existía mineral suficiente para proveer de hierro durante 70 años á los Estados Unidos, aun tomando en cuenta la exportación.

Pero con el mero hecho de hallar los yacimientos de mineral, no estaba resuelto el problema de la explotación. El mineral se hallaba en forma de vetas en las rocas del suelo, las que era necesario pulverizar para poder utilizar su separador magnético. No quería recurrir al empleo de la dinamita porque lo conceptuaba demasiado costoso, lo admitía únicamente para el desmembramiento de la roca en grandes bloques de 5 6 6 toneladas de peso.

Como la maquinaria que se empleaba hasta entonces no permitía el manejo de estos grandes bloques, tuvo que idear y construir toda una serie de máquinas: grúas, excavadoras monstruosas, machacadoras enormes, etc.

Bien pronto empezó á crecer en la soledad de las montañas una nueva ciudad que fué bautizada con el nombre de su fundador. Edison City se convirtió en un centro de actividad febril.

De trecho en trecho había instalado á los costados de las líneas férreas, excavadoras enormes á vapor de más de 100 toneladas de peso, que daban un rendimiento de 4 6 5 toneladas por minuto.

Para separar el mineral de la arena, se deja caer el polvo por canaletas verticales, donde los separadores magnéticos, que constituyen la base del procedimiento, desvían hacia un lado las partículas del mineral que se va acumulando en depósitos inmensos completamente libre de arena.

Ya en este estado, no queda más que mezclarlo con una substancia aglutinante para poder darle forma de ladrillos exigida para la alimentación de los altos hornos.

La arena separada se lleva fuera del depósito de mineral, por medio de cintas sin fin, y forma verdaderas montañas.


Jarabe de Digital de LABELONYE
Empleado con el mejor éxito.
contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.*
AMPOLLAS ESTERILIZADAS
para *Inyecciones Hipodérmicas*
Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.
LABELONYE y Cia, 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
*El remedio más eficaz para curar* las ENFERMEDADES DEL PECHO, las TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS, las BRONQUÍTIS CRÓNICAS
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Data de 1849 — PUREZA DEL CUTIS — Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
Casa CANDÈS — B.dSt-Denis, 16

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
*Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.*
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

**PATE EPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

## Vanidad de mujer

—

[POR GUY DE MAUPASSANT]

Un día que visitaba yo un manicomio, el médico que me acompañaba me dijo:

—Te voy á enseñar una celda donde una mujer de unos cuarenta años, aún bella, sentada en un sillón, se contempla obstinadamente el rostro en un espejillo de mano.

Desde que nos vió, se levantó, corrió al fondo de la habitación á buscar un velo que había sobre una silla, se envolvió la cara con gran cuidado y volvió después á sentarse, contestando con una inclinación de cabeza á nuestros saludos.

—¿Cómo estamos hoy? le preguntó el doctor.

La mujer lanzó un profundo suspiro y contestó:

—Oh, mal, muy mal. Las señales de las viruelas se agrandan más cada día.

—No veo nada, replicó el doctor. Le aseguro á usted que se equivoca.

Acercóse entonces la loca para murmurar casi en el oído del médico:

—Nó, estoy cierta. He contado diez agujeros en la mejilla derecha, cuatro en la izquierda y cuatro en la frente.

¡Es horrible! ¡horrible!

¡Ya no me podrá ver nadie, ni mi hijo!

Estoy perdida... y desfigurada para siempre!

Levantóse el médico, y saludándola, salimos de su celda.

—Ahora escucha, me dijo, la historia de esta desgraciada:

Es viuda. Fué muy bella, muy coqueta, muy amada. Era una de esas mujeres para quienes el deseo de agradar constituye la aspiración de su vida.

Tenía un hijo, el cual cayó un día en cama con viruelas.

Apenas lo supo su madre, empezó para aquella mujer, consagrada exclusivamente al cuidado de su hermosura, una batalla espantosa.

Desde muy lejos preguntaba á la mujer que cuidaba á su hijo, de la buena salud de éste.

La mujer contestó una vez:

—Muy mal. Quiere ver á usted.

—¡Oh! nó; eso nó, respondió ella. Y salió corriendo.

Tomó todo género de precauciones.

Fué á casa de un farmacéutico y se surtió de todo género de desinfectantes.

Un día, por fin, el médico le dijo:

—Aunque sea por la ventana. A las dos de la tarde abro las puertas de los cristales.

Consintió en ello la madre, la cual se abrigó la cabeza, tomó un bote de sales, dió tres pasos á la ventana, y ocultando la cara entre las manos, exclamó:

—Nó,... no me atreveré á verlo jamás. Me muero de miedo.

El moribundo esperó largo rato con los ojos vueltos hacia la ventana, para ver por última vez el rostro sagrado de su madre; pero aguardó en vano.

Llegó la noche, y entonces, volviéndose hacia la pared, perdió para siempre el uso de la palabra.

Cuando amaneció, había muerto. Al día siguiente su madre estaba loca.

**J. M. HERRERA IRIGOYEN & Ca.,**

EDITORES PROPIETARIOS DE "EL COJO ILUSTRADO",

OFRECEN EN VENTA LA OBRA

**"Colón y su descubrimiento; el Nuevo Mundo ó la Gran Colombia",**

POR D. FELIX E. BIGOTTE;

edición de lujo; 3 volúmenes en 4º; papel vitela, grabados en colores, con dos *fac-símiles* cartas de Colón,

**A Bs. 24, LA OBRA A LA RUSTICA**

DEPÓSITO GENERAL EN CARACAS

Las órdenes del Interior de la República, deben venir acompañadas de Bs. 4 más, para el franqueo.

El importe debe remitirse en estampillas de correo ó en letra de fácil cobro.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

**RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS**

*Exíjanse el Nombre* *el Sello de Garantía*

**PÍLDORAS de BLANCARD**

*al Ioduro de Hierro inalterable.*

*y la Dirección* *40, Rue Bonaparte, PARIS*

**COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE**

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

**F. COMAR & FILS**
PARIS

**VINO NOURRY**

**YODOTÁNICO**

á la vez

*Depurativo y Fortificante.*

**DEBILIDAD GENERAL**
**ANEMIA**
**LINFATISMO**
**ENFERMEDADES del PECHO**

*El* **VINO NOURRY** *reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.*

**Excita el apetito** *y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las* **Mujeres** *(colores pálidos, épocas dolorosas) y de los* **Niños** *(escrófulas, usagres, etc.*

*SE VENDE*

EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

612

MANUAL DE LITERATURA

POR DON FELIPE TEJERA

TERCERA EDICION

Reformada, aumentada y corregida

*Texto Oficial en la Universidad Central y en muchos Colegios de la República*

CONSTA DE CUATRO TRATADOS QUE SON:

1º Tratado de Ortología.—2º Tratado de Retórica.—3º Tratado de Métrica; y 4º Tratado de Poética; y de un *Apéndice* que contiene un *Diccionario de Galicismos* y voces superfluas notablemente aumentado

A la venta en la

**Empresa "El Cojo" á B 5 el ejemplar**

**Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.**

Además de ser el único curativo radical del estómago y del intestino, el **Digestivo Mojarrieta** purifica los alimentos y los hace asimilables. Está universalmente confirmada la superioridad del **Digestivo Mojarrieta** y millares de testimonios verdaderamente honorables demuestran que éste es el único medicamento que cura en un día las Indigestiones, en un mes las Dispepsias ó Gastralgias y en tres meses las más graves enfermedades crónicas del estómago y del intestino.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Cª**, Caracas y en las principales Droguerías de Europa y América.

ULTIMO LIBRO DE

AMADO NERVO

**"ALMAS QUE PASAN"**

(Cuentos en prosa)

**De venta en la**

**Empresa "El Cojo"**

Precio para Caracas..... Bs. 4, Ejemplar

" " el Interior..... " 4,25 "

## La cinematografía en los movimientos atmosféricos

M. Mascard ha presentado á la Academia de Ciencias de París una interesante comunicación sobre la aplicación del cinematógrafo al registro de las variaciones atmosféricas.

La original idea de esta nueva aplicación se debe á M. Garrigon–Lagrange. Las primeras cartas películas construidas abarcan todo el hemisferio boreal, aplicándose á los movimientos deducidos de los medios barométricos.

Posteriormente ha seguido por este medio los movimientos barométricos reales en una región limitada, valiéndose de las cartas diarias publicadas por los diversos observatorios meteorológicos. De este modo ha reconstituido sobre bandas cinematográficas las trasformaciones del invierno de 1902–1903, sirviéndose de cartas meteorológicas publicadas por los diversos observatorios franceses, rusos y portugueses que, combinadas, permiten abrazar la extensa superficie comprendida entre las Azores y el mar Caspio.

De las explicaciones dadas á la Academia resulta que M. Garrigon–Lagrange ha demostrado que el examen de estas cartas manifiesta claramente que no hay en realidad más que dos movimientos generales que arrastran toda la atmósfera. Los movimientos de los aires de alta presión, particularmente del máximum de las Azores y del Asia, tienen por efecto la determinación de un régimen de alta ó baja presión en un territorio marcado que influye notablemente en su temperatura y demás elementos.

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable ó indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
**Phosphadine Fullié**
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
**para todas las edades de la vida**

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

**Alimentación natural de los niños**
**Nutrición de los convalecientes**
**En el raquitismo y en la anemia**
**Embarazos y dentición**
**En las diarreas y afecciones intestinales**

**Precio en toda Venezuela:**
**Pote grande Bs. 2,50**
**Id pequeño " 1,50**

**PHOSPHADINE FULLIE** **es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos**
**De venta en los principales establecimientos de la República**


## El Reloj de Sol del Palacio Real de París

Dicho reloj sustituye el antiguo cañón de aquel palacio, con cuya detonación se anunciaba al vecindario el paso del sol por el meridiano. La detonación se hacía por medio de una lente que concentraba los rayos solares sobre el punto de hacer fuego. Para evitar los cambios se emplea un mecanismo eléctrico que sustituye el cañón, y que efectúa automáticamente la inclinación de la lente del reloj y la corrección de la ecuación del tiempo.


**Puésto prominente.**—Se lo asigna á la Emulsión de Scott el Doctor Víctor Manuel Rada, de Puerto Cabello, en el siguiente oportuno certificado:

Doctor Víctor Manuel Rada, médico cirujano de la Universidad Central de Venezuela, certifico: que con frecuencia he ocurrido á la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, como un excente preparado para combatir la astenia producida por la diatesis escrofulosa, y como un adyudante eficaz en el tratamiento de las enfermedades bronco pulmonares.

Así no vacilo en recomendar este precioso agente medicamentoso, que ya ocupa puésto prominente en la terapéutica.


## Desaparición de lagos

Desde hace algún tiempo viene observándose que en algunas regiones del Asia central, y aun en tal cual territorio de Europa van desapareciendo lagos que existían desde la más remota antigüedad.

El mismo fenómeno se está produciendo, en mayor escala y con mayor rapidez, en el centro de Africa.

El lago Shirwa, descubierto por Livingstone en 1859, se hallaba situado al Sudeste del lago Nyassa, y medía 48 kilómetros de largo por 20 ó 25 de ancho. Hoy sólo quedan de él algunos charcos pequeños.

El lago Ngami, también descubierto por el mismo explorador y también de proporciones semejantes al Shirwa, ha desaparecido sin dejar la menor huella.

Hasta la fecha, los geólogos no han hallado explicación satisfactoria á estas desapariciones.


**E. CHELLINI**
(CARACAS)
Fábrica de Mosaicos, Ornamentación y Piedras Artificiales
**14 AÑOS DE ÉXITO**
ES LA MEJOR RECOMENDACIÓN
RESPONSABILIDAD EN TODOS SUS TRABAJOS
Colores firmes é imborrables en sus Mosaicos

Está la Fábrica abierta todos los días de 7 a. m. á 6 p. m.
Puede visitarla todo el que guste ver cómo se construyen los diferentes artículos que se fabrican
**Siempre hay en depósito de 3 á 4.000 metros de mosaico**
Dirección: Avenida del Paraíso, al lado de la
**Plaza de la República**
Teléfono Nº 2.181.
Apartado de Correo Nº 81.
NO TIENE SUCURSALES
Toda orden será atendida inmediatamente

**HIERRO QUEVENNE** Cura: **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**
*Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS.*— El mas activo y economico, el único Hierro INALTERABLE en los países cálidos
Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS".—14, R. des Beaux-Arts, Paris

EXIJAN Vds. que cada PILDORA BLANCA lleve las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.
Las **PILDORAS** Purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman **al comer.**
Régimen Regimen. No mas Dieta. Las menos COSTOSAS puesto que son las mas activas.

Modelos del frasco de las verdaderas
**PILDORAS PURGATIVAS DEL Dr GUILLIÉ**

Estas Píldoras con base de extracto de Elixir tónico antifiebático del Dr GUILLIÉ son empleadas con éxito como *Purgativo* y *depurativo* y en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazon, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas y Perniciosas, la Grippe ó Influenza y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.
Dr Paul GAGE hijo, Farmº de 1ª Clase
9, rue de Grenelle-St-Germain, Paris
**Y EN TODAS LAS FARMACIAS.**


## La lluvia artificial producida por un automóvil

Mr. Boreux, ingeniero municipal de París, inventó el año de 1903 una curiosa máquina eléctrica para producir en el verano, durante los días de gran sequía y muchos polvos, una lluvia bienhechora en las calles de París.

Dicha máquina cuesta 18.000 bolívares ó sean 4.500 pesos; es un automóvil para recorrer las grandes vías con una velocidad de 15 kilómetros por hora esparciendo por ellas la llovizna refrigerante.

Del resultado de los primeros ensayos depende la construcción de otras máquinas semejantes por cuenta de aquel municipio, para producir en todo París la lluvia á voluntad.

## Momias de abejas

En la Exposición Internacional de Agricultura que tuvo lugar en Viena (Austria) desde el 4 al 25 de abril último, fueron muy admirados, en el departamento reservado á la apicultura, ejemplares perfectamente conservados de abejas momificadas, encontradas el año último en los sarcófagos del alto Egipto.

Según las inscripciones, esas minúsculas momias—seguramente las más pequeñas momias del mundo—deben de tener por lo menos 6.000 años de existencia. ¿Por qué procedimientos los naturalistas de aquella época pudieron asegurar la conservación *in æternum* de esos pequeños insectos? Es un secreto que parece se llevaron consigo.

# "EL COJO ILUSTRADO"

Revista Literaria Ilustrada

CARACAS—VENEZUELA

Aviso para el exterior:
(América del Sur,
América del Norte
y Europa)


Las personas del Exterior que deseen suscribirse á EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscrición POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza á su favor en la moneda correspondiente.

En París: Francos 48
L. Theodor Ravelo —15 Rue de Trévise.

En Barcelona de España—Pesetas 48
J. Puig Corvé — Paseo de Gracia 69

Hamburgo — Marcos 38,70.
Wolfers & Pontt.—Fischmarkt 11.

New York — Fts. oro 9.23
De Sola Bros. & Pardo. — 130. - Pearl Street.


# BAÑOS HIDROTERAPICOS

## FRENTE A LA ESTACION DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA

**La Hidroterapia** cura: *La Dispepsia*, y todas las enfermedades del tubo digestivo: Frialdad habitual de las extremidades. Detenciones del desarrollo. Perturbaciones de la *menstruación; La anemia crónica* del cerebro. *Impotencia, Neurastenia, Histeria. Dolores* habituales de cabeza; las enfermedades del *hígado;* dificultades de la *respiración;* las enfermedades crónicas del centro *nervioso;* todas formas de *Neuralgias; La Hidropesia*; conviene en la *convalecencia* de las enfermedades agudas; las enfermedades del *bazo*, el *estreñimiento*, el *Paludismo* crónico, el *Beri-beri*, la *Obesidad*, etc., etc.

## Es el más poderoso de los reconstituyentes

Este establecimiento, provisto de los mejores aparatos, está abierto al público bajo la dirección de su propietario, doctor R. Soucy, quien para dar mayores garantías de orden y regularidad, ha trasladado el domicilio de su familia en el dicho edificio.

PRECIOS MODICOS

# TIPOS

## SIEMPRE NUEVOS

### los que se emplean en EL COJO para las ediciones finas

Surtido espléndido y numeroso de tipos de toda especie, para todo género de trabajos.

Viñetas, adornos, escudos de todas las Naciones del mundo, alegorías de los diferentes ramos del comercio, de la agricultura, de la cría; alegorías de las artes y las ciencias, etc., etc., etc.

De todo, absolutamente de todo hay en EL COJO para cualquier trabajo, desde el más insignificante hasta el más laborioso y delicado.

Por su abundancia, por lo escogido de sus materiales, y por el esmero y arte en sus trabajos, LA EMPRESA EL COJO es el primer establecimiento de su género en el país.

# LIVERPOOL CASA DE MODAS

## Confección de trajes y sombreros

EN ARTICULOS DE LUJO ES LA PRIMERA CASA DE CARACAS

SU SURTIDO DE SEDERIA ES LO MEJOR QUE SE IMPORTA EN EL PAIS

**Magníficas telas para trajes, Satinées, Batistas, etc., etc.**

Cristalería, porcelana, columnas con sus potes para decorar salones, lámparas altas con pie de bronce, cuadros con pinturas al óleo, alfombras, cortinas, muebles de fantasía, damascos de seda.

PERFUMERIA DE TODOS LOS FABRICANTES

OBJETOS DE ARTE Y DE LUJO PARA REGALOS, ETC., ETC.

GRADILLAS A SAN JACINTO No. 4

Juan Manuel Díaz & Ca.

# LIBROS A LA VENTA

## En la EMPRESA EL COJO y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO

| | PRECIO PARA CARACAS | PRECIO PARA EL INTERIOR |
|---|---|---|
| **Juan E. Arcia** | | |
| Vestigios | Bs. 2.50 | Bs. 2.75 |
| **Ismael Enrique Arciniegas** | | |
| Poesías | Bs. 5. | Bs. 5.50 |
| **Jacinto Añez** | | |
| Trizas de Poemas | Bs. 2. | Bs. 2.50 |
| **Rufino Blanco Fombona** | | |
| Trovadores y Trovas | Bs. 3. | Bs. 3.25 |
| Cuentos de Poeta | " 2.50 | " 2.75 |
| Más allá de los Horizontes | " 2. | " 2.50 |
| Contes Américains | " 4. | " 4.50 |
| Pequeña Opera Lírica | " 2.50 | " 2.75 |
| Cuentos americanos (Biblioteca Mignon) | " 1. | " 1.25 |
| **José Antonio Calcaño** | | |
| "Dos Fieras" (novela) 2ª edición | Bs. 1. | Bs. 1.25 |
| **Pedro-Emilio Coll** | | |
| El Castillo de Elsinor | Bs. 2.50 | Bs. 3. |
| **Julio Calcaño** | | |
| Parnaso Venezolano (600 páginas) | Bs. 3. | { más el porte. |
| " " Empastado | " 4. | |
| **Manuel Díaz Rodríguez** | | |
| Confidencias de Psiquis | Bs. 3. | Bs. 3. |
| Sangre Patricia (novela) | " 3.50 | " 4. |
| **Dr. Aníbal Dominici** | | |
| Comentarios al Código de Comercio, á la rústica | Bs. 14. | |
| Idem idem empastado | " 18. | |
| **Pedro César Dominici** | | |
| Ideas é Impresiones | Bs. 3. | Bs. 3. |
| El Triunfo del Ideal (novela) | Bs. 2.50 | " 2.75 |
| **Dr. A. Ernst** | | |
| Las Familias más importantes del Reino Vegetal (especialmente las que están representadas en la FLORA DE VENEZUELA) | Bs. 2.50 | Bs. 2.75 |
| **Alejandro Fernández García** | | |
| Oro de Alquimia | Bs. 2. | Bs. 2.25 |
| **J. M. Galíndez** | | |
| Tinta Roja | Bs. 2. | Bs. 2.25 |
| **José Gil Fortoul** | | |
| Pasiones | Bs. 1.50 | Bs. 1.75 |
| **Emilio Constantino Guerrero** | | |
| Campaña Heroica | Bs. 2.50 | Bs. 3. |
| Sangre Patria | " 2.50 | Bs. 3. |
| Lucía (novela) | " 2. | Bs. 2.25 |
| El Táchira físico, político é ilustrado | " 5. | Bs. 6. |
| **Dr. José G. Hernández** | | |
| Elementos de Bacteriología | Bs. 4. | Bs. 4.75 |
| **F. Jiménez Arráiz** | | |
| Del Vivac (2ª edición) | Bs. 3. | Bs. 3.25 |

| | PRECIO PARA CARACAS | PRECIO PARA EL INTERIOR |
|---|---|---|
| **Miguel Mármol (Jabino)** | | |
| Tiros al Blanco | Bs. 1.50 | Bs. 1.75 |
| Pólvora y Taco | Bs. 1.50 | Bs. 1.75 |
| **Gerónimo Maldonado, hijo** | | |
| Episodios | Bs. 3. | Bs. 3. |
| **Amado Nervo** | | |
| "Almas que pasan" | Bs. 4. | Bs. 4.25 |
| **José Núñez de Cáceres** | | |
| Latín Clásico | Bs. 3. | Bs. 3.50 |
| **V. M. Ovalles** | | |
| "El Llanero" | Bs. 2.50 | Bs. 2.75 |
| **Miguel Eduardo Pardo** | | |
| Volanderas | Bs. 3. | Bs. 3. |
| **Francisco de Sales Pérez** | | |
| Ratos Perdidos (nueva edición) | Bs. 3.50 | Bs. 4. |
| **Gonzalo Picón Febres** | | |
| El Sargento Felipe (novela) | Bs. 3. | Bs. 3.25 |
| Flor (novela) | " 2. | " 2.25 |
| **Víctor M. Racamonde** | | |
| Mis Versos | Bs. 1.50 | Bs. 1.75 |
| **Baldomero Rivodó** | | |
| Entretenimientos Filosóficos y Literarios (tercera edición) | Bs. 4. | Bs. 4.50 |
| Voces y Locuciones extranjeras | Bs. 3. | Bs. 3.50 |
| **Máximo Soto-Hall** | | |
| "Chispas Venezolanas" | Bs. 1. | Bs. 1.25 |
| **Felipe Tejera** | | |
| Manual de Historia de Venezuela (cuarta edición) | Bs. 4. | Bs. 4.25 |
| **Juan C. Tinoco** | | |
| Album de Viajero | Bs. 3. | Bs. 3.25 |
| **Doctor Elías Toro** | | |
| "Por las Selvas de Guayana" (con grabados) | Bs. 5. | Bs. 6. |
| **José Ignacio Vargas Vila** | | |
| Bustos y Medallas | Bs. 1.50 | Bs. 1.50 |
| Sueños Azules | " 1. | " 1.25 |
| Del Opio | " 4. | " 4. |
| **Carlos A. Villanueva** | | |
| París | Bs. 3. | Bs. 3. |
| **César Zumeta** | | |
| Escrituras y Lecturas | Bs. 3. | Bs. 3.25 |
| **Empresa El Cojo** | | |
| Tablas de Derechos de Aduana, calculados ya, desde 0.025 gramos hasta 1.000 kilos para cada una de las clases arancelarias. En pesos y en bolívares | Bs. 10. | |
| Plano é Indicador de Caracas | " 2. | |
| Tablas de Monedas | " 1. | |
| Almanaque de pared, astronómico y religioso | " 20. | gruesa. |

# EN LA EMPRESA EL COJO

**Hay siempre á la venta los artículos comprendidos en la lista impresa por orden alfabético, que se envía á quien la solicite**

### TIPOGRAFIA ESPECIAL

**SIEMPRE RENOVADA**

Ediciones de obras á todo lujo—Ediciones elegantes—Ediciones económicas—Actas de Compañías—Billetes de tranvías y ferrocarriles—Libranzas—Etiquetas—Facturas—Libros talonarios—Carteles—Hojas volantes—Listas de precios—Circulares—Conocimientos de embarque—Guías—Timbres de papeles y de sobres y Récipes—Participaciones de matrimonios, y ofrecimientos—Felicitaciones—Bautismos—Comuniones

### TARJETAS AL MINUTO

Tarjetas comerciales—Tarjetas de agradecimiento—Folletos—Periódicos—Cheques de Banco—Programas de Baile—Menu para banquetes—Almanaques Y cuanto trabajo fino, delicado, artístico y de capricho, se requiera en el arte tipográfico.

### FOTOGRABADO

Se hacen clisés conforme á los originales que el interesado presente; y á precios muy económicos

### LIBROS EN BLANCO

Los fabricamos de cuentas; para actas para facturas; para balances; para inventarios; para relaciones de gastos semanales; Indices; Copiadores, etc., etc. Existencias de libros de todos tamaños y clases.

**Y se hacen á la orden, de rayados especiales como lo indique el interesado**

### FABRICA DE SOBRES

Se fabrican en EL COJO sobres de todos tamaños, de papel superior, y se presentan del modo más conveniente para los detalladores. Se envían muestrarios y tarifas á quien lo desee

### FABRICA DE GOMA LIQUIDA

PARA OFICINAS

En frascos de vidrio, con cápsulas de metal y pincel correspondiente. Ventas por mayor y al detal.

### MATERIALES

para encuadernadores, impresores, dibujantes, pintores, etc.

### PAPELERIA

Toda clase de papel para oficinas públicas, escritorios, impresores y encuadernadores.

### ARTICULOS DE ESCRITORIO

Surtido completo de las principales fábricas de Europa y Norte América. Cuanto se desee en este ramo.

### ARTICULOS ESPECIALES y de FANTASIA

un gran número de artículos de esta especie.